

Ernest Jünger
EL TRABAJADOR
Dominio y figura

Traducción de
Andrés Sánchez Pascual

Ensayo

TERNO.

2003.

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt*

1.ª edición: diciembre 1990

2.ª edición: abril 1993

© 1981 by Ernst Klett Verlage GmbH u. Co. KG

© de la traducción: Andrés Sánchez Pascual, 1990

Diseño de la colección y de la cubierta: MBM

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Iradier, 24 - 08017 Barcelona

ISBN: 84-7223-162-3

Depósito legal: B. 12.147-1993

Fotocomposición: Foinsa - Passatge Gaiolà, 13-15 - 08013 Barcelona

Impreso sobre papel Offset-F Crudo de Leizarán, S.A. - Guipúzcoa

Libergraf, S.A. - Constitución, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España

ERNST JÜNGER

Ernst Jünger nació en Heidelberg en 1895. A los 19 años participó como voluntario en la primera guerra mundial. La experiencia de aquellos años terribles quedó reflejada en *Tempestades de acero* (Andanzas 53), primer tomo de sus *Diarios*. Terminada la contienda, alternó su afición a escribir y viajar con los estudios de zoología y filosofía. Dentro del conjunto de su extensa *Obra completa* (hasta ahora de 18 volúmenes), ocupan una posición central los *Diarios*, que ofrecen el testimonio de una trayectoria intelectual que se extiende a lo largo de casi ochenta años. Tusquets Editores, tras el segundo y tercer tomo, *Radiaciones I y II* (Andanzas 98/1 y 98/2), irá publicándolos íntegramente. Jünger es además autor de numerosas novelas, entre las cuales se encuentra *El tirachinas* (Andanzas 55). Tanto por la polémica que han ido suscitando a lo largo del tiempo como por la originalidad e independencia de sus planteamientos, merecen mención aparte sus ensayos, entre los cuales, publicados en esta misma colección, ya han aparecido también *La emboscadura* y *La tijera* (Ensayo 1 y 18) y están en preparación *Acercamientos*, relato de sus experiencias con las más diversas drogas del mundo, y *El corazón aventurero*.

El dominio del tercer estado no ha sido nunca capaz en Alemania de afectar a aquel núcleo, el más íntimo de todos, que determina la riqueza, el poder y la plenitud de una vida. Si volvemos los ojos a un siglo largo de historia alemana, nos es lícito admitir con orgullo que nosotros hemos sido unos malos burgueses. No estaba cortado a *nuestra* medida ese traje que ahora se encuentra ahí hecho unos harapos y por debajo de cuyos jirones está apareciendo ya una Naturaleza más inocente y fiera que aquella cuyas músicas sentimentales agitaron muy pronto el telón detrás del cual ocultaba el Tiempo el gran espectáculo de la democracia.

➤ No, los alemanes no han sido buenos burgueses; y donde menos, en aquellos puntos donde mayor era su fuerza. En todos los sitios donde los alemanes pensaron con gran profundidad y osadía, donde tuvieron sentimientos muy vivos, donde asestaron golpes muy despiadados, en todos esos sitios era patente su insurrección contra los valores que la gran declaración de independencia de la Razón alzó sobre su pavés. Pero los portadores de esa responsabilidad directa que llamamos «genio» nunca estuvieron más aislados, nunca se hallaron más expuestos a peligros en sus obras y en sus acciones que aquí en Alemania, y nunca se proporcionó un alimento más escaso que aquí en nuestro país al desenvolvimiento puro del héroe. Fue menester hincar muy hondo las raíces, perforando un suelo reseco, para alcanzar los manantiales donde se halla emplazada esa unidad mágica de la sangre y el espíritu que hace irresistible la palabra. También la voluntad topó con iguales dificultades para conquistar esa otra unidad del poder y el derecho que eleva lo propio y específico, el modo propio de ser, lo que en adelante llamaremos «especificidad propia», a rango de ley frente a las cosas que le son ajenas.

De ahí que en ese lapso de tiempo fueran muchísimos los grandes corazones cuya rebelión última consistió en poner coto a sus

propios latidos, muchísimos los espíritus egregios que consideraron bienvenido el silencio del mundo de las sombras. En ese lapso de tiempo fueron muchos los estadistas a los que les fallaron las fuentes de su tiempo y que por ello hubieron de ir a extraer agua del pasado con la finalidad de actuar en favor del futuro; y muchas fueron también las batallas en las que la sangre se puso a prueba en victorias y derrotas que eran diferentes de las del espíritu.

Y así ocurre que no es satisfactoria ninguna de las posiciones que los alemanes lograron ocupar durante ese tiempo; tales posiciones se asemejan, sin embargo, en sus puntos decisivos, a esas banderas de combate cuyo sentido estriba en señalar el orden del avance a ejércitos que aún se hallan lejos. En todas partes cabe ofrecer pruebas detalladas de tal discordancia; su razón se encuentra en que los alemanes no supieron hacer uso ninguno de esa libertad que se les ofrecía con todas las artes de la espada y de la persuasión, no supieron hacer uso de la libertad que había quedado instaurada con la proclamación de los derechos universales del hombre: y es que para los alemanes era esa libertad un instrumento que no guardaba la menor relación con sus órganos más íntimos y propios.

Por ello en los sitios donde en Alemania comenzó la gente a hablar ese lenguaje resultaba fácil adivinar que no se trataba de otra cosa que de malas traducciones; y la desconfianza que acerca de Alemania sentía un mundo que era la cuna de la civilización burguesa estaba tanto más justificada cuanto que lo que aquí en Alemania trataba una y otra vez de hacerse oír era un protolenguaje, un lenguaje primordial, sobre cuyo significado diferente y peligroso no cabían dudas. Ese mundo sospechaba que aquí en Alemania no eran tomadas en serio esas valoraciones suyas tan apreciadas, tan preciosas; ese mundo entrevía que lo que aquí se ocultaba bajo la máscara de esas valoraciones era una fuerza indómita y no susceptible de cálculo, la cual vislumbraba que su último refugio estaba en una relación originaria y peculiar — y ese mundo tenía razón al abrigar tales sospechas.

Pues aquí en nuestro país resulta impracticable un concepto de libertad que, cual si fuera un metro fijo, carente en sí mismo de contenido, se deja aplicar a cualesquiera dimensiones que se le sometan. Lo que aquí ha estado vigente desde siempre ha sido, por el contrario, esto: el grado de libertad de que dispone una fuerza es directamente proporcional al grado de vinculación que a esa fuerza le ha sido dispensada; y lo que en la extensión de la voluntad liberada se revela es la extensión de la responsabilidad que otorga a esa voluntad su validez y su justificación. Esto en-

cuentra su expresión en el hecho de que las únicas cosas que logran penetrar en nuestra realidad —y, por tanto, en nuestra historia, entendida esta última palabra en su significado más alto, el de destino— son aquellas que llevan en sí el sello de la mencionada responsabilidad. No necesitamos gastar palabras en hablar de ese sello; puesto que se lo otorga de manera directa, también lleva grabados en sí unos signos que una obediencia siempre pronta sabe leer directamente.

➤ Así son las cosas: los sitios donde nuestra libertad se revela con el máximo poder son aquellos donde su soporte es la conciencia de que la libertad es algo concedido en feudo. En todas las divisas inolvidables con que la nobleza primordial de la nación ha recubierto el blasón del pueblo ha quedado reflejada esa conciencia; ella es la que gobierna nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, nuestras acciones y nuestras obras, nuestra política y nuestra religión. De ahí que tiemblen los cimientos del mundo cada vez que los alemanes se percatan de qué es la libertad, lo que quiere decir: cada vez que se percatan de qué es lo necesario. No caben regateos sobre esto; y, aunque perezca el mundo, es preciso cumplir el mandato cuando se ha escuchado la llamada.

El orden —esa propiedad que más que ninguna otra se considera característica de los alemanes— tendrá siempre una tasación muy baja si no logra verse que él es la imagen de la libertad reflejada en un espejo de acero. La obediencia —lo que quiere decir el arte de oír— y el orden son la disponibilidad a ejecutar el mandato que cual un rayo penetra por la copa y llega hasta las raíces. Todos los hombres y todas las cosas se hallan emplazados en el orden de la enfeudación, y al jefe se lo reconoce en que es el primer servidor, el primer soldado, el primer trabajador. De ahí que la libertad y el orden estén referidos no a la sociedad, sino al Estado, y que el modelo de toda articulación sea la articulación del ejército y no el contrato social. De ahí también que el momento en que nosotros los alemanes alcanzamos nuestro estado de máxima fortaleza es aquel en el que no caben dudas ni acerca de quién es el jefe ni acerca de quiénes son los que integran su séquito.

➤ Lo que es preciso reconocer es esto: que el dominio y el servicio son una misma cosa. Del poder milagroso que en tal unidad reside no se ha percatado nunca la edad del tercer estado, pues demasiado baladíes y demasiado humanos fueron los goces que a ella le parecieron dignos de sus afanes. De ahí que todos los puntos a que los alemanes lograron llegar durante esa edad se alcanzasen a contrapelo: no hubo ni un solo sector donde sus movi-

mientos no se efectuasen en el seno de un elemento ajeno e innatural. Por así decirlo, sólo utilizando escafandras lograron los alemanes hacer pie en el fondo verdadero; el trabajo decisivo se efectuó en el espacio de la Muerte. ¡Loor a esos caídos que fueron despedazados por la horrenda soledad del amor o del conocimiento, y loor también a esos otros que fueron abatidos por el acero en las incandescentes colinas del combate!

}{ Pero no hay vuelta atrás. Todos los que en Alemania están hoy ansiosos de un poder nuevo, dirigen sus miradas a los sitios donde ven que está trabajando una conciencia nueva de libertad y responsabilidad.

Vayamos a buscar esa conciencia primeramente en aquellos sitios donde está operando con máximo ímpetu. ¡Pero hagámoslo con amor, con voluntad de interpretar bien las cosas! Dirijamos, pues, nuestras miradas al trabajador,* quien muy pronto dejó clara su implacable oposición a las valoraciones burguesas y extrajo del sentimiento de esa oposición la fuerza para ejecutar sus movimientos propios.

Nos hallamos ahora lo bastante lejos de los inicios de tales movimientos como para hacerles justicia. El pupitre escolar donde se forma nuestro carácter no podemos elegirlo nosotros, ya que son nuestros padres quienes deciden la escuela. Pero llega un día en que nuestro propio crecimiento nos saca de ella y entonces cobramos conciencia de cuál es nuestra vocación. Al examinar la contundencia de los medios del trabajador es preciso tener en cuenta lo que acabamos de decir; y hay que tomar muy en consideración la circunstancia de que tales medios han ido surgiendo en el combate y de que todas las posiciones ocupadas durante la lucha se ocupan bajo la influencia del adversario. Por ello resultaría demasiado cómodo el hacer al trabajador el reproche de que su complejión se halla entreverada de valoraciones burguesas, cual un metal que aún no se ha fundido lo suficiente para alcanzar la pureza, y de que su lenguaje, el cual pertenece sin duda ninguna al siglo XX, abunda en conceptos que han sido modelados por la manera como en el siglo XIX se planteaban los problemas. Para hacerse entender cuando por vez primera rompió a hablar, el trabajador se vio forzado a utilizar esos conceptos; los límites de las

* Al igual que otros vocablos, también éste de *trabajador* se emplea aquí como un concepto orgánico; eso quiere decir que va experimentando modificaciones a medida que avanza nuestro estudio. En una mirada retrospectiva habrán de pasarse por alto tales modificaciones.

reivindicaciones del trabajador fueron marcados por las reivindicaciones propias de su adversario. Fue así como empezó a crecer paulatinamente el trabajador, presionando desde abajo contra la costra burguesa que lo cubría, hasta que acabó por romperla. No es de extrañar, pues, que lleve en sí las huellas de ese modo suyo de ir creciendo.

Pero no fue sólo la oposición que el trabajador hubo de ejercer lo que dejó sus huellas en él; también las dejaron los alimentos de que se nutría. Antes hemos visto que en Alemania el tercer estado fue incapaz de alcanzar un dominio franco y reconocido y que hubo buenas razones para que tal cosa ocurriera. Pero eso comportó que al trabajador le correspondiera efectuar también una extraña tarea accesoria, a saber: la de hacer real con retraso el dominio que el tercer estado no fue capaz de lograr; e indiscutiblemente resulta muy significativa la hazaña por la cual el trabajador hubo de hacer primeramente que llegase a dominar ese ingrediente extraño que se había mezclado en sus aspiraciones, para así poder luego percatarse de que tal ingrediente no formaba parte de las peculiaridades suyas. Como hemos dicho, esas cosas son huellas dejadas por los alimentos de que el trabajador se nutrió y quedarán expulsadas tan pronto elimine de sí lo que no le es provechoso. ¡Y cómo iban a ser de otro modo las cosas si los primeros preceptores que el trabajador tuvo eran de procedencia burguesa y si el diseño de los sistemas en que quedó emplazada su fuerza juvenil correspondía a pautas burguesas!

> Así es como se explica que la fuente de que se alimentaron y por la que se orientaron las primeras agitaciones del trabajador consistiese en el recuerdo de las bodas de sangre de la burguesía con el poder, en el recuerdo de la Revolución Francesa. Ahora bien, de igual manera que no hay repeticiones del proceso histórico, tampoco hay traspasos de su contenido vivo. Y así ocurrió que en todos aquellos sitios donde en Alemania se creyó estar efectuando un trabajo revolucionario, lo que estaba haciéndose era representar la mera comedia de aquella Revolución. Era en habitaciones silenciosas o era de manera encubierta tras los incandescentes cortinajes de la batalla donde en Alemania estaban efectuándose invisiblemente las revoluciones de verdad.

Pero las cosas que son realmente nuevas no necesitan subrayar que se encuentran en estado de insurrección; en el mero hecho de existir, de estar ahí, es donde reside su máxima peligrosidad.

De ahí, en primer lugar, que el equiparar a los trabajadores con un cuarto estado o estamento se deba a una visión desajustada de las cosas.

Sólo a un espíritu habituado a las imágenes mecánicas puede presentársele el proceso de los dominios sucesivos como un proceso en el cual, así como las agujas del reloj van proyectando su sombra sobre las horas de la esfera, así un estamento tras otro va recorriendo el marco del poder, mientras en la parte de abajo está despertándose y cobrando conciencia de sí una clase nueva.

Los burgueses han sido, antes bien, los únicos que se han sentido a sí mismos como un estado o estamento en ese sentido especial; esa palabra, *estamento*, cuya procedencia es muy antigua y buena, ellos la han disociado de su contexto natural, la han despojado de su sentido y la han convertido en una mera máscara de los intereses.

De ahí que sea un ángulo de visión burgués el que interprete a los trabajadores como un estado o estamento. Hay en la base de tal interpretación un ardid inconsciente, que consiste en emplazar dentro de un marco viejo las reivindicaciones nuevas; tal marco tiene como misión el hacer posible la continuación de las conversaciones. Pues el burgués se siente seguro en los sitios donde puede conversar, donde puede negociar. Ahora bien, la sublevación de los trabajadores no será una descolorida copia de segunda mano, no será un recuelo confeccionado de acuerdo con recetas anticuadas. La diferencia esencial entre el burgués y el trabajador no consiste en la sucesión temporal en el dominio, no está en la antítesis entre las cosas viejas y las cosas nuevas. El hecho de que unos intereses más jóvenes y brutales vengán a relevar a unos intereses ya exánimes es algo demasiado obvio como para que hayamos de detenernos a considerarlo.

Lo que suscita la máxima atención es, antes bien, lo siguiente: que entre el burgués y el trabajador hay no sólo una diferencia de edad, sino sobre todo una diferencia de rango. El trabajador mantiene, en efecto, una relación con unos poderes elementales de cuya mera existencia nunca tuvo el burgués el menor atisbo. Con lo dicho guarda relación también el hecho siguiente, que examinaremos más tarde: desde el fondo mismo de su ser el trabajador está capacitado para poseer una libertad que es enteramente diferente de la libertad burguesa, y las reivindicaciones que el trabajador tiene preparadas son mucho más amplias, mucho más

significativas y mucho más temibles que las reivindicaciones propias de un estamento.

4

➤ En segundo lugar, los frentes no pueden ser considerados aquí sino como provisionales; son frentes en los que se libran las primeras escaramuzas y que sitúan al trabajador en una posición de combate que se limita a atacar a la sociedad. También esta palabra, sociedad, ha sufrido en la edad burguesa un cambio a la baja de su valor; ha adquirido un significado cuyo sentido es la negación del Estado como medio supremo de poder.

Lo que a esos empeños subyace en lo más íntimo es la necesidad de seguridad que la gente siente y, con ello, la tentativa de negar lo peligroso y de obliterar tan herméticamente el espacio vital que quede impedida la irrupción en él de lo peligroso. Claro es que esto, lo peligroso, se halla siempre ahí y que triunfa incluso de los más sutiles ardides en que se lo enreda; más aún, lo peligroso mismo se infiltra de manera imprevista en tales ardides para ponerse su máscara, y es eso lo que confiere a la civilización burguesa la doble faz que exhibe — de todos son bien conocidas las estrechas relaciones que hay entre la fraternidad y el cadalso, entre los derechos del hombre y las batallas asesinas.

Pero sería un error suponer que el burgués haya hecho surgir nunca lo peligroso conjurándolo con sus propias fuerzas; eso no ha ocurrido ni en sus mejores tiempos. Todo eso se asemeja, antes por el contrario, a una horrenda carcajada burlesca con que la Naturaleza se ríe de su subordinación a la moral, se parece a un furioso regocijo con que la sangre se mofa del espíritu, una vez finalizado el prelude de los bellos discursos. De ahí que el burgués niegue toda relación entre la sociedad y lo elemental y que la niegue además con un derroche tal de medios que habrá de resultarle incomprensible a quien no adivine que aquí el padre de los pensamientos es un deseo ideal secretísimo.

La mencionada negación se efectúa relegando lo elemental al reino del error, de los sueños o de una voluntad forzosamente malvada, e incluso haciendo que lo elemental signifique lo mismo que lo absurdo. En este punto el reproche decisivo es el reproche de tontería y de inmoralidad; y puesto que la sociedad se define por los dos conceptos supremos de la razón y la moral, semejante reproche constituye el medio de expulsar al adversario fuera de la

sociedad, es decir, fuera del espacio de la humanidad y, con ello, fuera del espacio de la ley.

A esa distinción corresponde un proceso que una y otra vez se ha observado con asombro y que consiste en lo siguiente: cual si actuase obedeciendo a una consigna, la sociedad ha declarado abolida la pena de muerte justo en los momentos en que se alcanzaban las más sangrientas cimas de la guerra civil, y sus mejores ocurrencias sobre la inmoralidad y el absurdo de la guerra las ha alumbrado cada vez que se cubrían de cadáveres sus campos de batalla.

Pero el suponer que detrás de esa dialéctica sumamente extraña se esconde un propósito equivaldría a sobrevalorar al burgués; en ninguna otra zona se toma éste más en serio a sí mismo que en la zona de la razón y la moral; más aún, en sus ejemplares más significativos el burgués es la unidad de lo racional y lo moral.

Lo elemental se le impone al burgués, antes por el contrario, desde una esfera que es enteramente diferente de aquella en que reside su máxima fortaleza, y con horror se percata él de cuál es el punto donde han terminado las negociaciones. Por toda la eternidad estaría el burgués deleitándose con sus bellas incriminaciones, que tienen como pilares la virtud y la justicia, si en el instante supremo no le obsequiase la plebe con el inesperado regalo de su propia fuerza; esa fuerza de la plebe es más poderosa que la del burgués, pero, sin embargo, es informe y extrae su alimento de las fuerzas primordiales de la ciénaga, esto es, de los bajos fondos. Por toda la eternidad sabría el burgués mantener en equilibrio a los diversos poderes, como una obra de arte que subsiste por sí misma, si de cuando en cuando no hiciera aparición, arrojándolo, el guerrero, alguien a quien el burgués tolera de muy mala gana y con el cual está constantemente dispuesto a negociar. Pero lo que el burgués repudia es la responsabilidad, y eso es así porque él ve su libertad en la moralidad universal y no en un modo propio de ser, en una especificidad propia. El mejor ejemplo que de lo dicho cabe mencionar es el siguiente: el burgués extermina a quienes efectuaron y cometieron realmente los actos y los atentados que le abrieron a él por la violencia las puertas del dominio, tan pronto como acaban su tarea. El encarcelamiento de las pasiones es el recibo con que el burgués liquida el botín de las revoluciones, y el ahorcamiento de los verdugos es la pieza satírica con que clausura la tragedia de la sublevación.

> El burgués rechaza asimismo la justificación suprema de la guerra, esto es, el ataque; ello es así porque tiene el claro senti-

miento de que a él no le resulta adecuada tal justificación. Y en las ocasiones en que llama en su ayuda al soldado o se disfraza él mismo de soldado, nunca dejará el burgués de jurar y perjurar, aunque todo ello lo haga por egoísmo manifiesto, que si él actúa de esa manera lo hace en defensa propia, más aún, a ser posible, en defensa de la humanidad. La única guerra que el burgués conoce es la guerra defensiva, lo que viene a significar que no conoce la guerra en cuanto tal, y la causa de que eso ocurra está en que su propia esencia lo excluye de todos los elementos bélicos. Por otro lado el burgués es incapaz de impedir, sin embargo, que tales elementos irruman en sus propios órdenes, y la causa de que eso ocurra está en que todas las valoraciones que él puede oponerles son de rango inferior.

Aquí es donde interviene el artificioso juego de los conceptos del burgués, y para él son su política y aun el universo entero un espejo en que desea ver corroborada su propia virtud. No dejaría de ser muy instructivo el observar al burgués entregado a esa infatigable labor de lima que sabe ir desgastando el duro y necesario cuño de la palabra «virtud», durante todo el tiempo que sea preciso, hasta que por fin empieza a transparentarse en ella una moralidad que obliga a todos — unas veces el burgués sabe ver en la conquista de una colonia una mera penetración pacífica; otras, en la segregación de una provincia, el derecho de un pueblo a su autodeterminación; otras, en fin, en el expolio del vencido, una reparación de guerra. Pero basta con conocer el método para adivinar que la concepción de tal vocabulario empezó por la equiparación del Estado y la sociedad.

Ahora bien, todo el que haya comprendido lo anterior comprenderá también que hay un gran peligro, que hay un gran expolio de las reivindicaciones del trabajador, en el acto de asignarle la sociedad como blanco de sus ataques. Las órdenes de ataque decisivas siguen mostrando todas las características propias de una edad en la que, ciertamente, el que un poder que empezaba a despertarse hubiera de concebirse a sí mismo como un estamento era algo tan obvio y natural como el que la ejecución de la toma del poder hubiera de calificarse a sí misma de modificación del contrato social.

Debemos fijarnos bien en lo siguiente: esa sociedad no es una forma en sí, sino que es tan sólo una de las formas fundamentales del pensamiento burgués. Tal cosa se pone de manifiesto en el hecho de que no hay en la política burguesa ninguna magnitud que no sea concebida como sociedad.

Es sociedad la población entera del globo terráqueo, la cual se

presenta al concepto como la imagen ideal de una humanidad cuya escisión en Estados, naciones o razas no estriba fundamentalmente en otra cosa que en un error de razonamiento. Con el correr del tiempo, se dice, ese error será corregido por los pactos, por la ilustración, por la civilización o, sencillamente, por el progreso de los medios de transporte.

Es sociedad el Estado, cuya esencia queda desdibujada en la misma medida en que la sociedad lo somete a sus normas. Ese ataque al Estado se efectúa mediante el concepto de la libertad burguesa, un concepto destinado a transformar todos los vínculos de responsabilidad en relaciones contractuales a plazo.

Finalmente, en relación estrechísima con la sociedad se encuentra la persona singular, esa prodigiosa y abstracta modalidad del ser humano, ese preciosísimo descubrimiento de la sentimentalidad burguesa, que es al mismo tiempo el objeto inagotable de su capacidad artística figurativa. Así como la humanidad es el cosmos del pensamiento burgués, así el ser humano es su átomo. En la práctica, de todos modos, la persona singular se ve confrontada no a la humanidad, sino a la masa, la cual es su exacto reflejo en este mundo sumamente extraño, sumamente imaginario. Pues la masa y la persona singular son una misma cosa y de esa unidad se deriva la estupefaciente imagen doble en virtud de la cual una anarquía desconcertante y muy variopinta va unida a la fría reglamentación de la democracia, una imagen doble que ha constituido el espectáculo de todo un siglo.

Pero una de las características de un tiempo nuevo es que en él la sociedad burguesa está condenada a morir, y tanto da que exponga su concepto de libertad en la masa como que lo exponga en el individuo. Aquí el primer paso consiste en cesar de pensar y sentir dentro de esas formas; y el segundo, en cesar de actuar dentro de ellas.

Lo que esto significa es nada menos que un ataque a todas aquellas cosas que le hacen preciosa la vida al burgués. De ahí que para él sea una cuestión de vida o muerte el que el trabajador se conciba a sí mismo como el portador futuro de la sociedad. Pues basta con que esto forme parte del repertorio de los dogmas para que se salve la forma básica de la visión burguesa; con ello queda también asegurada la más sutil de las posibilidades de su dominio.

Por eso no puede causarnos extrañeza el que la sociedad figurase en todas las prescripciones que tanto desde lo alto de sus cátedras universitarias como desde lo alto de sus sotabancos dictó al trabajador el espíritu burgués; y que figurase no en sus mani-

festaciones fenoménicas, sino, lo que resulta mucho más eficaz, en sus principios. La sociedad se renueva mediante ataques aparentes a sí misma; el carácter impreciso de la sociedad —o, mejor dicho, su falta de carácter—, comporta el que logre absorber en su interior aun las más virulentas de las negaciones de sí misma. Dos son los medios que emplea para ello: o bien adjudica su propia negación a su polo de individuos anárquicos y la incorpora a su repertorio supeditándola a su concepto de libertad; o bien la vincula al polo, aparentemente opuesto, de la masa y aquí la transforma en un acto democrático mediante los censos, las votaciones, las negociaciones o las conversaciones.

La mentalidad femenina de la sociedad se delata en que no trata de apartar de sí las cosas que se le oponen, sino que procura absorberlas. Siempre que tropieza con una reivindicación que se califica a sí misma de decidida, el más sutil de los sobornos practicados por la sociedad consiste en declarar que tal reivindicación es una manifestación externa de su propio concepto de libertad y en legitimarla de ese modo ante el tribunal de su ley fundamental, es decir: en hacerla inocua.

Esto es lo que ha otorgado al vocablo *radical* su inaguantable regusto burgués y eso es lo que hace, dicho sea de paso, que tal radicalismo sea un lucrativo negocio del cual han estado extrayendo su único alimento generaciones y más generaciones tanto de políticos como de estetas. Y el último refugio de la tontería, de la desfachatez y de la irremediable incapacidad consiste en salir por ahí a embaucar a los bobos engalanándose para ello con las plumas de pavo real de una mentalidad meramente radical.

Hace ya mucho tiempo, demasiado tiempo, que los alemanes vienen asistiendo a ese espectáculo indigno. Su única excusa está en que ellos creen que dentro de toda forma hay necesariamente un contenido, y el único consuelo se halla en que ese espectáculo se desarrolla, es cierto, en Alemania, pero de ningún modo dentro de la efectiva realidad alemana. Pues todas esas cosas caen en el reino del olvido — y no de ese olvido semejante a la hiedra que recubre las ruinas y las tumbas de los caídos en combate, sino de aquel otro olvido, más temible, que pone al descubierto la mentira y la inanidad de algo dispersándolo en el polvo y no dejando de ello ni huellas ni frutos.

Habremos de reservar para una investigación especial, suplementaria, la tarea de poner al descubierto el grado en que el pensamiento burgués consiguió introducir en los primeros esfuerzos del trabajador, mediante una falsificación, la imagen de la sociedad con el pretexto de su autonegación. En tal investigación se

descubrirá que la libertad del trabajador es un nuevo calco del patrón burgués de la libertad, un nuevo calco en el que ahora se interpreta abiertamente el destino como una relación contractual a plazo y se interpreta el triunfo supremo de la vida como una modificación de ese contrato. En tal investigación se verá también que el trabajador es el sucesor directo de la persona singular virtuosa y racional y el objeto de una segunda sentimentalidad que por lo único que se diferencia de la primera es por su mayor indignancia. En tal investigación se descubrirá además, y esto se halla en exacta correspondencia con lo anterior, que el trabajador es la copia de la imagen ideal de una humanidad cuya mera utopía encierra ya en sí la negación del Estado y de sus cimientos. Esto y nada más que esto es lo que significa la reivindicación que se esconde tras vocablos tales como «internacional», «social» y «democrático» — o, mejor dicho, lo que tras ellos se escondía, pues todos los expertos en el arte de adivinar sentirán a la postre únicamente extrañeza ante el hecho de que se haya creído que podía quebrantarse el mundo burgués con aquellas demandas precisamente con las que ese mundo se corroboraba a sí mismo de la manera más inequívoca.

Antes hemos calificado de «suplementaria» tal investigación y lo hemos hecho porque la mencionada corroboración del mundo burgués se ha cumplido ya en el mundo visible. Con la ayuda del trabajador ha conseguido en efecto el burgués asegurarse un grado de potestad dispositiva que no le fue dado tener en todo el siglo XIX.

Y una vez más, al rememorar el instante en que la sociedad alcanzó así el dominio en Alemania, descúbrase ante nosotros una muthedumbre de imágenes simbólicas. Prescindamos aquí enteramente de la circunstancia de que el citado instante coincidiera con el instante en que el Estado se encontraba en el más grave y espantoso peligro y el guerrero alemán hacía frente al enemigo. Pues el burgués ni siquiera logró aportar ese mínimo de fuerza elemental que en tal coyuntura venía exigida por una nueva ofensiva aparente contra sí mismo, es decir, contra un régimen que desde mucho antes se encontraba aburguesado en su núcleo. No fue el burgués quien disparó los pocos tiros que se necesitaron para hacer visible el final de un período de historia alemana, y su actividad no consistió siquiera en prestar su reconocimiento a esos tiros, sino en aprovecharse de ellos.

Desde hacía mucho tiempo venía acechando el burgués la posibilidad de entablar negociaciones; y lo que el esfuerzo supremo de todo un mundo no había podido alcanzar, lo alcanzaron ellas.

Pero aquí es preciso que el lenguaje se imponga cortapisas a sí mismo y rehúse ocuparse en los pormenores de esa tragicomedia monstruosa: tragicomedia que empezó por los «consejos de trabajadores y soldados» —por cierto que los miembros de tales consejos se señalaban por la circunstancia de no haber trabajado ni haber combatido jamás—; tragicomedia en la que, además, el concepto burgués de libertad se desveló como una mera hambre de pan y de tranquilidad; tragicomedia que continuó luego con el acto simbólico de la entrega de las armas y los buques; tragicomedia que tuvo el atrevimiento no sólo de debatir acerca de una culpa alemana cometida contra la imagen ideal de la sociedad, sino de reconocer tal culpa; tragicomedia que, con una desvergüenza inconcebible, trató de elevar al rango de un orden alemán los conceptos más polvorientos del liberalismo; tragicomedia, en fin, en la que el triunfo de la sociedad sobre el Estado se reveló como una continuada traición doble, la alta traición o traición al soberano y la traición a la patria, una doble traición que fue perpetrada contra los alemanes por unas gentes vulgares, demasiado vulgares. Pero en este punto cesan todas las conversaciones, pues lo que aquí está mandado es el silencio, ese silencio que permite vislumbrar por anticipado el silencio de la muerte. En aquella tragicomedia monstruosa la juventud alemana contempló al burgués en su manifestación última, sin velo ni disfraz; y el soldado y el trabajador, las mejores encarnaciones de esa juventud, se declararon inmediatamente partidarios de una rebelión mediante la cual se dio expresión al hecho de que dentro de ese espacio es infinitamente más apetecible ser un criminal que un burgués.

De lo dicho se desprende lo muy importante que es el distinguir entre el trabajador (el cual es un poder naciente, en el que reside el destino del país) y los ropajes con que el burgués revisió a ese poder para que le sirviera de marioneta en sus juegos artificiosos. Esa distinción es una distinción entre la aurora y el ocaso. Y éste es nuestro credo: que la aurora del trabajador significa lo mismo que una nueva aurora de Alemania.

Haciendo que la parte burguesa de su herencia alcanzase el dominio, lo que el trabajador hizo al mismo tiempo fue apartar de sí visiblemente esa parte, que era como un muñeco relleno de paja seca y trillada desde hacía más de un siglo. A la mirada del trabajador no puede escapársele que la nueva sociedad es un calco de segunda mano, un calco más vulgar todavía, de la vieja sociedad.

Por toda la eternidad seguirían haciéndose copias y más copias, por toda la eternidad continuaría alimentándose con la in-

vención de nuevas antítesis el funcionamiento de la máquina copiadora, si el trabajador no llegase a comprender que la relación que él mantiene con esa sociedad no es una relación de antítesis, sino una relación de alteridad.

El trabajador no se revelará como el verdadero enemigo mortal de la sociedad mientras no rechace pensar, sentir y ser dentro de las formas propias de ella. Y eso ocurrirá cuando se percate de que hasta ahora ha venido siendo demasiado modesto en sus reivindicaciones, cuando se dé cuenta de que el burgués le enseñó a apetecer aquellas cosas precisamente que al burgués le parecen apetecibles.

Pero la vida alberga dentro de sí más cosas y cosas diferentes de las que el burgués entiende por bienes, y la reivindicación suprema que el trabajador es capaz de plantear consiste en ser el portador, no de una sociedad nueva, sino de un Estado nuevo.

Hasta que no llega ese instante no declara el trabajador la lucha a vida o muerte. Y entonces la persona singular (la cual no es en el fondo sino un empleado) se transforma en un guerrero; y la masa se transforma en un ejército; y la instauración de un nuevo orden de mando sustituye a la modificación del contrato social. Esto sustrae al trabajador a la esfera de las negociaciones, de la compasión, de la literatura, y lo alza a la esfera de la acción; esto transforma sus vínculos jurídicos en vínculos militares — es decir, en vez de abogados el trabajador poseerá jefes, y su propia existencia, en lugar de estar necesitada de una interpretación, se convertirá en norma.

¿Pues qué otra cosa han sido hasta ahora los programas del trabajador sino comentarios a un texto original que aún está por escribir?

5

Queda finalmente por destruir, en tercer lugar, la leyenda que dice que la cualidad básica del trabajador es una cualidad económica.

En todo lo que sobre tal asunto se ha pensado y dicho se delata la tentativa de la aritmética de convertir el destino en una magnitud susceptible de ser resuelta con los medios del cálculo. Tal tentativa podemos seguirla hasta los tiempos en que se descubría en Tahití y en la isla Mauricio, que entonces se llamaba Île de France, el paradigma del hombre virtuoso y racional y, por tanto, feliz, hasta los tiempos en que el espíritu empezaba a ocuparse de los peligrosos misterios de los derechos aduaneros

sobre el grano y eran las matemáticas uno de aquellos refinados juegos con que se divertía la aristocracia en la víspera de su ocaso.

Allí fue donde se creó el modelo que luego adquiriría su interpretación inequívocamente económica por el hecho de que la reivindicación de libertad presentada por la persona singular y por la masa se justificase a sí misma como una reivindicación económica dentro de un mundo económico. El debate que tal reivindicación provocó entre las escuelas materialistas y las escuelas idealistas constituye uno de los episodios de la interminable charla burguesa; ese debate es una copia de segunda mano de aquellas primeras conversaciones a que se entregaron los enciclopedistas en sus mansardas parisinas. Reaparecen aquí los viejos personajes y lo único que ha cambiado es el esquema que los enfrenta y que ahora ha pasado a ser un esquema puramente económico.

Nos llevaría demasiado lejos el dedicarnos a estudiar en detalle cómo lo que sirve de alimento a las citadas conversaciones es la diferente distribución de las viejas etiquetas y cómo es ese solo cambio lo que las anima. Una sola cosa importa y es ver que tales conversaciones abarcan en un orden unitario tanto la disputa de las opiniones como a los propios disputadores.

La imagen ideal virtuosa y racional del mundo coincide aquí con una utopía económica del mundo y todos los planteamientos tienen como punto de referencia las reivindicaciones económicas. Lo ineluctable consiste en que dentro de ese mundo de explotadores y explotados no es posible ninguna magnitud de la cual no decida una instancia suprema; y esa instancia suprema es lo económico. Hay aquí dos especies de hombre, dos especies de arte, dos especies de moral — pero no se necesita mucha perspicacia para reparar en que es una sola fuente la que alimenta esas dualidades.

A uno y el mismo progreso refieren también su justificación quienes libran el combate económico — coinciden en una reivindicación fundamental, a saber, la de ser ellos los portadores de la prosperidad, y creen poder quebrantar la posición del adversario en la misma medida en que consiguen rebatir tal reivindicación en él.

Pero basta — cualquier participación en esas conversaciones implica su continuación. Lo que hemos de ver es que existe, que está ahí, una dictadura del pensamiento económico en sí y que esa dictadura abarca dentro de su perímetro cualquier otra dictadura posible y coarta las medidas que ésta pueda tomar. Pues dentro de ese mundo no es posible efectuar ningún movimiento que no agite otra vez el turbio fango de los intereses, y no hay

dentro de él ninguna posición desde la cual pueda romperse el frente. El centro de ese cosmos está formado por la economía como tal, por la interpretación económica del mundo, y es ella la que otorga su peso a cada una de las partes.

Sea cual sea la parte que llegue a posesionarse de la potestad dispositiva, en todo momento dependerá de la economía, la cual es la potestad dispositiva suprema.

Es bien sencillo el secreto que aquí se esconde: consiste, en primer lugar, en que la economía no es un poder capaz de otorgar libertad, y, en segundo lugar, en que el sentido económico no está en condiciones de abrirse paso hasta los elementos de la libertad — con todo, para poder adivinar ese secreto son precisos los ojos de una generación nueva.

Acaso no esté de más el hacer en este punto una advertencia destinada a atajar la posibilidad de una confusión: negar que el mundo económico sea un poder determinante de la vida — es decir, negar que sea un poder del destino — es discutir su rango, pero no es discutir su existencia. Pues lo que importa no es que se incremente esa tropa de predicadores en el desierto que creen que sólo puede alcanzarse otro espacio diferente si se accede a él por las puertas traseras. Para el poder real y efectivo no hay ningún acceso que no venga al caso.

Idealismo o materialismo — ésa es una antítesis propia de espíritus poco limpios, una antítesis propia de espíritus cuya capacidad imaginativa no está a la altura ni de la Idea ni de la Materia. La dureza del mundo se vence con dureza, no con juegos de prestidigitación.

Entendámonos bien: lo importante no es el neutralismo económico; lo importante no es que el espíritu se aparte de todas las luchas económicas; lo importante es, por el contrario, que se otorgue a esas luchas la máxima virulencia. Pero tal cosa no ocurrirá mientras la economía determine las reglas del combate; únicamente ocurrirá cuando una ley superior del combate disponga también de la economía.

Ese es el motivo por el cual tiene tanta importancia para el trabajador el que rechace todas las explicaciones que pretenden interpretar su aparición como un fenómeno económico, más aún, como un producto de procesos económicos, y, por tanto, en el fondo, como una especie de producto industrial; ése es el motivo por el cual tiene tanta importancia para el trabajador el que cale la procedencia burguesa de tales explicaciones. La medida que más eficazmente puede cortar esas funestas ataduras es que el trabajador se declare independiente del mundo económico. Pero tal cosa

no significa renunciar a ese mundo, sino subordinarlo a una reivindicación de dominio de índole más amplia. Significa que el eje de la sublevación no es ni la libertad económica ni el poder económico, sino el poder en sí.

Al introducir taimadamente sus propios objetivos en los objetivos del trabajador, el burgués restringió a la vez el objetivo del ataque a un objetivo burgués. Hoy estamos vislumbrando, sin embargo, la posibilidad de un mundo más rico, profundo y fructífero. Para hacer realidad ese mundo vislumbrado no es suficiente, sin embargo, un combate por la libertad cuya conciencia se alimente del hecho de la explotación. Todo depende, antes bien, de que el trabajador se percate de su superioridad y de que se cree, sacándolas de ella, sus propias normas, por las cuales habrá de regirse su dominio futuro. Esto reforzará el ímpetu de sus medios — la tentativa de dar jaque mate al adversario mediante el despido se transforma así en su sometimiento mediante la conquista.

Estos no son ya los medios propios del empleado, cuya dicha suprema consiste en que se le permita dictar los términos de su contrato de empleo, pero que, sin embargo, en ningún momento logra elevarse por encima de la lógica más íntima de ese contrato. Estos no son ya los medios propios del desheredado y engañado, el cual se ve confrontado, en cada uno de los niveles que conquista, a una nueva perspectiva de engaños. Estos no son los medios propios de los humillados y ofendidos. Por el contrario, son los medios propios del verdadero señor de este mundo, los medios propios del guerrero, el cual es dueño de las riquezas de provincias y grandes ciudades y manda en ellas con una seguridad tanto mayor cuanto más sepa despreciarlas.

6

Volvamos la vista atrás: es el siglo XIX el que ha interpretado al trabajador como el representante supremo de un estamento nuevo, como el portador de una sociedad nueva y como un órgano de la economía.

Esa interpretación adjudica al trabajador una posición aparente, dentro de la cual el orden burgués está asegurado en sus principios fundamentales decisivos. En consecuencia, todos los ataques emprendidos desde tal posición no pueden ser sino ataques aparentes, que a lo único que llevan es a que queden acuñadas con mayor nitidez todavía las valoraciones burguesas. En lo teórico todos los movimientos se efectúan en el marco de una anticuada

teoría de la sociedad y de la humanidad, pero en lo práctico lo que esos movimientos hacen es otorgar el dominio al personaje del comerciante habilidoso, cuyas artes consisten en saber negociar y mediar. Fácil resulta comprobar lo dicho examinando los resultados obtenidos por los movimientos de los trabajadores. Las modificaciones en la política de poder que, más allá de eso, están haciéndose ya visibles son unas modificaciones que en lo más hondo no son queridas, unas modificaciones que escapan a las artes burguesas de la interpretación y que están en total contradicción con las predicciones hechas en el sentido de la utopía humanitaria de la sociedad.

Las ideas a que se intentó someter al trabajador no alcanzan, empero, a solucionar las grandes tareas que corresponden a una edad nueva. Por muy refinados que sean los cálculos que se hagan —y el resultado de tales cálculos no debería ser otro que la felicidad—, siempre queda, sin embargo, un resto, un resto que se sustrae a toda solución definitiva y que en los seres humanos se hace notar unas veces como renunciamiento y otras como desesperación creciente.

Si es que queremos atrevernos a emprender una ofensiva nueva, no podemos hacerlo sino en dirección a unos objetivos nuevos. Esto tiene como presupuesto un frente diferente y unos aliados diferentes. Esto tiene como presupuesto que el trabajador se conciba a sí mismo de una manera diferente y que en sus movimientos cese de expresarse un reflejo de la conciencia burguesa y comience a expresarse una conciencia peculiar de sí mismo.

La cuestión que en este punto se plantea es la de si no estarán escondidas en la figura del trabajador más cosas que las que hasta ahora se ha sabido adivinar.

La figura como un todo que abarca más que la suma de sus partes

7

Antes de pasar a dar respuesta a la cuestión que acaba de plantearse es menester estipular qué haya de entenderse por «figura». Aunque es escaso el espacio que aquí podemos dedicar a dilucidar ese asunto, tal dilucidación no es, sin embargo, una simple nota marginal.

En las páginas que siguen hablaremos al comienzo de figuras en plural, pero eso ocurre porque nos encontramos con una carencia provisional de orden jerárquico; en el transcurso de la investigación irá remediándose tal carencia. La ley que en el reino de la figura decide el orden jerárquico no es la ley de la causa y el efecto, sino la ley, completamente diferente, del sello y la impronta; y veremos que en la época en que estamos entrando habrá que atribuir la impronta del espacio, del tiempo y del ser humano a una figura única, la figura del trabajador.

Con independencia de ese orden, digamos provisionalmente lo siguiente: son figuras aquellas magnitudes que se ofrecen a unos ojos que captan que el mundo articula su estructura de acuerdo con una ley más decisiva que la ley de la causa y el efecto, aunque no vean, sin embargo, la unidad bajo la que se efectúa esa articulación.

8

En la figura descansa el todo, un todo que abarca más que la suma de sus partes y al cual no pudo llegar la edad de la anatomía. Los tiempos que están surgiendo tienen como característica el que en ellos se verá, sentirá y actuará bajo el imperio de figuras. Lo que decide del rango de un espíritu, del valor de unos ojos, es el grado en que en ellos se hace visible el influjo de figuras. Ya tenemos ahí ante nosotros los primeros y significativos

esfuerzos: ni en el arte ni en la ciencia ni en la fe es posible dejar de verlos. También en la política todo depende de que al combate acudamos con figuras y no con conceptos, ideas o meros fenómenos.

A partir del instante en que tenemos nuestras vivencias en figuras, todas las cosas devienen figura, se figuralizan. La figura no es, por tanto, una magnitud nueva que hubiera que descubrir y agregar a las ya conocidas; por el contrario, a partir del momento en que los ojos se abren de un modo nuevo, el mundo aparece como un escenario de las figuras y de las relaciones entre las figuras. Añadamos, para señalar un error que es característico de los tiempos de transición, que no es que la persona singular se desvanezca y haya de recibir su sentido de unas corporaciones, unas comunidades o unas ideas que serían unidades pertenecientes a un orden superior al suyo. La figura tiene su representante también en la persona singular; cada una de las uñas de los dedos de la persona singular, cada uno de sus átomos, es figura. Por cierto, ¿es que no ha empezado ya la ciencia de nuestro tiempo a ver los átomos como figuras, es que no ha dejado de verlos como partes mínimas?

Es cierto que una parte no es figura, como tampoco de una suma de partes puede resultar una figura. Conviene tener esto en cuenta si es que quiere emplearse la expresión «ser humano» en un sentido que se mueva más allá de las meras frases hechas. El ser humano posee figura en la medida en que se lo concibe como la persona singular concreta, palpable. Pero lo dicho no rige para el ser humano sin más, el cual es sencillamente uno de los lugares comunes del intelecto y puede significar todo o nada, pero en ningún caso algo definido.

Lo mismo cabe decir de esas figuras más amplias a las cuales pertenece la persona singular. Tal pertenencia no puede calcularse ni por multiplicación ni por división — de una muchedumbre de seres humanos no resulta todavía una figura, y ninguna división de la figura arroja como cociente la persona singular. Pues la figura es el todo, el cual contiene más que la suma de sus partes. Un ser humano es más que la suma de átomos, miembros, órganos y humores de que consta; una familia es más que el esposo, la esposa y el hijo. Una amistad es más que dos hombres; y un pueblo es más que aquello que puede expresarse por el resultado de un censo de población o por una suma de votos políticos.

En el siglo XIX se adoptó la costumbre de relegar al mundo de los sueños a todos aquellos espíritus que pretendían invocar

ese «más», esa «totalidad»,* de relegarlos a ese mundo de los sueños que, si bien resulta adecuado en un mundo más bello, no lo resulta en la realidad verdadera y efectiva.

Pero no puede haber ninguna duda ni de que precisamente la valoración inversa es la apropiada ni tampoco de que en la esfera de la política poseen un rango inferior todos los espíritus que carecen de ojos para ver ese «más». Podrán acaso tales espíritus desempeñar un papel en la historia de la cultura, en la historia de la economía, en la historia de las ideas — pero la historia es más que eso; la historia es figura, de igual modo que tiene como contenido propio el destino de figuras.

Ciertamente — y este inciso pretende señalar con mayor precisión qué es lo que debe entenderse por figura —, ciertamente también casi todos los antagonistas de los lógicos y matemáticos de la vida se mueven en un plano que no se diferencia por su rango del plano que ellos combaten. Pues no hay ninguna diferencia entre invocar un alma abstracta o una idea abstracta e invocar un ser humano abstracto. Entendidas en ese sentido, ni el alma ni la idea son figuras ni hay tampoco una antítesis convincente entre ellas y el cuerpo y la materia.

La experiencia de la muerte parece contradecir lo que acaba de decirse; para el pensamiento rutinario el alma abandona en la muerte el habitáculo del cuerpo y, por tanto, la parte imperecedera del ser humano abandona la parte perecedera. Pero es un error y una doctrina ajena a nosotros el pensar que el ser humano abandona su cuerpo cuando muere — lo que por el contrario ocurre es que la figura de ese ser humano ingresa en un orden nuevo, ingresa en un orden con respecto al cual resultan improcedentes todas las comparaciones espaciales, temporales o causales. De ese saber brotó la visión propia de nuestros antepasados, que decía que en el instante de su muerte los guerreros eran conducidos al Walhalla — y que allí eran acogidos no como almas, sino en su resplandeciente corporeidad, de la cual eran una egregia parábola los cuerpos de los héroes en la batalla.

Es muy importante que consigamos recobrar la plena conciencia de este hecho: el cadáver no es algo así como el cuerpo que se ha quedado sin alma. No hay la más mínima relación entre el cuerpo en el segundo de la muerte y el cadáver en el segundo siguiente; esto es algo que apunta ya en el hecho de que el cuer-

* Mi escrito *La movilización total* (Berlín, 1930) proporciona informaciones más detalladas acerca del vocablo *total*, que desempeñará también un papel en las páginas siguientes.

po abarca más que la suma de sus miembros, mientras que el cadáver es igual a la suma de sus partes anatómicas. Es un error pensar que el alma, cual si fuera una llama, deja tras sí polvo y ceniza. Mucha importancia tiene, en cambio, este hecho: la figura no está sometida a los elementos del Fuego y de la Tierra y, por tanto, el ser humano en cuanto figura pertenece a la eternidad. El mérito innato, inmutable e imperecedero del ser humano, su más alta existencia y su corroboración más honda residen en su figura, con entera independencia de todas las valoraciones únicamente morales y de todas las redenciones y de todos los «esfuerzos afanosos». Cuanto más nos dediquemos al movimiento tanto más preciso es que estemos íntimamente convencidos de que por debajo de él hay un ser en reposo, y de que todo incremento de la velocidad es únicamente la traducción de un lenguaje primordial imperecedero.

De la conciencia de eso resulta una relación nueva con el ser humano y resultan también un amor más ardiente y una más terrible inmisericordia. Resulta la posibilidad de una anarquía jovial, la cual coincide a la vez con un orden rigurosísimo — es ése un espectáculo que está ya apuntado en las grandes batallas y en las ciudades gigantescas cuya imagen se alza en los comienzos de nuestro siglo. En este sentido el motor no es el soberano de nuestro tiempo, sino su símbolo, es la imagen simbólica de un poder para el cual la explosión y la precisión no constituyen antítesis. El motor es el audaz juguete de un tipo de hombre que es capaz de saltar con placer por los aires y que no deja de ver en tal acto una confirmación del orden. De esa actitud, que ni el idealismo ni el materialismo pueden adoptar y a la que por eso hay que calificar de «realismo heroico», es de la que resulta ese grado extremo de fuerza ofensiva de que nos hallamos necesitados. Los portadores de tal actitud son del mismo tipo de aquellos voluntarios que saludaron jubilosos la Gran Guerra y que con idéntico júbilo saludan todas las cosas que vinieron tras ella y todas las que vendrán todavía.

Ya ha quedado dicho que también la persona singular posee figura; y el sublime e inalienable derecho vital que ella comparte con los minerales, los vegetales y los animales es su derecho a la figura. En cuanto figura, la persona singular abarca más que la suma de sus fuerzas y capacidades; su profundidad es más honda que la que ella misma logra adivinar en sus pensamientos más profundos, y su poder es más poderoso de lo que puede expresar con la más poderosa de sus acciones.

La persona singular lleva en sí misma de este modo la norma;

y el arte supremo de la vida, en la medida en que la persona singular vive como tal, consiste en tomarse a sí misma como norma. Estas cosas son las que constituyen el orgullo y la aflicción de una vida. Todos sus grandes instantes, los sueños ardientes de la juventud, la embriaguez del amor, el fuego de la batalla, todo eso coincide con una más honda conciencia de la figura; y el recuerdo es el retorno mágico de la figura, un retorno que conmueve el corazón y lo convence de que tales instantes son impercederos. La más amarga desesperación de una vida consiste en no haberse colmado, en no haber estado a la altura de sí misma. La persona singular se asemeja al hijo pródigo; entregado a la ociosidad, ha dilapidado su herencia, grande o chica, en tierras extranjeras — y, sin embargo, ninguna duda cabe de que volverá a ser acogido en su patria. Pues la parte impercedera de la herencia de la persona singular está en su pertenencia a la eternidad; de tal hecho tiene plena conciencia en sus instantes más excelsos e indubitables. La tarea de la persona singular consiste en expresar eso en el tiempo. En este sentido su vida se convierte en una parábola de la figura.

Mas la persona singular está inserta, por encima de eso, en un gran orden jerárquico de figuras. — éstas son unos poderes tales que nunca resultarán exageradas las ideas que nos formemos acerca de su efectividad, su corporeidad, su necesidad. En comparación con ellas la propia persona singular se convierte en una parábola, en un representante; y el ímpetu, la riqueza, el sentido de su vida dependen del grado en que participe en el orden y en las disputas de las figuras.

A las figuras auténticas se las reconoce en lo siguiente: es a ellas a las que podemos dedicar la suma de todas nuestras fuerzas, es a ellas a las que podemos rendir la más alta de nuestras veneraciones y es contra ellas contra las que podemos dirigir el más extremado de nuestros odios. Puesto que las figuras albergan dentro de sí el todo, demandan el todo. Y así ocurre que el ser humano, al descubrir su figura, descubre al mismo tiempo su propia misión, su destino; tal descubrimiento lo capacita para el sacrificio, el cual alcanza su expresión más significativa en la ofrenda de la sangre.

Puesto que a la edad burguesa no le fue dado tener una relación auténtica con el mundo de las figuras, esa edad no logró ver

al trabajador dentro de un orden jerárquico determinado por la figura. En tal edad todas las cosas se diluían en ideas, en conceptos o en meros fenómenos, y los polos de ese espacio líquido eran la razón y la sentimentalidad. Europa, el mundo, que se encuentran ya en el último estadio de su disolución, siguen estando recubiertos de ese líquido, de ese pálido barniz de un espíritu que se ha vuelto autócrata.

Pero nosotros sabemos que en Alemania esa Europa, ese mundo, poseen únicamente el rango de una provincia y que su administración no ha estado encomendada ni a los mejores corazones y ni siquiera a las mejores cabezas. Ya en los comienzos de este siglo fue posible ver sublevados contra ese mundo a los alemanes; en ello estuvieron representados por los soldados alemanes del frente, que eran portadores de una figura auténtica. Esto constituyó al mismo tiempo el comienzo de la *Revolución alemana*, Revolución que fue anunciada ya en el siglo XIX por algunos espíritus egregios y que sólo puede concebirse como una Revolución de la figura. Es cierto que la mencionada sublevación no fue otra cosa que un prelude, pero la causa de que eso ocurriera está en que, en su conjunto, la sublevación carecía todavía de figura, de la cual eran una parábola los soldados que, solitarios y desconocidos, caían día y noche en combate en todas las fronteras del *Reich*.

Pues, en primer lugar, los mandos estaban demasiado impregnados, demasiado convencidos de los valores propios de un mundo que de manera unánime veía en Alemania el más peligroso de sus adversarios; por eso fue justo que tales mandos fueran derrotados y quedaran completamente barridos, mientras que los soldados alemanes del frente mostraron ser no sólo invencibles, sino también inmortales. Todos y cada uno de esos caídos están hoy más vivos que nunca y eso se debe a que, en cuanto figuras, pertenecen a la eternidad. Pero el burgués no pertenece a las figuras; de ahí que, por mucho que se engalane con la corona del príncipe o con la púrpura del general, el Tiempo lo devore.

Pero, en segundo lugar, hemos visto que la sublevación del trabajador fue preparada en la escuela del pensamiento burgués. Por ello no pudo tal sublevación coincidir con la sublevación alemana; eso es algo que apunta en el hecho de que quienes efectuaron la capitulación ante Europa, la capitulación ante el mundo, fueran, por un lado, los miembros de una capa burguesa superior de viejo estilo y, por otro, los voceros, asimismo burgueses, de una denominada «Revolución», es decir, en el fondo, los representantes de uno y el mismo tipo humano.

En Alemania, sin embargo, ninguna sublevación que vaya contra Alemania puede poseer el rango de un orden nuevo. Tal sublevación se halla condenada al fracaso ya por el mero hecho de que atenta contra una legalidad a la que ningún alemán puede sustraerse sin despojarse a sí mismo de las raíces más secretas de su propia fuerza.

De ahí que, entre nosotros, los únicos poderes capaces de combatir por la libertad son los poderes que sean simultáneamente portadores de la responsabilidad alemana. Ahora bien, puesto que el burgués no era partícipe de tal responsabilidad, ¿cómo iba a poder traspasársela al trabajador? De igual manera que el burgués, mientras gobernó, no fue capaz de lanzar la fuerza elemental del pueblo a una acción irresistible, así tampoco estuvo en condiciones, mientras aspiró al gobierno, de movilizar revolucionariamente esa fuerza. De ahí que intentase hacer que también ella participase en la traición al destino perpetrada por él.

Esa traición es irrelevante en la medida en que es mera alta traición, es decir, traición al soberano; en ese aspecto hay que verla como un proceso de autoaniquilación del orden burgués. Ahora bien, esa traición es simultáneamente traición a la patria, en tanto en cuanto el burgués intentó involucrar en su propia autoaniquilación la figura del *Reich*. Al burgués no le es dado el arte de morir y por ello intentó retrasar a cualquier precio el momento de su muerte. La culpa del burgués con respecto a la guerra está en que ni fue capaz de hacerla realmente —es decir, de hacerla en el sentido de la movilización total— ni fue tampoco capaz de perderla —es decir, de ver en su propio hundimiento su libertad suprema—. Lo que diferencia al burgués del soldado del frente es que el primero estaba al acecho; aun en la guerra, de cualquier ocasión de negociar, en tanto que para el segundo la guerra significaba un espacio en el que se trataba de morir, esto es, en el que se trataba de vivir de tal manera que quedase corroborada la figura del *Reich* — de ese *Reich* que forzosamente ha de quedarnos a nosotros, aunque ellos, los burgueses, se lleven el cuerpo.

El burgués y el soldado del frente son dos tipos diferentes de hombre; al primero se lo reconoce en que está dispuesto a negociar a cualquier precio; al segundo, en que está dispuesto a combatir a cualquier precio. La pedagogía que el burgués practicó en el trabajador consistió en educarlo para que fuera su socio en la negociación. El sentido que en eso se esconde, y que consiste en el deseo de prolongar a cualquier precio la duración de la vida de la sociedad burguesa, ha podido permanecer oculto en tanto esa

sociedad poseyó en el equilibrio de las potencias un fiel trasunto de sí misma en la política exterior. Pero la tendencia antiestatal del burgués hubo de quedar forzosamente al descubierto en el preciso instante en que apareció entre las potencias una relación diferente de la relación de negociación. No obstante, al burgués la última victoria de Europa le ayudó a hacer posible una vez más uno de esos espacios artificiosos desde cuyo ángulo de visión la figura y el destino significan lo mismo que lo insensato. El secreto de la derrota alemana está en que la muy callada ilusión abrigada por el burgués era la perduración de tal espacio, la perduración de Europa.

Aquí quedó entonces al descubierto con total claridad también el papel indigno que el burgués había pensado adjudicar al trabajador. En política interior supo hacerle creer, con mucha habilidad, que era él, el trabajador, quien tenía el dominio; pero, frente a una situación de deuda en política exterior, las reivindicaciones propias de tal dominio tenían que revelarse una y otra vez como cheques sin fondo. El plazo de protesta de tales cheques es a la vez el último plazo de vida de la sociedad burguesa; también en esto se expresa la existencia aparente de tal sociedad, pues esa existencia intenta apoyarse en los capitales del siglo XIX, que están gastados hace ya mucho tiempo.

Pero lo que el trabajador no ha de hacer es combatir contra ese espacio, ya que en él topará siempre con negociaciones y con concesiones y con ninguna otra cosa; lo que el trabajador ha de hacer con ese espacio es, sencillamente, quitárselo de encima con desprecio. Las fronteras exteriores de ese espacio han surgido de la impotencia; y sus órdenes internos, de la traición. Así es como Alemania llegó a convertirse en una colonia de Europa, en una colonia del mundo.

Ahora bien, el acto mediante el cual logra el trabajador quitarse de encima ese espacio consiste precisamente en verse a sí mismo como figura y dentro de un orden jerárquico de figuras. En eso se basa también la más honda justificación de su combate por el Estado, una justificación que ahora ha de invocar no una interpretación nueva del contrato, sino una misión encomendada de manera directa, un destino.

El ver figuras es un acto revolucionario por cuanto es conocer un ser en la entera y unitaria plenitud de su vida.

La gran superioridad de ese proceso está en que se efectúa tanto allende las valoraciones morales y estéticas cuanto allende las valoraciones científicas. En esa esfera lo que por lo pronto importa no es si algo es bueno o es malo, es bello o es feo, es falso o es correcto, sino cuál es la figura a que pertenece. El círculo de la responsabilidad adquiere así unas dimensiones que son enteramente incompatibles con todas las cosas que el siglo XIX entendió por justicia: en pertenecer a esta o a aquella figura es donde residen ahora la legitimación o la culpa de la persona singular.

En el preciso instante en que se conoce y reconoce eso desmorónase todo el complejo monstruosamente complicado de aparatos que una vida que se ha vuelto muy artificial ha instalado para protegerse a sí misma, puesto que la actitud que al comienzo de nuestra investigación calificamos de «inocencia más salvaje» no tiene ya necesidad de tales aparatos. Esta es la revisión a que el ser somete a la vida, y quien conoce posibilidades nuevas y mayores de vida saluda esa revisión en lo que tiene de inexorable, de tremendamente inexorable.

Uno de los medios de preparar una vida nueva y más osada es aniquilar las valoraciones propias de un espíritu que se ha vuelto abstracto y autocrático, es destruir la labor educativa que la edad burguesa ejecutó en el ser humano. Para que eso ocurra de manera fundamental, para que no ocurra como una reacción que lo único que pretende es retrotraer el mundo a la misma situación en que se encontraba hace ciento cincuenta años, es menester haber pasado por esa escuela. Lo que ahora importa es educar un tipo humano que esté desesperadamente cierto de que las reivindicaciones propias de la justicia abstracta, de la investigación libre, de la conciencia artística, han de acreditarse ante una instancia que es más alta que la que puede hacerse valer dentro de un mundo de justicia burguesa sin más.

Esto es algo que empieza ocurriendo en la esfera del pensamiento, pero es así porque al adversario hay que ir a buscarlo al campo donde está su fortaleza. La mejor respuesta al delito de alta traición contra la vida cometida por el espíritu es que éste cometa un delito de alta traición contra el «espíritu»; uno de los goces más excelsos y crueles de nuestro tiempo es estar participando en ese trabajo de voladura.

Una consideración figural del trabajador —es decir, una consideración que lo vea como figura— podría conectar con los dos fenómenos de que el pensamiento burgués extrajo su *concepto* del trabajador; esos dos fenómenos son el fenómeno de la comunidad y el fenómeno de la persona singular, los cuales tuvieron su común denominador en la noción que del ser humano poseyó el siglo XIX. Ambos fenómenos experimentan un cambio de significado cuando en ellos entra en acción una imagen nueva del ser humano.

Valdría la pena estudiar con detenimiento el modo en que, bajo aspectos heroicos, la persona singular, por un lado, aparece como el soldado desconocido que es aniquilado en los campos de batalla del trabajo, y, por otro, y precisamente por ello, se presenta como el señor y ordenador del mundo, como un tipo imperioso que está en posesión de un poder pleno vislumbrado sólo oscuramente hasta ahora. Ambas caras pertenecen en propiedad a la figura del trabajador y es eso precisamente lo que las aúna en lo más hondo de sí también en aquellos sitios donde miden sus armas en una lucha a muerte.

De igual manera, también la comunidad aparece por un lado como sufriente y pasiva, por cuanto es la portadora de una obra tal que, comparada con su ímpetu, aun la más alta de las pirámides se asemeja a la punta de un alfiler; y, sin embargo, por otro lado aparece como una unidad significativa cuyo sentido depende enteramente de la existencia o inexistencia de tal obra. A ello se debe sin duda el que entre nosotros se acostumbre a discutir sobre cuál debe ser el orden en el que cabe servir a la obra y dominarla, cuando en realidad la necesidad de tal obra forma parte del destino y se encuentra, por tanto, allende todas las discusiones.

Lo dicho encuentra su expresión, entre otras cosas, en lo siguiente: en ningún momento se ha negado, ni siquiera en los movimientos de trabajadores habidos hasta ahora, que el trabajo es un hecho fundamental. Hay un fenómeno que forzosamente llena de respeto y confianza al espíritu y es que, aun en aquellos sitios donde conquistaron ya el poder tales movimientos —que, no se olvide, fueron creciendo en la escuela del pensamiento burgués—, la consecuencia inmediata de ellos no fue el aminoramiento del trabajo, sino su acrecentamiento. Más adelante comentaremos que, por un lado, esto se basa en que el nombre mismo, *trabajador*, no puede sugerir sino una actitud que ve en el trabajo su misión propia y, en consecuencia, su libertad. Por otro lado, empero, aquí se manifiesta también con toda claridad que el resorte esencial

que aquí actúa no es la opresión, sino un sentimiento nuevo de responsabilidad, y que los verdaderos y efectivos movimientos de trabajadores hay que concebirlos no como movimientos de esclavos (eso fue lo que hizo el burgués, tanto si aceptó esos movimientos como si los rechazó), sino como encubiertos movimientos de señores. Todo el que ha visto eso ha visto también la necesidad de adoptar una actitud que lo haga digno de llevar el título de trabajador.

Por tanto, la consideración figural del trabajador, su consideración como figura, no debe conectar ni con la comunidad ni con la persona singular, aunque también esos dos fenómenos hayan de ser concebidos figuralmente. Claro está que, cuando se hace eso, cambia el contenido de esas dos expresiones —«comunidad» y «persona singular»—; y ya veremos cómo dentro del mundo de trabajo es menester establecer una diferenciación entre la persona singular y la comunidad por un lado, y el individuo y la masa del siglo XIX por otro. Nuestro tiempo ha agotado sus fuerzas en esa antítesis, de modo muy similar a como las ha agotado también en otras antítesis, así la de idea y materia, la de sangre y espíritu, la de poder y derecho; pero lo único que de esas antítesis resulta son interpretaciones perspectivistas que arrojan luz sobre esta o aquella reivindicación parcial. Mucho más que eso importa el ir a buscar la figura del trabajador en otro rango, en un rango tal que, vistas desde él, tanto la persona singular cuanto asimismo la comunidad han de ser concebidas como parábolas, como representantes. Representantes del trabajador son en este sentido esos encumbramientos supremos de la persona singular que fueron vislumbrados ya tempranamente en el superhombre,* y representantes suyos son asimismo esas comunidades que viven sujetas, a la manera de las hormigas, al imperio de la obra y cuya constitución es tal que, vista desde ella, la reivindicación de un modo propio de ser, de una especificidad propia, aparece como una impropcedente manifestación de la esfera privada. Esas dos actitudes vitales se han desarrollado en la escuela de la democracia; de ambas cabe decir que han pasado por tal escuela y que ahora están participando desde dos direcciones aparentemente opuestas en la aniquilación de las viejas valoraciones. Pero, como hemos dicho, ambas actitudes son parábolas de la figura del trabajador, y su unidad interna se muestra en que la voluntad de dictadura total se ve a sí misma, en el espejo de un orden nuevo, como voluntad de movilización total.

* Y vislumbrados, por cierto, a través del *medium* del individuo burgués.

Ahora bien, todo orden, sea cual sea el modo en que esté constituido, se asemeja a la red de meridianos y paralelos superpuestos a un mapa; lo que otorga significado a la red es el paisaje a que la red está referida — en eso se parece a los cambiantes nombres de las dinastías, nombres que el espíritu no necesita recordar mientras se siente conmovido por los monumentos que las conmemoran.

Y así es como la figura del trabajador está emplazada en el ser más honda y quietamente que todas las parábolas y órdenes que la corroboran, más hondamente que las constituciones y las obras, que los seres humanos y sus comunidades; todas estas cosas son como las cambiantes facciones de un rostro cuyo carácter fundamental permanece inalterado.

12

Vista en la plenitud de su ser y en la fuerza de una impronta que acaba de empezar, la figura del trabajador aparece abundante en contradicciones y tensiones internas y, no obstante, provista de una unidad prodigiosa y de una cerrada coherencia, propia de un destino. Así, en instantes en que ninguna finalidad y ningún propósito turban el ánimo, esa figura se nos revela a veces como un poder quieto y preformado.

Y así es como hay ocasiones, cuando de repente queda en silencio la tempestad de martillos y ruedas que nos rodea, en que nos parece que sale a nuestro encuentro de una manera casi corpórea la quietud que se esconde tras el exceso de movimiento; es una buena costumbre de nuestro tiempo el que, para honrar a los muertos o para grabar en la conciencia un instante dotado de significación histórica, se mande, como por una orden suprema, parar el trabajo por algunos minutos. Pues ese movimiento es un símil, es una parábola de la más íntima de las fuerzas; lo es en el mismo sentido en que, por poner un ejemplo, el significado secreto de un animal donde más claramente se revela es en su movimiento. Pero el asombro que nos produce esa detención del trabajo es en el fondo el asombro que nos produce el hecho de que nuestros oídos crean percibir por un instante los manantiales más profundos, aquellos que alimentan el decurso temporal del movimiento. Esto eleva el mencionado acto de parar el trabajo al rango de un acto de culto.

Las grandes escuelas del progreso se señalan por su falta de relación con las fuentes primordiales y por el hecho de que su

dinámica se basa en el decurso temporal del movimiento. Tal es el motivo de que las conclusiones a que esas escuelas llegan sean de suyo convincentes y, sin embargo, estén condenadas, como por una matemática diabólica, a abocar al nihilismo. Nosotros mismos hemos tenido una experiencia viva de tal cosa, ya que hemos participado en el progreso, y consideramos que la gran tarea encomendada a una generación que por largo tiempo estuvo viviendo en un paisaje primordial consiste en restablecer el contacto inmediato con la realidad.

La relación del progreso con la realidad es una relación de naturaleza derivada. En él lo que se ve es la proyección de la realidad sobre la periferia de los fenómenos; eso es algo que cabe demostrar en todos los grandes sistemas del progreso y es algo que cabe decir también de su relación con el trabajador.

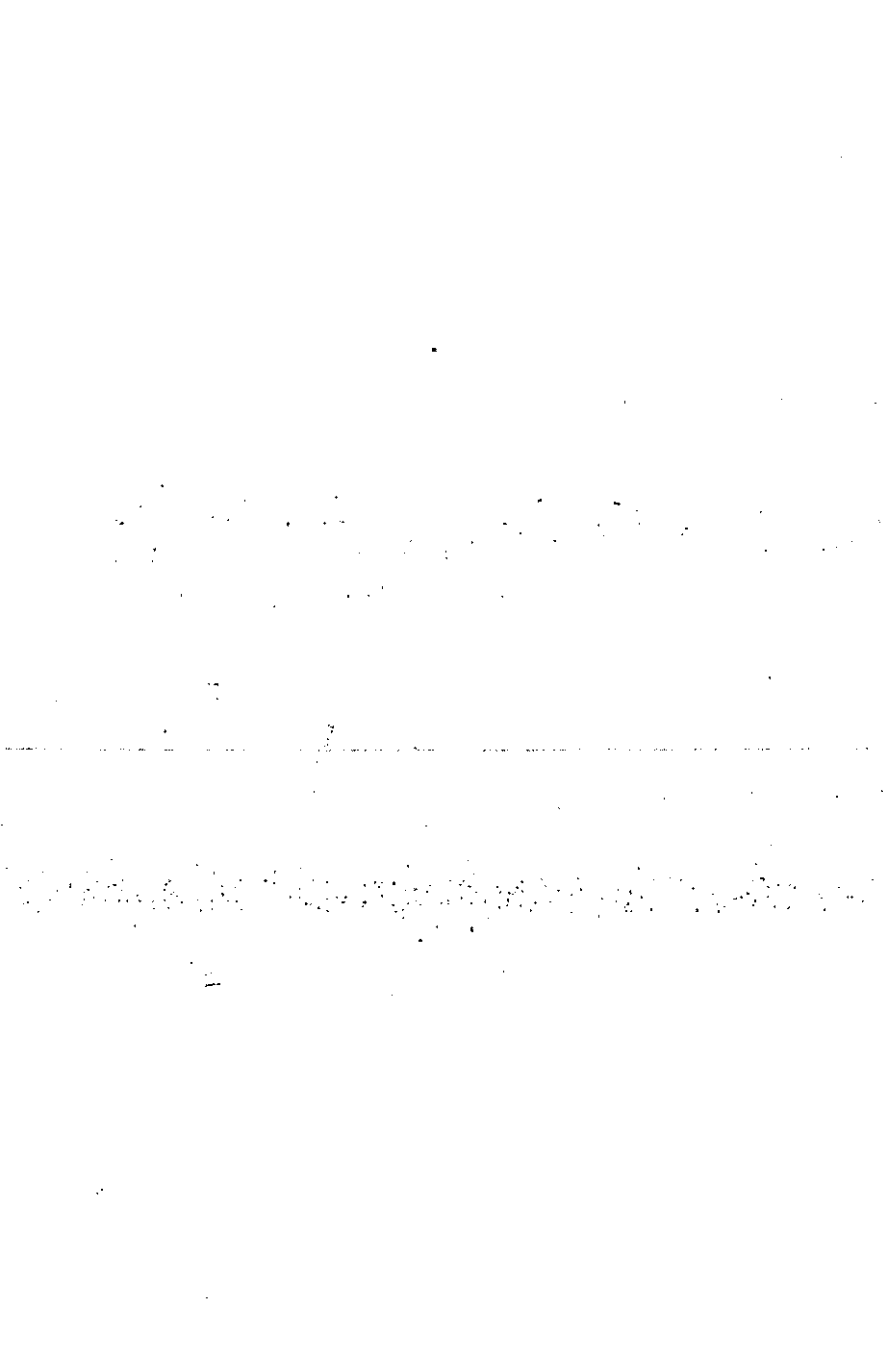
Y, sin embargo, de igual modo que la ilustración es algo más profundo que la Ilustración, también el progreso posee un trasfondo propio. También él ha conocido esos instantes a que acabamos de referirnos. Hay una embriaguez cognoscitiva cuyo origen es más que lógico; y hay un orgullo por los éxitos técnicos y por la dominación ilimitada del espacio que posee una vislumbre de la más secreta voluntad de poder; ese orgullo considera que todas esas cosas son únicamente armas destinadas a unas luchas y sublevaciones nunca antes vistas, y justamente por ello tiene esas armas por preciosas y por necesitadas de unos cuidados más amorosos que los que jamás dispensó guerrero alguno a su armamento.

De ahí que para nosotros no venga al caso esa actitud que intenta oponer al progreso los medios de orden inferior propios de la ironía romántica; tal actitud constituye la segura característica de una vida debilitada en su núcleo. No es tarea nuestra el ser los antagonistas en el juego de nuestro tiempo, sino el ser jugadores que dicen *va banque* y cuya puesta total ha de ser comprendida tanto en su extensión como en su profundidad. Cuando se lo ve dentro de un cuadro más amplio, cambia de significado el sector que nuestros padres iluminaron con una luz tan intensa. La prolongación de un camino que parecía llevar a la comodidad y a la seguridad está penetrando ahora en la zona de las cosas peligrosas. En este sentido el trabajador aparece, allende el sector que le adjudicó el progreso, como el portador de la sustancia heroica fundamental que determina una vida nueva.

Nos hallamos cerca del trabajador en todos aquellos sitios donde sentimos que esa sustancia está operando; y nosotros mismos somos trabajadores en la medida en que es ella una parte de nuestra herencia. Todas las cosas de nuestro tiempo que senti-

mos como maravillosas y que en las leyendas de siglos todavía muy lejanos nos harán aparecer como una generación de magos poderosos, todas esas cosas forman parte de tal sustancia, forman parte de la figura del trabajador. Ella es la que está operando en nuestro paisaje, el cual no nos parece infinitamente extraño por la sola y única razón de que nosotros hemos nacido en él; la sangre de esa sustancia es el combustible que mueve las ruedas y humea en los ejes.

Al contemplar ese movimiento, el cual es, a pesar de todo, un movimiento monótono, parecido a un campo lleno de molinos de oración tibetanos, al contemplar los órdenes rigurosos y geométricos, semejantes a plantas de pirámides, de esas víctimas, las cuales son más numerosas que las que nunca exigieron la Inquisición y el Moloch y cuyo número es acrecentado con mortal seguridad por cada paso adelante que se da — ¿cómo unos ojos entendidos realmente en ver podrían sustraerse a la evidencia de que por detrás del velo de las causas y los efectos, por detrás de ese velo que las luchas del día hacen ondear, están operando el destino y la veneración?



La técnica como movilización del mundo por la figura del trabajador

44

Las declaraciones que los contemporáneos saben hacer a propósito de la técnica ofrecen un magro botín. En especial resulta sorprendente que los técnicos no logren ni siquiera inscribir su propia definición dentro de una imagen que capte la vida en el conjunto de sus dimensiones.

La razón de esto es la siguiente: el técnico es sin duda el representante del carácter especial de trabajo, pero lo que a él no le es dado tener es una relación directa con el carácter total de trabajo. En los sitios donde falta tal relación no puede decirse que haya, por muy excelentes que sean las prestaciones singulares, un orden que vincule y que en sí esté libre de contradicciones. La falta de totalidad se exterioriza en la aparición de un especialismo desenfrenado que intenta elevar al rango decisivo el planteamiento particular de los problemas. Mas con ello no quedaría decidida ni una sola de las cuestiones significativas, aunque el mundo fuera objeto de una construcción completa.

Para poseer una relación verdadera y efectiva con la técnica es preciso ser algo más que un mero técnico. El error que no permite que salgan bien las cuentas en ninguno de los sitios donde se intenta relacionar la vida con la técnica es siempre el mismo — y da igual que la conclusión a que se llegue sea el rechazo o sea la aceptación. Ese error fundamental reside en poner al ser humano en relación inmediata con la técnica — ya viendo en él a su creador, ya viendo en él a su víctima. El ser humano aparece aquí o bien como un aprendiz de brujo que conjura unas fuerzas a cuyos efectos no es capaz de hacer frente o bien como el creador de un progreso ininterrumpido que corre presuroso hacia unos paraísos artificiales.

Del todo diferentes son los juicios a los que se llega cuando se repara en que el ser humano no está ligado a la técnica de un modo inmediato, sino de un modo mediato. La técnica es el modo

y manera en que la figura del trabajador moviliza el mundo. El grado en que el ser humano se halla relacionado de manera decisiva con la técnica, el grado en que no es destruido, sino favorecido por ella, depende del grado en que sea representante de la figura del trabajador. La técnica en este sentido es el dominio del lenguaje que está vigente en el espacio de trabajo. Ese lenguaje no es menos significativo, no es menos profundo que los demás, pues posee no sólo una gramática, sino también una metafísica. En este contexto la máquina desempeña un papel tan secundario como el que desempeña el ser humano. Es tan sólo uno de los órganos mediante los que se habla ese lenguaje.

Si, por tanto, debe concebirse la técnica como el modo y manera en que la figura del trabajador moviliza el mundo, lo primero que es preciso demostrar es que la técnica se acomoda al representante de esa figura —es decir, del trabajador— y está a disposición de él merced a una relación especial. Pero, en segundo lugar, en esta relación no se hallará integrado ninguno de los representantes de los vínculos situados fuera del espacio de trabajo, como son, por ejemplo, el burgués, el cristiano, el nacionalista. Antes por el contrario, en la técnica habrá de estar incluida una ofensiva franca o disimulada contra tales vínculos.

Ambas cosas están ocurriendo de hecho. Nos esforzaremos en confirmarlo de la mano de algunos ejemplos. La falta de claridad —y en especial la falta romántica de claridad— que da su colorido a la mayoría de las declaraciones acerca de la técnica proviene de la ausencia de unos puntos de vista fijos. Tal falta de claridad desaparece así que reparamos en que la figura del trabajador es el centro quieto de este proceso tan polifacético. La figura del trabajador favorece la movilización. De ahí que habrá que demostrar que por detrás de los procesos superficiales de las modificaciones técnicas hay tanto una destrucción amplísima cuanto una construcción diferente del mundo, y que a ambas cosas, a la destrucción y a la construcción, les es dada una orientación enteramente determinada.

Volvamos una vez más a la guerra con el fin de ilustrar de manera intuitiva lo dicho. Al contemplar, por ejemplo, las fuerzas operantes en Langemarck, acaso pudiera surgir la idea de que aquí se trata en lo esencial de un proceso que se desarrolla entre naciones. Pero eso es acertado únicamente en la medida en que las

naciones combatientes representan las magnitudes de trabajo que son portadoras de tal proceso. Lo que está en el centro de la confrontación no es desde luego el distinto modo de ser de dos naciones, sino el distinto modo de ser de dos edades, una de las cuales, la naciente, devora a la que va hundiéndose. Esto es lo que determina la auténtica profundidad de este paisaje, lo que determina su carácter revolucionario. Los sacrificios que son ofrendados y solicitados adquieren una significación más alta por el hecho de que acontecen dentro de un marco que ciertamente ni puede ni debe serle visible a la conciencia, pero que desde luego sí es percibido ya en el sentimiento más íntimo; y eso es algo que puede demostrarse por numerosos testimonios.

La imagen metafísica de esa guerra, esto es, su imagen «figural», muestra unos frentes que son distintos de los que la conciencia de los participantes es capaz de vislumbrar. Si se considera esa guerra como un proceso técnico y, por tanto, como un proceso muy hondo, se advertirá que la intervención de la técnica quebranta más cosas que únicamente la resistencia de esta o de aquella nación. El intercambio de proyectiles que hubo en tantos y tan distintos frentes se acumula en un frente único, decisivo. Si en el centro del proceso —es decir, en aquel sitio del que parte la suma total de la destrucción, pero que no está él mismo sometido a la destrucción— vemos la figura del trabajador, entonces se nos hará patente un carácter muy unitario, muy lógico, de esa destrucción.

Así es como se explica, en primer lugar, que haya tanto vencedores como vencidos en cada uno de los países que participaron en la guerra. Cualquiera que sea el lugar a que se mire, es enorme el número de quienes quedaron despedazados por esa decisiva ofensiva lanzada contra la existencia individual. Pero al lado de eso tropezaremos también por doquier con un tipo de hombre que se siente fortalecido por tal ataque y que lo invoca como la fuente ígnea de un sentimiento vital nuevo.

No cabe duda de que este acontecimiento, cuyas verdaderas proporciones no es aún posible en modo alguno medir, posee una significación que es superior no sólo a la que tuvo la Revolución francesa, sino incluso a la que tuvo la Reforma alemana. Como si fuera un cometa, su auténtico núcleo va seguido de una cola consistente en confrontaciones secundarias que aceleran todas las problemáticas históricas y espirituales y cuyo término no es posible ver todavía. El no haber participado en ese acontecimiento significa una pérdida que ya hoy siente sin duda la juventud de los países neutrales. En él se ha producido un corte que separa más que dos siglos.

Si ahora investigamos en detalle la amplitud de la destrucción, encontraremos que los blancos fueron alcanzados por los proyectiles tanto más cuanto más alejados quedaran de la zona que le es peculiar al tipo.

Por ello no puede extrañarnos que, sometidos a esa presión, se derrumbaran cual castillos de naipes los últimos residuos de los sistemas estatales antiguos. Esto es algo que se hace patente sobre todo en la falta de fuerza de resistencia de las formaciones monárquicas; casi todas ellas sucumbieron, con independencia de que estuvieran encuadradas en el frente del grupo de Estados vencedores o que lo estuvieran en el frente del grupo de Estados vencidos. Sucumbe el monarca y sucumbe tanto si es el soberano de un solo país como si es el representante de una dinastía garante de la unión de territorios transmitidos hereditariamente desde la Edad Media. Sucumbe el monarca y sucumbe tanto si es el príncipe que reina en un círculo de influencia reducido casi puramente a tareas culturales como si es un arzobispo o es la cúspide de una monarquía constitucional.

A la vez que caen las coronas caen también los últimos privilegios estamentales que la aristocracia había conservado; conjuntamente con la sociedad cortesana y con las propiedades rústicas protegidas por disposiciones especiales sucumben ante todo, por tanto, los cuerpos de oficiales en el sentido antiguo, cuerpos que también en la edad del servicio militar obligatorio continuaban señalándose por las características de una comunidad estamental. Lo que hacía posible esa condición cerrada de los cuerpos de oficiales era que, como hemos visto antes, el burgués por sí mismo es incapaz de prestaciones bélicas, pero se ve forzado a estar representado por una casta guerrera especial. Esto cambia en la edad del trabajador, al cual le es dado tener una relación elemental con la guerra y que por ello es capaz de representarse bélicamente a sí mismo con sus propios medios.

La facilidad con que un solo soplo hace que se volatilice toda esa capa, la cual iba en cierto modo aneja al Estado absoluto, o, más bien, la facilidad con que esa capa se derrumba por sí sola, es un espectáculo que produce estupefacción. Sin ofrecer una resistencia digna de mención, esa capa sucumbe ante la ofensiva de una catástrofe; tal ofensiva no se limita, empero, a ella, sino que afecta simultáneamente a las masas burguesas, las cuales se hallaban relativamente intactas aún.

Por un breve lapso de tiempo parece de todos modos, y ello ocurre especialmente en Alemania, como si justo a tales masas les cayera del cielo, gracias a ese acontecimiento, un triunfo tardío y

definitivo. Es preciso ver, sin embargo, que ese acontecimiento, que en su primera fase se presenta como guerra mundial, en la segunda fase aparece como revolución mundial, para volver acaso luego a adoptar súbita y caprichosamente unas formas bélicas. En esta segunda fase, que en unas partes está trabajando de una manera franca y en otras está haciéndolo de un modo encubierto, se pone de manifiesto que las posibilidades de llevar una vida burguesa van reduciéndose cada vez más a cada día que pasa, sin que quepan esperanzas de arreglo.

En todos los campos de la investigación se nos brindan las razones de este fenómeno; puede vérselas en la invasión del espacio vital por lo elemental y en la simultánea pérdida de seguridad; puede vérselas también en la disolución del individuo, en la mengua de las posesiones tradicionales tanto materiales como ideales; o puede vérselas, en fin, en una ausencia de fuerzas generadoras. La auténtica razón es en todo caso que el nuevo campo de fuerzas que está centrado en torno a la figura del trabajador destruye todos los vínculos que le son ajenos; destruye también, por tanto, los vínculos propios de la burguesía.

Las consecuencias de esa intervención provocan un fallo de las funciones habituales, un fallo que a veces es casi inexplicable. La literatura se vuelve insípida, aunque sigue intentando cocinar los mismos problemas de antes; la economía marcha mal; los Parlamentos quedan incapacitados para desarrollar su trabajo, aunque no son atacados desde fuera.

El hecho de que en este tiempo la técnica aparezca como el único poder que no se muestra sometido a tales síntomas delata de un modo muy claro que ella forma parte de un sistema de referencias diferente, más decisivo. En el breve lapso de tiempo transcurrido desde la guerra los símbolos de la técnica se han extendido hasta los rincones más remotos del globo terráqueo y lo han hecho con una rapidez mayor que aquella con que se extendieron la cruz y las campanas por los bosques y las tierras pantanosas de Germania. En los sitios donde penetra el lenguaje de hechos de tales símbolos derrúmbase la vieja ley de la vida; esa ley es empujada fuera de la realidad efectiva y llevada a la esfera romántica — mas para ver en esto algo más que un proceso de aniquilación pura son necesarios unos ojos muy especiales.

Recorreríamos de manera incompleta el campo de la aniquilación si no reparásemos también en la ofensiva lanzada contra los poderes culturales.

La técnica, esto es, la movilización del mundo por la figura del trabajador, es la destructora de toda fe en general y, por tanto, el poder anticristiano más resuelto que ha surgido hasta ahora. Lo es en tal grado que lo anticristiano que hay en ella aparece como uno de sus atributos secundarios — la técnica niega incluso con su mero existir. Hay una gran diferencia entre los antiguos iconoclastas e incendiarios de iglesias, por un lado, y, por otro, el elevado grado de abstracción que permitía que un artillero de la guerra del catorce considerase una catedral gótica como un simple hito del campo de tiro.

En los sitios donde surgen símbolos técnicos el espacio se vacía de todas las fuerzas de índole diferente, se vacía del grande y pequeño mundo espiritual que en él se había asentado. Los varios intentos de hablar el lenguaje de la técnica efectuados por la Iglesia representan tan sólo un medio de acelerar su propio hundimiento, un medio de posibilitar un proceso amplísimo de secularización. En Alemania las verdaderas relaciones de poder no han salido todavía a la superficie porque se hallan recubiertas por el dominio aparente de la burguesía. Lo que en páginas anteriores ha quedado dicho sobre la relación del burgués con la casta guerrera rige también para su relación con las Iglesias — el burgués es ciertamente ajeno a esos poderes, pero depende de ellos, y esto es algo que apunta en el hecho de que la relación que con ellos mantiene es la relación de la subvención. Al burgués le falta tanto sustancia bélica cuanto sustancia cultural, si prescindimos del pseudoculto del progreso.

En cambio el tipo, el trabajador, se sale de la zona de las antítesis liberales — se señala no por carecer de fe, sino por tener una fe diferente. Es a él a quien le está reservado el volver a descubrir el gran hecho de que la vida y el culto son idénticos — un hecho que los seres humanos de nuestro tiempo han perdido de vista, si prescindimos de algunas reducidas regiones periféricas y de algunos valles de montaña.

En este sentido podemos atrevernos desde luego a decir que en medio de las filas de espectadores de una película o de una carretera automovilística cabe observar ya hoy una piedad más honda que la que logramos percibir debajo de los púlpitos o delante de los altares. Y si esas cosas ocurren ya en el nivel más

bajo, más obtuso, en el que la figura nueva reivindica para sí de manera pasiva al ser humano, cabe sin duda vislumbrar que están preparándose ya otros juegos, otros sacrificios, otras exaltaciones. El papel que la técnica desempeña en este proceso es comparable tal vez a aquella posesión formal de educación imperial y romana de que disponían, por comparación con los duques germánicos, los primeros misioneros cristianos que llegaron a Alemania. Un principio nuevo se acredita por crear hechos nuevos, por crear formas peculiares y eficaces — y esas formas son profundas porque están referidas existencialmente a ese principio. En lo que es esencial no hay diferencia ninguna entre la profundidad y la superficie.

Es preciso mencionar además la demolición, efectuada por la guerra, de la auténtica Iglesia popular del siglo XIX, es decir, de la adoración del progreso — y es preciso mencionarla sobre todo porque la doble faz de la técnica se torna especialmente clara en el espejo de ese derrumbamiento.

En el espacio burgués la técnica aparece, en efecto, como un órgano del progreso, un órgano que tiende a la realización plena de lo racional y lo virtuoso. De ahí que la técnica se halle estrechamente ligada a las valoraciones propias del conocimiento, de la moral, del humanitarismo, de la economía y del confort. En ese esquema encaja mal la cara marcial de su cabeza de Jano. Ahora bien, es indiscutible que una locomotora puede mover, en vez de un vagón restaurante, una compañía de soldados, o que un motor puede mover, en vez de un vehículo de lujo, un tanque — es decir, resulta indiscutible que el incremento del tráfico aproxima entre sí más rápidamente no sólo a los europeos buenos, sino también a los europeos malos. De igual manera, la producción artificial de preparados nitrogenados tiene repercusiones no sólo en la agricultura, sino también en la técnica de los explosivos. Estas cosas pueden pasarse por alto únicamente mientras no se ha entrado en contacto con ellas.

Ahora bien, puesto que no cabe negar que en el combate se utilizan medios progresistas, «civilizadores», el pensamiento burgués se esfuerza en buscarles una excusa. Lo hace colocando encima del proceso bélico, a manera de capirote, la ideología progresista y aseverando que la violencia de las armas es un lamentable caso de excepción, un medio destinado a domeñar a unos bárbaros que no son progresistas. Tales medios, se dice, le corresponden de derecho únicamente al humanitarismo, a la humanidad, y aun eso, sólo para el caso de la defensa. El objetivo de la utilización de esos medios, se añade, no es la victoria, sino la liberación de los pueblos, su acogimiento en la comunidad que

dispone de una civilización más elevada. Bajo esa cobertura moral se explota a los pueblos colonizados; y también sobre los así llamados «tratados de paz» se extiende esa misma cobertura. En todos los sitios donde la gente tenía en Alemania una sensibilidad burguesa, se ha apresurado a sorber con delectación esa fraseología huera y a participar en las instituciones que están calculadas para eternizar tal situación.

Pero ocurre que la victoria que la burguesía mundial ha conseguido en todos los países, sin exceptuar a Alemania, es una victoria tan sólo aparente. En la misma medida en que la burguesía ha alcanzado después de la guerra una extensión planetaria, en esa misma medida se han debilitado sus posiciones. Ha quedado en evidencia que el burgués es incapaz de emplear la técnica como un medio de poder ordenado a su propio existir.

La situación resultante no es un orden nuevo del mundo, sino un reparto diferente de la explotación. Todas las medidas que pretenden establecer un orden nuevo, ya sea la tristemente famosa Sociedad de Naciones, ya sea el desarme, ya sea el derecho de autodeterminación de las naciones, ya sea la creación de mini-Estados periféricos, ya sea la creación de corredores, todas esas medidas llevan aneja la marca de su absurdidad. El sello del desconcierto lo llevan impreso demasiado claramente como para que tal cosa pueda escapar ni siquiera al ánimo de los pueblos de color. El dominio de esos negociadores, de esos diplomáticos, de esos abogados, de esos hombres de negocios es un dominio aparente, un dominio que a cada día que pasa va perdiendo terreno. Lo único que puede explicar la existencia de ese dominio es que la guerra terminó con un armisticio, con un armisticio que apenas quedó tapado con un refrito de hueñas frases liberales y por debajo del cual sigue ardiendo el fuego de la movilización. En el mapa se multiplican las manchas rojas y están preparándose unas explosiones que aventarán por los aires toda esa fantasmagoría. La cual, por cierto, fue hecha posible únicamente porque la resistencia desplegada por Alemania desde su fuerza popular más íntima no estuvo guiada por una capa dirigente que tuviera a su disposición un lenguaje elemental de mando.

De ahí que uno de los resultados más importantes de la guerra fuera el hundimiento y la desaparición de esa capa dirigente que no se hallaba ni siquiera a la altura de las valoraciones propias del progreso. Los endebles intentos que está efectuando esa capa para volver a tener una posición sólida van ligados necesariamente a todas las cosas más trasnochadas y más polvorientas del mundo, van ligados al romanticismo, al liberalismo, a la Igle-

sia, a la burguesía. Con una claridad creciente están empezando a separarse dos frentes, el frente de la restauración y otro frente distinto que se halla resuelto a continuar la guerra con todos los medios, y no sólo con los medios de la guerra.

Mas para ello es preciso que sepamos dónde se encuentran nuestros aliados verdaderos. No están en los sitios donde lo que la gente quiere es la conservación, sino en aquellos donde lo que quiere es el ataque; estamos acercándonos a unas situaciones tales que cada uno de los conflictos que estalle en cualquier parte vendrá a reforzar *nuestra* posición. Antes de la guerra, en la guerra y después de la guerra ha ido quedando al descubierto de un modo cada vez más claro la impotencia de las viejas formaciones. Mas para nosotros el mejor armamento consiste en que tanto cada una de las personas singulares como su conjunto se decida a llevar vida de trabajador.

Sólo entonces reconoceremos las fuentes de energía reales y efectivas que se esconden en los medios de nuestro tiempo; sólo entonces quedará al descubierto que su sentido verdadero no es el progreso, sino el dominio.

47

La guerra es un ejemplo de primer rango porque pone al descubierto el carácter de poder que habita en la técnica, con exclusión de todos los elementos económicos y progresistas.

En esto no deberíamos dejarnos engañar por la desproporción que se da entre el derroche gigantesco de medios, por un lado, y los resultados obtenidos, por otro. Ya la formulación de los distintos objetivos bélicos permitió conocer que en ningún punto del mundo estaba viva una voluntad que fuese adecuada a la dureza de esos medios. Pero es preciso saber que el resultado invisible es más significativo que el resultado visible.

El resultado invisible consiste en la movilización del mundo por la figura del trabajador. La primera de sus características se acusa en el contragolpe que las armas infligieron a los poderes a los que no les era dada la fuerza de hacerlas intervenir productivamente. En modo alguno es, sin embargo, ésa una característica de naturaleza negativa. Lo que en ella se expresa es una medida tomada por una ofensiva metafísica; y la fuerza irresistible de tal ofensiva reside en que es el atacado mismo quien elige, y al parecer de manera voluntaria, los medios de su ruina. Tal es el caso no solamente en las guerras, sino en todos los sitios donde

el ser humano entra en contacto con el carácter especial de trabajo.

En todos los sitios donde el ser humano cae bajo la jurisdicción de la técnica se ve confrontado a una alternativa ineludible. O bien acepta los medios peculiares de la técnica y habla su lenguaje, o bien perece. Pero cuando alguien acepta esos medios, entonces se convierte, y esto es muy importante, no sólo en el sujeto de los procesos técnicos, sino al mismo tiempo en su objeto. El empleo de los medios comporta un estilo de vida enteramente determinado, que se extiende tanto a las cosas grandes como a las cosas menudas del vivir.

En modo alguno es, pues, la técnica un poder neutral, un almacén de medios eficaces o cómodos al cual pudiera recurrir a su antojo cualquiera de las fuerzas tradicionales. Lo que se esconde precisamente detrás de esa apariencia de neutralidad es, antes bien, la lógica misteriosa y seductora con que la técnica sabe ofrecerse a los seres humanos, una lógica que se hace más y más evidente e irresistible a medida que va ganando totalidad el espacio de trabajo. Y en igual proporción se debilita también el instinto de los afectados.

Instinto lo poseyó la Iglesia cuando quiso destruir un saber que veía en la Tierra un satélite del Sol; instinto lo poseía el soldado de caballería que despreciaba las armas de fuego, y el tejedor que destrozaba las máquinas, y el chino que prohibía que se importasen máquinas a su país. Pero todos ellos han concluido su paz con la técnica, esa especie de paz que delata al vencido. Las consecuencias se presentan con una obviedad cada vez más desconsiderada y de un modo cada vez más acelerado.

Todavía hoy estamos viendo cómo no solamente grandes sectores de un pueblo, sino hasta pueblos enteros combaten contra tales consecuencias en una lucha sobre cuyo desenlace desafortunado no es posible abrigar dudas. ¿Quién negaría sus simpatías, por ejemplo, a la resistencia ofrecida por los campesinos, una resistencia que está conduciendo en nuestro tiempo a unos esfuerzos desesperados?

Pero da igual que aquí se pelee por leyes o por reglamentos o por aranceles a la importación de productos o por precios — la inviabilidad de tal combate estriba en que ya no resulta posible esa libertad que aquí se reivindica. El campo de labor que se cultiva con máquinas y se abona con nitrógeno artificial no es ya el mismo campo de labor de antes. Tampoco es verdad, por tanto, que la existencia de los campesinos sea intemporal y que las grandes modificaciones pasen sobre su terruño como el viento y las nubes. La profundidad de la revolución en la que estamos inmer-

sos se acredita precisamente en el hecho de que destroza aun los estamentos primordiales.

Únicamente en el espacio romántico perdura hoy la célebre distinción entre la ciudad y el campo; es una distinción que carece de validez, como también carece de validez la distinción entre el mundo orgánico y el mundo mecánico. La libertad del campesino no es diferente de la libertad de cada uno de nosotros — consiste en conocer que a él le están cerrados todos los otros modos de vivir diferentes del modo de vivir del trabajador. Tal cosa puede ser demostrada en todos los pormenores, y no sólo en los económicos. En torno a ello se libra el combate, un combate que en lo esencial está decidido hace ya mucho tiempo.

Aquí estamos participando en una de las últimas ofensivas contra las relaciones de índole estamental; y esa ofensiva produce unos efectos que son más dolorosos que el daño que la inflación está causando a las capas urbanas cultas. Con lo que mejor cabe comparar esa ofensiva es tal vez con la aniquilación definitiva de la vieja casta guerrera llevada a cabo por la batalla mecánica. Pero en estas cosas no es posible volver atrás; y lo que hay que intentar no es crear parques de protección de la Naturaleza, sino aportar una ayuda planificada, la cual será tanto más eficaz cuanto más corresponda al sentido de los procesos. De lo que aquí se trata es de hacer realidad unas formas de cultivo, explotación y poblamiento del campo en las que encuentre su expresión el carácter total de trabajo.

Quien se sirve de los medios técnicos peculiares experimenta una pérdida de su libertad, un debilitamiento de su ley vital; y ese debilitamiento afecta a las cosas grandes y a las menudas. Tal vez disponga de mayor comodidad el hombre que hace instalar en su casa la corriente eléctrica. Tal vez. Pero lo que sí es seguro es que dispone de una independencia menor que quien se alumbra con un candil. Un Estado rural o un pueblo de color que encarga máquinas, ingenieros y trabajadores especializados se vuelve tributario, de manera visible o de manera invisible, de una relación que hace saltar como con dinamita sus vínculos habituales.

La «marcha triunfal» de la técnica deja tras sí una ancha estela de símbolos destruidos. Su resultado indefectible es la anarquía — una anarquía que desgarrá hasta en sus átomos las unidades de vida. Es bien conocido el lado destructor de este proceso. Su lado positivo consiste en que la técnica misma tiene un origen cultural, en que dispone de unos símbolos peculiares y en que lo que hay detrás de sus procesos es un combate entre figuras. La esencia de la técnica parece ser de naturaleza nihilista en razón

de que su ofensiva se extiende al conjunto de las relaciones y a que no hay ningún valor capaz de oponerle resistencia. Pero es precisamente ese hecho el que ha de llamar nuestra atención y el que delata que la técnica está de servicio, no obstante carecer ella misma de valor y ser aparentemente neutral.

Cuando se repara en el significado de la técnica como lenguaje se resuelve la contradicción aparente que se da entre, por un lado, su disponibilidad indiscriminada para todo y para todos y, por otro, su carácter destructivo. Ese lenguaje se presenta con la máscara de un racionalismo riguroso que es capaz de decidir inequívocamente y por anticipado las cuestiones ante las que nos sitúa. Y ese lenguaje es, además, un lenguaje primitivo; por su mero existir resultan evidentes sus signos y sus símbolos. No parece que haya cosa alguna más eficaz, funcional y cómoda que el servirse de unos signos tan comprensibles y tan lógicos.

Percatarse de que aquí no nos servimos de una lógica en sí, sino de una lógica completamente específica, eso resulta desde luego mucho más difícil. Es una lógica que, en la misma medida en que otorga sus ventajas, hace también sus exigencias peculiares y sabe disolver todas las resistencias que no se le acomodan. Este o aquel poder se sirve de la técnica; eso quiere decir: se adapta al carácter de poder que se oculta detrás de los símbolos técnicos. La técnica habla un lenguaje nuevo; eso quiere decir: renuncia a todos los resultados que no sean los que están ya contenidos, como el resultado de una operación aritmética, en la utilización de ese lenguaje. A todos les es comprensible el lenguaje de la técnica; eso quiere decir: hoy existe tan sólo una especie de poder que puede ser querido. Pero el intento de subordinar las fórmulas técnicas, considerándolas como puros medios para un fin, a leyes vitales que no se le acomodan conduce necesariamente a situaciones muy vastas de anarquía.

Correlativamente cabe observar que la anarquía va creciendo a medida que la superficie del mundo gana univocidad y que la diversidad de las fuerzas se fusiona y unifica. Esa anarquía no es otra cosa que el nivel primero, necesario, que lleva a unos órdenes jerárquicos nuevos. Cuanto más amplio sea el perímetro que se cree a sí mismo el lenguaje nuevo en cuanto medio aparentemente neutral de entenderse, tanto más amplio será el círculo que ante sí encontrará ese lenguaje en su auténtica condición de lenguaje de mando. La resistencia que se opondrá a la construcción orgánica del mundo será tanto menor cuanto más hondo sea el modo en que ese lenguaje socave los vínculos antiguos, cuanto más energético sea el modo en que los derribe y cuanto más deslí-

gados de sus estructuras queden los átomos. Por lo que se refiere a la posibilidad de tal dominio, en nuestro tiempo ha surgido una situación tal que la historia no tiene ningún otro ejemplo con el que compararla.

En la técnica vemos nosotros el medio más eficaz de la revolución total, su medio más indiscutible. Sabemos que el perímetro de la destrucción posee un centro secreto a partir del cual se efectúa el proceso aparentemente caótico del sometimiento de los poderes antiguos. Ese acto apunta en el hecho de que el nuevo lenguaje es aceptado, queriéndolo o sin quererlo, por los sometidos.

Observamos que un tipo humano nuevo está moviéndose hacia el punto central decisivo. Un orden real y visible vendrá a sustituir a la fase de la destrucción cuando se alce con el dominio la raza que sepa hablar el lenguaje nuevo, que sepa hablarlo como un lenguaje elemental y no en el sentido del mero intelecto, del progreso, de la utilidad, de la comodidad. Tal cosa ocurrirá en la misma medida en que el rostro del trabajador manifieste sus rasgos heroicos.

Hasta que la figura del trabajador no tenga sus representantes tanto en las personas singulares como en las comunidades que disponen de la técnica no será posible ponerla a servir de un modo real y que se halle libre de contradicciones.

48

Si se ve como centro del proceso destructor y movilizador del proceso técnico la figura del trabajador, la cual se sirve del hombre activo y pasivo como de un *medium*, entonces cambia el pronóstico que cabe hacer a ese proceso.

Por muy dinámica, explosiva y cambiante que pueda mostrarse la técnica en su carácter empírico, lo cierto es que conduce a unos órdenes enteramente determinados, unívocos y necesarios; y esos órdenes se hallan de antemano incluidos en germen en ella como su tarea y su objetivo. Eso mismo puede expresarse diciendo que el lenguaje peculiar de la técnica es entendido de un modo cada vez más claro.

Una vez que se ha visto tal cosa, desaparece también ese aprecio exagerado de la evolución que es característico de la relación del progreso con la técnica. Acaso dentro de poco se nos vuelva incomprensible el orgullo —que ha creado toda una literatura propia— con que el espíritu humano está trazando sus perspectivas ilimitadas. Tropezamos aquí con un «sentimiento de marcha» al

cual da alas el ambiente coyuntural y en cuyas vagas metas están reflejadas las viejas consignas que hablaban de «razón» y «virtud». Hay aquí una sustitución de la religión —y, en concreto, de la religión cristiana— por el conocimiento, el cual asume el papel del Redentor. En un espacio en que los enigmas del mundo están resueltos incúmbele a la técnica la tarea de liberar al ser humano de la maldición del trabajo y de darle la posibilidad de ocuparse en unos asuntos más dignos.

El progreso del conocimiento se presenta aquí como el principio creador que ha surgido por generación espontánea y al cual se rinde una veneración especial. Es significativo que ese progreso aparezca como un crecimiento ininterrumpido — se asemeja a una bola que, a medida que su superficie aumenta, va entrando en contacto con tareas nuevas. También aquí podemos comprobar la presencia de aquel concepto de infinitud que produce embriaguez al espíritu y que, sin embargo, a nosotros nos resulta ya impracticable.

A la vista de la infinitud, a la vista de la inmensidad del espacio y del tiempo es donde alcanza el intelecto el punto en el que se le revela su propia limitación. La única salida que le queda a una edad racionalista es proyectar en esa infinitud el progreso del conocimiento — cual una luz que, por así decirlo, va flotando sobre la preocupante corriente. Pero lo que el intelecto *no* ve es que ha sido él quien ha creado esa infinitud, es que ha sido él quien ha creado esa lancinante pregunta «¿qué es lo que viene luego?»; y tampoco ve que lo único que la presencia de ese hecho significa es su propia impotencia — su incapacidad de captar magnitudes pertenecientes a un orden superior al del contexto espacio-temporal. Sin el ambiente que lo sostiene, sin el éter del espacio y del tiempo, el espíritu se precipitaría al abismo; y es su instinto de autoconservación, es su miedo, lo que crea esa noción de la infinitud. Precisamente por ello pertenece a la edad del progreso este aspecto de la infinitud: un aspecto que ni ha existido antes ni resultará comprensible a generaciones futuras.

En especial, nada hay que nos obligue a nosotros, en aquellos sitios donde el pensar se halla determinado por las figuras, a ver como idénticos lo infinito y lo ilimitado. Lo que aquí tiene que hacerse perceptible es, antes bien, el afán de captar la imagen del mundo como una totalidad clausurada y bien delimitada. Pero con ello cae también la máscara cualitativa que el progreso adjudica al concepto de evolución. Ninguna evolución está en condiciones de sacar del ser más de lo que en él está contenido. Es el ser el que determina, antes bien, la índole de la evolución. Esto rige tam-

bién para la técnica, que el progreso vio en la perspectiva de una evolución ilimitada.

La evolución de la técnica no es una evolución ilimitada; quedará clausurada en el instante mismo en que corresponda, como instrumento que es, a las demandas particulares a que la somete la figura del trabajador.

49

Lo que de esto se deriva en la práctica para nosotros es que estamos viviendo en un espacio provisional que se caracteriza no por la evolución en sí, sino por una evolución que tiende a unas situaciones enteramente determinadas. Nuestro mundo técnico no es un área de posibilidades ilimitadas; antes por el contrario, lleva anejo un carácter embrionario que empuja hacia una maduración enteramente precisa. Y así ocurre que nuestro espacio se asemeja al monstruoso taller de una fragua. A los ojos no puede escapárseles que en nuestro espacio no se crea ninguna cosa con vistas a la duración, con vistas a esa duración que admiramos, por ejemplo, en los edificios antiguos, ni se crea tampoco ninguna cosa en el sentido en que el arte intenta producir un lenguaje válido de formas. Todos los medios llevan, antes por el contrario, un carácter provisional, un carácter de taller, y están destinados a ser empleados durante un tiempo limitado.

El hecho de que nuestro paisaje aparezca como un paisaje de transición corresponde a esta situación. No hay en nuestro paisaje una estabilidad de las formas; todas ellas son modeladas continuamente por una inquietud dinámica. No hay una constancia de los medios; lo único constante es la subida de la curva de rendimientos, que hoy tira como chatarra vieja el instrumento que todavía ayer era insuperable. De ahí que no haya tampoco una constancia de la arquitectura, ni una constancia del modo de vivir, ni una constancia de la economía — todas esas cosas van ligadas a una constancia de los medios semejante a la que le era peculiar al hacha, al arco, a la vela o al arado.

En medio de ese paisaje de talleres va discurriendo la vida de la persona singular, mientras se le demanda la ofrenda de un trabajo parcial acerca de cuya caducidad tampoco ella abriga duda ninguna. La variabilidad de los medios comporta una ininterrumpida inversión de capital y de fuerza de trabajo que, aunque se oculte bajo la máscara económica de la competencia, va en contra de todas las leyes de la economía. Y así ocurre que hay genera-

ciones que desaparecen sin dejar tras de sí ni unos ahorros ni unos monumentos, sino simplemente un estadio determinado, simplemente una marca que señala el nivel que alcanzaron las aguas de la movilización.

La mencionada provisionalidad salta claramente a la vista en esa situación confusa y desordenada que desde hace cien años largos es una de las características del paisaje técnico. Este aspecto, que ofende a los ojos, viene provocado no sólo por la destrucción del paisaje natural y cultural — lo que lo explica es la situación inacabada de la propia técnica. Esas ciudades con sus cables y sus vapores, con su ruido y su polvo, con su agitación de hormiguero, con su maraña arquitectónica y sus innovaciones, que cada diez años les dan un rostro nuevo, esas ciudades son unos gigantes talleres de formas — pero ellas mismas no poseen forma. Les falta estilo, si es que nos negamos a considerar como una variedad especial de estilo la anarquía. Hoy existen de hecho dos valoraciones cuando se habla de las ciudades: o nos referimos al grado en que son museos o nos referimos al grado en que son fraguas.

Cabe comprobar, empero, que el siglo XX está ofreciendo ya, al menos en algunos aspectos parciales, una mayor limpieza y una mayor nitidez de los perfiles; eso indica que está iniciándose una clarificación de la voluntad técnica de configuración. Y así puede observarse una desviación con respecto a la línea media, es decir, con respecto a las concesiones que todavía hace poco tiempo se consideraban ineludibles. La gente está comenzando a adquirir sentido de las temperaturas elevadas, sentido de la gélida geometría de la luz y sentido de la incandescencia del metal calentado al máximo. El paisaje está volviéndose más constructivo y más peligroso, más frío y más ardiente, desaparecen de él los últimos residuos de la agradable familiaridad. Hay ya algunos sectores que podemos atravesar como zonas volcánicas o como paisajes lunares muertos; lo que en ellos domina es una vigilia tan invisible como presente. La gente evita los propósitos accesorios, como el del gusto, por ejemplo, y eleva al rango decisivo los planteamientos técnicos de los problemas; al actuar así obra bien, pues lo que hay detrás de esos planteamientos es algo más que lo meramente técnico.

Al mismo tiempo los instrumentos van ganando precisión, van ganando univocidad — también puede decirse: van ganando sencillez. Están acercándose a una situación de perfección — la evolución quedará clausurada en el momento en que se haya alcanzado esa situación. Si en uno de esos nuevos museos que cabe

calificar de «museos del trabajo» —así, el *Deutsches Museum* de Munich— comparamos entre sí, por ejemplo, una serie de diseños técnicos, hallaremos que la complicación no es una característica de las situaciones tardías, sino de las iniciales. Para mencionar un ejemplo, es notable el hecho de que el vuelo a vela se haya desarrollado con posterioridad al vuelo con motor. Con la formación de los medios técnicos ocurre algo similar a lo que ocurre con la formación de las razas: la impronta caracteriza no el comienzo, sino el término. No es una característica de la raza la posesión de unas posibilidades numerosas y complicadas, sino la posesión de unas posibilidades muy unívocas, muy sencillas. Y así, también las primeras máquinas se asemejan a un material que todavía es tosco y que luego va siendo pulido en una serie ininterrumpida de turnos de trabajo. Aun cuando sean cada vez mayores las dimensiones y las funciones de las máquinas, ellas mismas permanecen sumergidas, por así decirlo, en un *medium* que permite que se las vea cada vez más como una unidad. En esa misma medida las máquinas van alcanzando no sólo un rango energético y económico mayor, sino también un rango estético mayor — en una palabra: van adquiriendo necesidad.

Este proceso no se limita, sin embargo, a hacer cada vez más precisos los instrumentos singulares — puede percibirse también en el conjunto del espacio técnico. En él se hace notar como un incremento de la unitariedad, como un incremento de la totalidad técnica.

En el primer momento los medios penetran cual una enfermedad en ciertos puntos; aparecen como unos cuerpos extraños en las cosas que los rodean. Unos inventos nuevos van a caer, con la indiscriminación propia de los proyectiles, a las áreas más diversas. Y en esa misma medida crece el número de los trastornos, de los problemas que hay que solucionar. Pero hasta que esos puntos no se hayan entretejido para formar una densa red de mallas no podrá hablarse de un espacio técnico. Sólo entonces se pone de manifiesto que no hay ningún rendimiento singular que no se halle relacionado con todos los demás. En una palabra: el carácter total de trabajo se trasparenta en la suma de los caracteres especiales de trabajo.

Esta complementación, que ensambla unas con otras unas formaciones aparentemente muy distantes y muy distintas entre sí, se parece a la disposición de los diversos cotiledones, cuyo sentido orgánico sólo puede ser abarcado en su unidad por una mirada retrospectiva, esto es, una vez que la evolución ha quedado clausurada. A medida que el crecimiento se acerca a esa clausura

puede observarse que no aumenta, sino que disminuye el número de los problemas.

Son múltiples las maneras en que esto apunta en la práctica. Se hace notar en que la construcción de los medios se vuelve cada vez más típica. Emergen de ese modo unos instrumentos que aúnan en sí un gran número de soluciones singulares, las cuales están fusionadas en ellos, por así decirlo. A medida que los medios van haciéndose más típicos, esto es, más unívocos y calculables, también su rango y su situación en el espacio técnico quedan definidos. Se ensamblan en unos sistemas que tienen cada vez menos huecos y que pueden ser abarcados cada vez con mayor facilidad por la mirada.

Esto es algo que apunta en el hecho de que están volviéndose calculables incluso las cosas desconocidas, incluso las cosas que aún no han sido solucionadas — en el hecho, por tanto, de que se vuelve posible el realizar un plan y un pronóstico de las soluciones. El resultado de esto es un entretrejimiento y una asimilación cada vez más densos, los cuales intentan, a pesar de toda la especialización, soldar el arsenal técnico en un único instrumento gigantesco; éste aparece como un símbolo material, esto es, como un símbolo profundo, del carácter total de trabajo.

El trazar un mero apunte de las numerosas vías que conducen a la unidad del espacio técnico es algo que por sí solo sobrepasaría el marco que nos hemos fijado; ahí se esconde, desde luego, una gran cantidad de momentos sorprendentes. Así, es notable el hecho de que la técnica emplee fuerzas motrices cada vez más precisas sin que por ello experimente variación ninguna la idea fundamental de sus medios; que, por ejemplo, con posterioridad a la fuerza de vapor emplee el motor de explosión y la electricidad, fuerzas cuyo círculo de utilización será quebrantado a su vez, en un tiempo previsible, por unas potencias dinámicas altísimas. La técnica es siempre, por así decirlo, el mismo carruaje, al cual está aguardando un nuevo tiro de caballos. Y asimismo pasa ella por encima de sus portadores económicos, por encima de la libre competencia, por encima de los trustes privados y de los monopolios estatales, y prepara una unidad imperial. De esto forma parte también lo siguiente: cuanto más claramente aparece la técnica en su unidad como un «gran instrumento», tanto más variadas son las maneras de pilotarla. En su fase penúltima, que acaba de hacerse visible en nuestros días, la técnica aparece como la sirviente de los grandes planes, con independencia de que éstos se refieran a la guerra o a la paz, a la política o a la investigación, al tráfico o a la economía. Pero su tarea última consiste en

hacer real el dominio en el lugar que sea, en el tiempo que sea y en la medida que sea.

No es, pues, tarea nuestra el estudiar aquí la multiplicidad de esas vías. Todas ellas conducen a uno y el mismo punto. Lo que importa es, antes bien, que los ojos se habitúen a otra imagen integral de la técnica. Esta estuvo apareciéndosele a la imaginación durante mucho tiempo como una pirámide invertida, esto es, como una pirámide que se apoyara en su vértice, se hallara en un proceso de crecimiento ilimitado y cuyos lados fueran agrandándose hasta tal punto que la mirada no pudiera abarcarlos. Nosotros hemos de esforzarnos en lo contrario, esto es, en verla como una pirámide cuyos lados van reduciéndose progresivamente y que alcanzará su punto final en un tiempo previsible. Ese vértice, que aún no resulta visible, es, sin embargo, el que ha determinado las dimensiones del trazado inicial. La técnica contiene en sí las raíces y los gérmenes de su potencialidad última.

Esto es lo que explica la lógica rigurosa que hay tras la superficie anárquica de su decurso.

50

La movilización de la materia por esa figura del trabajador que aparece como técnica es, por tanto, algo que aún no se ha vuelto visible en su nivel último y más alto; tampoco lo ha hecho en la movilización, paralela a la anterior, del ser humano por esa misma figura. Ese nivel último consiste en la realización del carácter total de trabajo, realización que en el primer caso aparece como movilización del espacio técnico, y en el segundo, como totalidad del tipo. Esas dos fases dependen en su aparición la una de la otra — esto es algo que se hace perceptible en que, por un lado, el tipo ha menester, para su eficacia, de los medios que le son peculiares y en que, por otro lado, en tales medios se esconde un lenguaje que no puede ser hablado más que por el tipo. El acercamiento a esa unidad se expresa en que se fusionan el mundo técnico y el mundo orgánico; su símbolo es la construcción orgánica.

La cuestión que ahora se suscita es la de saber hasta qué punto cambiarán las formas de vida cuando la situación dinámico-explosiva en que nos encontramos haya sido relevada por una situación de perfección. Decimos *perfección* y no «consumación» o «acabamiento» porque lo segundo es, sí, uno de los atributos de la figura, pero no uno de sus símbolos, los cuales son los únicos que resultan visibles a nuestros ojos. De ahí que, al igual que la situa-

ción de evolución, también la situación de perfección posea un rango secundario; lo que detrás de una y de otra situación se encuentra es la figura, una magnitud que es inmutable y que pertenece a un orden superior. Así, la infancia, la juventud y la vejez de cada uno de los seres humanos no son sino situaciones secundarias en comparación con su figura, la cual ni comienza con su nacimiento ni termina con su muerte. Pero la perfección no significa otra cosa que un grado en el que la irradiación de la figura afecta de un modo especial a los ojos perecederos — y también aquí parece difícil decidir si la figura se refleja con mayor claridad en el rostro del niño, en la actividad del adulto o en ese último triunfo que a veces se transparenta en la máscara de la muerte.

Lo que esto significa es que tampoco a nuestro tiempo le están cerradas las posibilidades últimas que el ser humano es capaz de alcanzar. Esto se halla atestiguado por los sacrificios, los cuales deben ser apreciados tanto más cuanto que han sido ofrendados al borde del absurdo. En un tiempo en que los valores van desvaneciéndose detrás de leyes dinámicas, detrás de la coerción del movimiento, tales sacrificios se asemejan a los soldados caídos en el asalto; desaparecen pronto del círculo de la visión y, sin embargo, es en ellos donde hay una existencia suprema, es en ellos donde está la garantía de la victoria. Este tiempo nuestro es abundante en mártires desconocidos; y la profundidad de sufrimiento que posee es tal que ningún ojo ha visto todavía su fondo. La virtud que se adecua a esta situación es la virtud del realismo heroico, el cual no se deja quebrantar ni siquiera por la perspectiva de su aniquilación completa y de la inutilidad de sus esfuerzos. De ahí que hoy la perfección sea una cosa diferente que en otros tiempos — tal vez donde más haya sea en aquellos sitios donde menos se la invoca. En todo caso, la perfección no está en aquellos sitios donde la gente invoca la cultura, el arte, el alma o el valor. De estas cosas o bien no se habla todavía o bien no se habla ya.

La perfección de la técnica no es otra cosa que una característica de la clausura de la movilización total en que nos hallamos inmersos. De ahí que logre sin duda elevar la vida a un nivel más alto de organización, pero no consiga, contra lo que creía el progreso, alzarla a un nivel más alto de valor. En la perfección de la técnica apunta el relevo de un espacio dinámico y revolucionario por un espacio estático y sumamente ordenado. Aquí se efectúa, por tanto, una transición de la variación a la constancia — una transición que, desde luego, hará madurar unas consecuencias muy significativas.

Para comprender lo dicho es menester que veamos de qué manera la situación de variación ininterrumpida en que nos hallamos inmersos reivindica para sí todas las fuerzas y todas las reservas que están a disposición de la vida. Estamos viviendo en un tiempo de gran desgaste y el único efecto de éste que nosotros podemos ver es un movimiento acelerado de las ruedas. Ahora bien, a la postre resulta completamente indiferente que seamos capaces de movernos con la velocidad del caracol o con la velocidad del rayo — presuponiendo que el movimiento haga demandas constantes, pero no demandas variables. Lo peculiar de nuestra situación consiste, empero, en que lo que regula nuestros movimientos es la coerción del récord y en que cada vez es más largo el metro con que se miden las prestaciones mínimas que se nos exigen. Este hecho impide completamente que la vida pueda, en ninguna de sus áreas, estabilizarse en unos órdenes seguros e indiscutibles. El modo de vivir se asemeja, antes bien, a una mortal carrera de competición en la que es menester poner en máxima tensión todas las energías para no quedar tirado en el camino.

Para un espíritu que no haya nacido dentro del ritmo de nuestro tiempo este proceso lleva anejas todas las características de lo enigmático, más aún, de lo desatinado. Aquí están ocurriendo cosas asombrosas bajo la despiadada máscara de la economía y de la competencia. Así, por ejemplo, un cristiano habrá de llegar a juzgar que poseen un carácter satánico las formas que la publicidad ha asumido en nuestro tiempo. Los conjuros abstractos y las rivalidades abstractas de las luces en el centro de las ciudades tienen semejanza con la muda y enconada lucha de las plantas por la tierra y por el espacio. A los ojos de un oriental habrá de hacérsele visible de un modo puramente corpóreo y doloroso el hecho de que cada ser humano que camina por las calles, cada peatón, va moviéndose con todas las características de un corredor que participase en una carrera de competición. Poco es el tiempo que duran las instalaciones más recientes, los medios más eficaces; o bien se los desmantela o bien se los recompone.

La consecuencia de eso es que no existe capital, capital en el antiguo sentido estático de la palabra; hasta el valor del oro es dudoso. Ya no hay ninguna actividad manual, ningún oficio artesanal, que pueda aprenderse a fondo, en el que pueda alcanzarse una maestría completa. Todos nosotros somos meros aprendices. La circulación y la producción llevan aneja una cierta desmesura, una cierta incalculabilidad — cuanto mayor es la rapidez con que logramos movernos, tanto menos llegamos a la meta, y el incremento de las cosechas y de la producción de bienes de consumo

contrasta de una manera extraña con la pauperización creciente de las masas. También están sujetos a variación los medios de poder; la guerra en los grandes frentes de la civilización se presenta como un intercambio febril de fórmulas de física, de química y de matemática superior. Los monstruosos arsenales de la aniquilación no garantizan la seguridad; acaso ya mañana habrá descubierto la gente los pies de barro de los colosos. Lo único constante es la variación y contra ese hecho se estrellan y hacen añicos todos los afanes orientados a la posesión de cosas, a la satisfacción o a la seguridad.

Feliz quien sabe recorrer caminos diferentes y más osados.

51

Si reparamos en que la figura del trabajador es la fuerza determinante, la fuerza que atrae a sí magnéticamente el movimiento, si nos percatamos de que esa figura es el competidor único y verdadero, el invisible tercero en discordia en las incontables formas de la competencia, entonces sabremos también que a esos procesos no les es dada una meta. Vislumbraremos así el punto en el que reside la justificación de las víctimas caídas en unos lugares que aparentemente son muy distantes y muy distintos entre sí. La perfección de la técnica es uno y sólo uno de los símbolos que confirman que se ha llegado al final. Como hemos dicho, el momento en que se alcanza esa perfección coincide con el momento de la acuñación de una raza dotada de una univocidad suprema.

Está fijado ya, por tanto, el punto temporal de la clausura del proceso técnico por cuanto lo que en él ha de alcanzarse es un grado enteramente preciso de idoneidad. Esa clausura sería pensable, sería teóricamente posible en todo tiempo — podría haber ocurrido cincuenta años atrás y también puede suceder hoy. El corredor de Maratón no anunció una victoria mejor que la que anuncia el telégrafo inalámbrico. Cuando la agitación se detiene, todos los instantes son idóneos para servir de punto de partida a una constancia china. Si una catástrofe natural cualquiera hiciese que se sumergieran en el mar todos los países del mundo a excepción de Japón, lo probable es que el nivel de la técnica alcanzado en ese instante permaneciese durante siglos sin cambio ninguno en sus pormenores.

Los medios de que disponemos son suficientes no sólo para satisfacer todas las demandas de la vida; lo peculiar de nuestra situación está en que los medios brindan unas prestaciones que

~~son mayores que las que se aguardan de ellos. Lo que de ahí re-~~
sulta son situaciones en las que se intenta sofocar, bien por acuer-
dos, bien por órdenes, el incremento de los medios.

Ese intento de oponer diques a la indiscriminada violencia de la corriente podemos observarlo en todos los sitios donde existen pretensiones de dominio. Los Estados procuran así, imponiendo aranceles proteccionistas, cerrar las puertas a una competencia exterior desmesurada; y en los puntos donde ciertas formaciones monopolistas se han apoderado de ciertas ramas de la industria no es raro que se mantengan en secreto los inventos. De esto forman parte también los convenios de abstenerse de emplear ciertos medios técnicos en la guerra — convenios que son violados durante las guerras y a los que el vencedor otorga, una vez finalizadas las hostilidades, un carácter de monopolio, como ha ocurrido después de la guerra del catorce con el derecho de fabricar gases tóxicos y de construir tanques o aviones de combate.

Tanto aquí como en otros muchos campos encontramos, pues, una voluntad de llevar la evolución técnica a una clausura mayor o menor, con el fin de crear unas zonas que queden sustraídas a la variación incesante. Pero tales tentativas se hallan condenadas al fracaso por la simple razón de que tras ellas no hay un dominio total e indiscutible. Esto tiene sus buenos motivos: hemos visto que la acuñación completa del dominio está correlacionada con la acuñación completa de los medios. Por un lado, sólo el espacio técnico total hará posible un dominio total; por otro, sólo ese dominio posee realmente una potestad dispositiva sobre la técnica. Por el momento será posible sin duda una regulación creciente de las situaciones técnicas, pero no su estabilización definitiva.

La razón de este hecho hay que buscarla en lo siguiente: entre el ser humano y la técnica no se da una relación de dependencia inmediata, sino mediata. La técnica posee su andadura propia y el ser humano no es capaz de ponerle caprichosamente término cuando a él le parece que el estado de los medios le resulta suficiente. Todos los problemas técnicos empujan hacia su solución y la constancia técnica no se producirá ni un solo segundo antes de que se haya alcanzado aquélla. Un ejemplo del grado en que el espacio técnico va teniendo una planificación cada vez mayor y va siendo cada vez más abarcable por la mirada lo tenemos en el hecho de que las soluciones parciales son ya mucho menos el resultado de unos hallazgos afortunados que el resultado de un avance ordenado, el cual alcanza este o aquel punto del camino en un tiempo que cada vez es más susceptible de cálculo. No en la praxis técnica, desde luego, pero sí en las ciencias particulares que

preceden a esa praxis hay ya algunas áreas en las que cabe observar un máximo de precisión matemática que logra dar una noción muy clara de sus posibilidades últimas. Aquí parece que basta ya con caminar unos pocos pasos para alcanzar la configuración última que resulta posible en nuestro espacio. Y precisamente aquí podemos juzgar, al contemplar, por ejemplo, los resultados de la física atómica, cuál es la distancia que aún separa la praxis técnica del óptimo de sus posibilidades.

52

Imaginémonos ahora una situación que haya alcanzado ya ese óptimo. Si hacemos esto no es con el propósito de incrementar el número de las utopías, que desde luego no escasean en nuestro tiempo. La utopía técnica se señala porque en ella la curiosidad se dirige al *cómo*, al modo y manera que le son propios. Pero no discutamos ahora cuáles serán los medios que aparecerán, cuáles las fuentes de energía que serán alumbradas y cuál será el modo en que se las utilizará. Mucho más significativo es el hecho de la clausura en sí, cualesquiera sean las formas que ese hecho haga madurar. Pues hasta entonces no podrá decirse que los medios poseen una forma, mientras que hoy no son otra cosa que las instrumentaciones fugaces de las curvas de rendimiento.

No hay ninguna razón sólida que se oponga a la hipótesis de que algún día se llegará a una constancia de los medios. Semejante constancia durante espacios prolongados de tiempo es, antes bien, la regla, mientras que carece de precedentes históricos el *tempo* febril de la modificación en que nosotros nos hallamos. La duración de esa especie de modificación es limitada, bien porque se quiebre la voluntad que está en su base, bien porque esa voluntad alcance sus metas. Puesto que creemos estar viendo éstas, para nosotros carece de significado el considerar la primera posibilidad.

Una constancia de los medios, cualquiera que sea su índole, implica una constancia del modo de vivir, cosa de la cual nosotros hemos perdido hasta el más mínimo atisbo. Desde luego esa constancia no hemos de entenderla como una ausencia de roces en el sentido humanitario-racional, como un triunfo último del confort, sino que hemos de concebirla en el sentido de que un trans-fondo estable y objetivo permite conocer la amplitud y el rango de los afanes del hombre, de sus triunfos y sus derrotas, con una claridad y una precisión mayores que las que son posibles en

una situación dinámico-explosiva que no es susceptible de cálculo. Vamos a expresar esto con la siguiente fórmula: la clausura de la movilización del mundo por la figura del trabajador hará posible una vida «figurab», una vida de acuerdo con la figura.

Uno de los presupuestos de toda economía planificada es una constancia del modo de vivir, entendida en ese sentido. No puede decirse que haya una economía hasta que el proceso de movilización no absorba el capital y la fuerza de trabajo, con independencia de quién sea el que disponga de ellos. A la ley económica se superponen aquí unas leyes que son similares a las de la estrategia — no sólo en los campos de batalla, también en la economía descubrimos unos modos de competencia en los que nadie gana. Visto desde el lado de la fuerza de trabajo el derroche de medios se parece a una prestación bélica y, visto desde el lado del capital, a la subscripción de un empréstito de guerra — el proceso consume ambas cosas sin dejar rastro.

Estamos viviendo en unas situaciones en las que ni el trabajo ni la propiedad ni las fortunas son rentables y en las que las ganancias disminuyen en la misma proporción en que aumentan las ventas. De ello dan testimonio el empeoramiento del nivel de vida de los trabajadores, el lapso de tiempo cada vez más breve en que las fortunas permanecen en una misma mano, la incertidumbre de la propiedad y, en especial, de la propiedad de bienes raíces, así como también la de los medios de producción, que están sometidos a una variación continua. La producción carece de estabilidad y, con ello, de toda previsión a largo plazo. De ahí que todas las ganancias sean devoradas por la necesidad continuamente renovada de una aceleración mayor. Una competencia desmesurada aplasta indistintamente tanto a los productores como a los consumidores. Mencionemos, por vía de ejemplo, la publicidad; ésta ha acabado transformándose en una especie de fuegos artificiales que disipan en humo unas sumas tan enormes que cada uno de nosotros ha de aportar su tributo para reunir las. De esto forma parte también la indiscriminada suscitación de unas necesidades y comodidades sin las cuales ya no creen poder vivir las gentes y que lo que hacen es acrecentar la amplitud de sus dependencias, de sus obligaciones. Tales necesidades son a su vez tan múltiples como cambiantes — cada vez es menor el número de cosas que se adquieren para que duren toda una vida. Parece estar en trance de desaparición ese sentido de duración que se encarna en la propiedad inmobiliaria; de lo contrario resultaría inexplicable que hoy la gente gaste en comprar un automóvil que tiene pocos años de vida unas cantidades con las que sería posible ad-

quirir un viñedo o una casa de campo. Los canales que absorben el dinero se multiplican necesariamente con la enorme afluencia de mercancías, producida por una competencia febril. Esta movilización del dinero tiene como consecuencia un sistema crediticio al que no pueden escapar ni los céntimos. El resultado ha sido la aparición de unas situaciones en las que la gente vive literalmente a plazos, es decir, en las que la existencia económica se presenta como el ininterrumpido reembolso de préstamos mediante un trabajo hipotecado por anticipado. Este proceso se refleja en proporciones gigantescas en las deudas de guerra, bajo cuyo complicado mecanismo financiero se esconde una confiscación de la energía potencial, se esconde un botín inimaginable cuyos intereses son pagados en fuerza de trabajo; y ese mecanismo llega hasta la existencia privada de la persona singular. Es preciso mencionar además los esfuerzos que tienden a imponer a la propiedad unas formas que poseen una autonomía y una fuerza de resistencia cada vez menores. De esto forma parte la transformación de los últimos restos de la propiedad feudal en propiedad privada; de esto forma parte el modo en que los ahorros individuales y sociales son reemplazados por pagos de seguros; y de esto forman parte sobre todo las múltiples ofensivas lanzadas contra la función del oro como símbolo de valor. A lo dicho se añaden unas formas de tributación que dan a la propiedad el carácter de una especie de administración. Así, después de la guerra se ha sabido hacer de la propiedad inmobiliaria una especie de recaudación destinada a financiar los programas de nuevos edificios. A esas ofensivas parciales corresponden las ofensivas generales que han sido lanzadas contra los últimos rincones de la seguridad económica y que han asumido la forma de inflaciones y de crisis de índole catastrófica.

Esta situación escapa a toda regulación económica por la sencilla razón de que se halla sometida a unas leyes que son diferentes de las económicas. Hemos entrado en una fase en la que los gastos son mayores que los ingresos y en la que queda muy claro que la técnica no es un asunto económico y que al trabajador no es posible captárselo mediante un modo economicista de ver las cosas.

A la vista de los paisajes volcánicos de la batalla técnica acaso haya surgido en no pocos de los participantes el pensamiento de que los gastos de esta índole son demasiado enormes como para que resulte posible pagarlos; esto se ve confirmado por la mala situación en que se encuentran también las potencias vencedoras y por la situación general de endeudamiento debido a la guerra. Ese mismo pensamiento se impone al considerar la situación téc-

nica en general. Por mucho que se mejore y multiplique el arsenal técnico, y sea cual sea el modo en que se haga: la consecuencia habrá de ser el encarecimiento del pan.

Hemos entrado en un proceso de movilización que posee unas propiedades devoradoras y que consume con su fuego a los hombres y a los medios — y tal cosa no cambiará mientras continúe rodando el proceso. Hasta que no se llegue a su clausura, así como no cabe hablar de un orden en general, así tampoco cabe hablar de una economía ordenada, es decir: de una relación entre los gastos y los ingresos que sea susceptible de cálculo. Tan sólo la constancia incondicionada de los medios, cualquiera que sea su índole, estará en condiciones de volver a llevar la competencia desmesurada y no susceptible de cálculo a aquella competencia que puede observarse dentro de los reinos de la Naturaleza o dentro de las situaciones sociales que hoy pertenecen ya a la historia.

También aquí se pone de manifiesto una vez más la unidad del mundo orgánico y del mundo mecánico; la técnica pasa a ser un mero órgano y se desvanece como poder autónomo en la misma medida en que va ganando perfección y, con ella, obvedad.

Sólo la constancia de los medios hace posible también esa regulación legal de la competencia que existió merced, por ejemplo, a las reglamentaciones gremiales artesanales y que hoy tratan de conseguir los grandes consorcios industriales y los monopolios estatales — pero sin éxito ninguno, desde luego, pues precisamente los medios son cambiantes y se hallan sometidos a unos ataques que no es posible prever. Cuando exista una constancia de los medios, entonces se harán notar como ahorros los gastos que hoy son engullidos por la necesidad de una aceleración creciente.

Es evidente también que sólo podrá hablarse de maestría entonces, cuando el arte no consista en aprender cosas y más cosas, sino en aprender algo a fondo. A la postre, al desaparecer la variabilidad de los medios desaparecerá también, al mismo tiempo, el carácter de taller que tiene el espacio técnico — y la consecuencia de ello será la articulación, duración y controlabilidad de las instalaciones.

Abordamos en este momento el área de la actividad constructiva; en ella se vuelve mucho más claro el influjo de la constancia de los medios, cualquiera que sea su índole. Ya en páginas anteriores tocamos de pasada el concepto de construcción orgánica;

ésta se exterioriza, por lo que se refiere al tipo, como una fusión estrecha y sin contradicciones del ser humano con los instrumentos que están a su disposición. Por lo que se refiere a los instrumentos podrá hablarse de una construcción orgánica cuando la técnica haya alcanzado ese grado supremo de obviedad que se encuentra en la anatomía de los animales y las plantas. Ni siquiera en la situación embrionaria de la técnica en que nos encontramos es posible dejar de ver que existe un afán de alcanzar no sólo una rentabilidad económica elevada, sino también una eficacia; y todo ello va unido a una osada simplicidad de líneas. Estamos haciendo la experiencia de que el decurso de este proceso tiene como efecto una mayor satisfacción no sólo del intelecto, sino también de los ojos — y tal efecto es producido con esa falta de intencionalidad que es una de las características del crecimiento orgánico.

El grado supremo de la construcción presupone la terminación, la clausura de la fase dinámico-explosiva del proceso técnico, fase que está en contradicción, aunque sólo aparente, con la forma natural y también con la forma histórica. De ahí que haya en nuestro paisaje algunos sectores que durante más de cien años han permanecido ajenos a los ojos. Uno de esos aspectos no vistos es el ferrocarril, a diferencia de lo que ocurre con los aeroplanos. El grado en que está disminuyendo la diferencia entre los medios orgánicos y los medios técnicos es algo que por lo demás, y no sin razón, podemos captar de manera puramente afectiva por el grado en que el arte es capaz de tomar nota de ellos. Así, hasta la propia novela naturalista tardó varios decenios en enterarse de que existía el ferrocarril, mientras que no es posible ver razón ninguna para que la poesía lírica o aun la épica haya de cerrarse a la contemplación de los vuelos. Es perfectamente concebible una especie de lenguaje en la que se hable de los aviones de combate como de los carros de guerra homéricos arrastrados por caballos; y el vuelo a vela puede ser el asunto de una oda no inferior a aquella en que se cantó el patinaje. Ciertamente la premisa de esto es, también aquí, un tipo humano nuevo; de ello trataremos con más detalle al estudiar la relación con el arte que le es dada al tipo.

Una de las características del ingreso en la construcción orgánica es que de alguna manera se tiene la sensación de que se conoce la forma y que los ojos captan que esa forma está modelada necesariamente de un modo y no de otro. En este sentido los restos de los acueductos de la *campagna* romana corresponden a una situación de perfección técnica que entre nosotros no puede aún

observarse — y en esto es indiferente que nuestras instalaciones actuales sean o no sean más eficaces que las antiguas. La razón de que nosotros no nos atrevamos a construir para un milenio está en el carácter de taller que tiene nuestro paisaje. Y así ocurre que aun a los edificios más ambiciosos producidos por nuestro tiempo les falta ese carácter monumental que es un símbolo de la eternidad. Esto es algo que podría demostrarse hasta en los más pequeños pormenores, hasta en la elección de los materiales de construcción — mas para tener una confirmación de lo dicho basta con echar un vistazo a cualquier edificio.

La razón de este fenómeno no ha de buscarse en una contradicción entre nuestra técnica de construcción y el arte de la arquitectura. Lo que ocurre es, más bien, que la arquitectura, igual que toda otra especie de maestría, requiere una técnica que haya llegado a su término, que haya quedado clausurada, y ello tanto por lo que se refiere a sus propios medios como por lo que respecta a la situación en su conjunto.

De este modo, mientras el ferrocarril continúe siendo uno de los medios problemáticos resultará imposible construir una estación ferroviaria que no lleve ya anejo un cierto carácter de taller. De ahí que sería un pensamiento absurdo el querer dar al terraplén de un ferrocarril una cimentación que correspondiese a la que posee la Vía Apia. Y, a la inversa, sería un desatino construir hoy iglesias como símbolos de lo eterno. Un tiempo que se contentó con copiar los grandes modelos del pasado en el estilo de los juegos de construcción va seguido de otro cuya completa falta de instinto se delata en la tentativa de construir iglesias cristianas con los medios de la técnica moderna, es decir, con unos medios típicamente anticristianos. Son esfuerzos en los que es una mentira hasta el último de los ladrillos. El ensayo más completo de ese género, el edificio de la Sagrada Familia en Barcelona, lo que engendra es un desatino romántico; y los esfuerzos similares que hoy cabe observar en Alemania son meras artes aplicadas, es decir: esa forma especial de impotencia que oculta su incapacidad tras la máscara del objetivismo. Tales edificios suscitan la impresión de que han sido construidos de antemano con fines de secularización. En especial el famoso hormigón es un material típico de talleres, y en él la piedra de talla ha quedado, por así decirlo, disuelta enteramente en el mortero — es ése un material muy apropiado para construir trincheras, pero no para construir iglesias.

Expresemos a este propósito también la esperanza de que Alemania llegue a tener una generación de hombres dotados de su-

fiente piedad y veneración a los héroes como para demoler los monumentos a los caídos que han sidó alzados en nuestro tiempo. Desde luego nosotros no vivimos aún en los días a los que les estará reservado efectuar una revisión en gran escala de todos los monumentos conmemorativos. Eso es algo que se delata ya en lo mucho que ha ido perdiéndose la conciencia del alto rango y de la responsabilidad enorme que hay en el culto a los muertos. El más horrendo de todo los aspectos que ofrece el burgués es el modo en que se hace enterrar; y basta un solo paseo por uno de esos cementerios para ilustrar el dicho que afirma que hay lugares en los que uno no querría ni siquiera estar enterrado. Con todo, también en esto representa la guerra un punto de inflexión; a veces hemos vuelto a ver tumbas de verdad.

La impotencia para construir realmente edificios está relacionada, por tanto, con la variabilidad de los medios, de igual modo que también está relacionada con ella la incapacidad para tener una economía auténtica. Ahora bien, es preciso tener claro que tal variabilidad no es una cosa que exista en sí, sino que únicamente representa un signo de que la técnica no se encuentra todavía en una relación indubitable de servicio — o, dicho con otras palabras: aún no se ha hecho efectivo el dominio. Pero antes dijimos que ese hacerse efectivo el dominio es la tarea última que está en la base del proceso técnico.

Una vez que esa tarea haya quedado solventada, también la variabilidad de los medios será relevada por su constancia, es decir: se volverán legítimos los medios revolucionarios. La técnica es la movilización del mundo por la figura del trabajador; y su primera fase es, necesariamente, de naturaleza destructiva. En lo que respecta a la tarea constructiva la figura del trabajador se hará presente como el arquitecto jefe, una vez que haya quedado clausurado ese proceso. Y, desde luego, entonces volverá a ser posible construir en estilo monumental — tanto más cuanto que la productividad puramente cuantitativa de los medios disponibles sobrepasará todos los criterios históricos.

Lo que les falta a nuestros edificios es precisamente figura, es precisamente metafísica: esa grandeza verdadera que no puede ser expugnada, conquistada por ningún esfuerzo, ni por la voluntad de poder ni por la voluntad de fe. Estamos viviendo en un período extraño, en un período en el cual no hay ya dominio y tampoco hay aún dominio. Cabe decir, no obstante, que el punto cero ha sido ya sobrepasado. Eso es algo que apunta en el hecho de que hemos entrado en la segunda fase del proceso técnico, en la fase en la cual la técnica dispone de unos planes grandes y osados. Es

cierto que también esos planes continúan sometidos a la variación y asimismo que se hallan inmersos en una competencia más amplia — aún estamos lejos del ingreso en la fase última, decisiva. Pero es importante que en la conciencia humana el plan se presente no como la forma decisiva, sino como un medio para un fin. En el plan encuentra su expresión un proceso que se adecua al carácter de taller de nuestro mundo. Correlativamente el lenguaje engrdeído del progreso es relevado por una modestia nueva — la de una generación que ha renunciado a la ficción de que se encuentra en posesión de unos valores inatacables.

54

La perfección y, con ella, la constancia de los medios no son algo que produce dominio, sino algo que hace efectivo el dominio. Con más claridad que en las áreas de la economía y de la construcción puede verse eso en los sitios donde la técnica aparece como la fuente de medios no disimulados de poder — y puede verse con mayor claridad ahí no sólo porque es en esos sitios donde se pone de manifiesto de una manera más precisa la conexión entre la técnica y el destino, sino también porque todos los medios técnicos poseen un rango bélico secreto o indisimulado.

El modo en que tal cosa ha salido a luz en nuestro tiempo y las posibilidades que, por encima de eso, están comenzando a apuntar han llenado al ser humano de unas inquietudes muy justificadas.

Ahora bien, ¿qué es la preocupación sin responsabilidad, es decir, sin voluntad de hacernos dueños del elemento peligroso que nos circunda? El incremento terrible de los medios ha suscitado una confianza ingenua que se esfuerza en desviar la mirada de los hechos como si éstos fueran las imágenes de un sueño horroroso. La raíz de tal confianza está en esa creencia que considera que la técnica es un instrumento del progreso, o sea que es el instrumento de un orden racional-moral del mundo. Con esto guarda relación la opinión que afirma que existen medios tan destructivos que, por así decirlo, el espíritu humano los encierra bajo llave en un armario, cual si fueran venenos.

Pero, como ya hemos visto, la técnica no es un instrumento del progreso, sino un medio para la movilización del mundo por la figura del trabajador; y puede predecirse con seguridad que, mientras ese proceso continúe, no se renunciará a ninguna de sus propiedades devastadoras. Por lo demás, ni siquiera el máximo

incremento del esfuerzo técnico logra alcanzar otra meta que la muerte; y ésta es igual de amarga en todos los tiempos. De ahí que sea erróneo el parecer que asegura que la técnica en cuanto arma tiene como efecto una enemistad más honda entre los seres humanos, de igual modo que también es erróneo el parecer, que se corresponde con el anterior, según el cual en los sitios donde la técnica aparece como tráfico la consecuencia de ello es un reforzamiento de la paz. La tarea de la técnica es enteramente diferente y consiste en hacerse apropiada para servir a un poder que es el que en última instancia decide de la guerra y de la paz y, con ello, de la moralidad o la justicia de esas situaciones.

Quien ha reparado en eso llega enseguida al punto decisivo del gran debate que en nuestros días se ha originado acerca de la guerra y de la paz. Es una cuestión secundaria la que trata de cómo puede o no puede o si puede o no puede justificarse por la razón o por la moral el empleo de los medios técnicos en el combate; y asimismo es secundaria la cuestión que trata de cómo pueden o no pueden o si pueden o no pueden justificarse por la razón o por la moral los hechos mismos de la guerra; cabe afirmar que todos los libros que se ocupan de esas cuestiones han sido escritos en vano, al menos por lo que respecta a la práctica. Tanto si lo que se quiere es la guerra como si lo que se quiere es la paz, la cuestión única de que aquí se trata es la cuestión de si existe un punto tal que en él sean idénticos el poder y el derecho — y aquí ha de ponerse el acento en *ambas* palabras. Pues sólo entonces resultará posible dejar de parlotear acerca de la guerra y de la paz y decidir sobre ellas con autoridad. Puesto que, en la situación a que hemos llegado, todas las confrontaciones realmente serias asumen un carácter de guerra mundial, es necesario que el mencionado punto posea una significación planetaria. Pronto hablaremos de la conexión que vincula esta cuestión con la perfección de los medios técnicos, es decir, en este caso, con la perfección de los medios de combate — por el momento señalemos sucintamente que cada uno de los dos portadores del Estado del siglo XIX, esto es, la nación y la sociedad, se halla internamente orientado hacia semejante tribunal supremo.

Por lo que respecta a la nación eso es algo que se exterioriza en el afán de llevar el Estado más allá de las fronteras nacionales y de otorgarle un rango imperial; y por lo que respecta a la sociedad, en la iniciación de unos contratos sociales de validez planetaria. Pero el resultado a que se llega por ambas vías es que no les está reservada a los principios del siglo XIX semejante regulación.

Los gigantescos esfuerzos efectuados por los Estados nacionales tienen como resultado final la dudosa anexión de unas provincias. Y en aquellos sitios donde cabe observar unas iniciativas imperiales, se trata de un imperialismo colonial que ha menester de la ficción de que existen pueblos que, como es el caso de Alemania, continúan necesitados de educación. La nación encuentra sus fronteras en sí misma y son sospechosos todos los pasos que la llevan más allá de ellas. La ganancia de una estrecha franja fronteriza sobre la base del principio de las nacionalidades es mucho menos legítima que la ganancia de un reino entero por la vía del matrimonio en el sistema dinástico de fuerzas. De ahí que en las guerras de sucesión se trate tan sólo de dos interpretaciones de un derecho reconocido por ambas partes y en las guerras entre naciones se trate, en cambio, de dos especies de derecho en general. Por eso también las guerras entre naciones suelen conducir más bien al estado de Naturaleza.

La razón de todos esos fenómenos está en que el pensamiento del siglo XIX formó su idea de las naciones de acuerdo con el modelo del individuo; las naciones son unos grandes individuos que están sometidos a la «ley moral en sí» y que por ello tienen cerrada la posibilidad de formar imperios reales y efectivos. No hay un tribunal supremo ni del derecho ni del poder que ponga límites a las pretensiones de las naciones ni que establezca una unión entre ellas — semejante tarea corresponde, antes bien, a una fuerza mecánica de la Naturaleza, a saber, la fuerza del equilibrio. Los esfuerzos de las naciones dirigidos a extender su validez allende sus fronteras están condenados al fracaso porque con ellos se recorre el camino del puro despliegue del poder. Lo que explica que el suelo se vuelva cada vez más difícil y trabajoso a cada paso que se da es que el poder sobrepasa la esfera del derecho que le está adjudicada y con ello aparece como violencia y es sentido, en lo más íntimo, como algo sin validez.

Los esfuerzos de la sociedad orientados en esa misma dirección recorren el camino inverso; intentan ampliar una esfera del derecho a la que no le está asignada una esfera del poder. Se llega así a unos organismos como la Sociedad de Naciones — a unos organismos cuya vigilancia ficticia sobre unos espacios enormes de derecho se halla en extraña desproporción con las dimensiones de su potestad ejecutiva.

Esa desproporción ha producido de este modo en nuestro tiempo una serie de fenómenos nuevos que cabe concebir como características del daltonismo humanitario. Se ha desarrollado un procedimiento que forzosamente había de comportar la construcción

teórica de tales espacios de derecho, es decir, un procedimiento consistente en sancionar *a posteriori* actos de violencia por la jurisprudencia.

Y así se ha hecho posible que hoy estén librándose guerras de las que nadie quiere enterarse porque al más fuerte le place calificarlas, por ejemplo, de «penetración pacífica» o de «acción de la policía contra bandas de ladrones» — guerras que sí que existen en la realidad, pero que no existen en la teoría. Una ceguera semejante se da también con respecto al desarme de Alemania; éste es tan comprensible en cuanto acto de política de poder cuanto infame en los pretextos invocados para justificarlo. Ciertamente esa infamia sólo podía superarla la infamia que ha sido cometida por la burguesía alemana y que consiste en participar en la Sociedad de Naciones. Pero basta — lo único que aquí nos importa demostrar es que a la identidad del poder y el derecho no es posible acceder con la mera ampliación de los principios propios del siglo XIX. Más adelante veremos si acaso es posible vislumbrar unas posibilidades de índole diferente.

55

Por lo que respecta a los medios, y es de ellos de los que aquí hablamos, están surgiendo esfuerzos de índole imperial que aparecen como tentativas de administrar el aparato técnico de poder como un monopolio. En este sentido resultan enteramente consecuentes medidas de desarme como éstas de que acabamos de hablar y resulta consecuente en especial el que tales medidas se refieran no sólo al arsenal concreto, sino que traten de paralizar la energía potencial que produce los arsenales. Son ataques que no van dirigidos ya contra el carácter especial, sino contra el carácter total de trabajo.

No nos será difícil descubrir, basándonos en las consideraciones precedentes, la fuente de error que tales esfuerzos encierran. Esa fuente de error se halla, en primer lugar, en los principios, y, en segundo lugar, en la práctica.

En lo que respecta a los principios conviene advertir que la monopolización de los medios va contra la esencia del Estado liberal y que eso ocurre incluso en aquellos sitios donde se presenta como un puro proceso comercial. El Estado nacional no puede prescindir de la competencia; eso es lo que explica que a Alemania no se la haya desarmado del todo, sino que se le haya dejado una cantidad de soldados, barcos y cañones suficiente para man-

tener al menos la ficción de una competencia. En el espacio liberalista el ideal no es la superioridad de poder indisimulada, sino la encubierta, y, en correspondencia con eso, la esclavitud encubierta. Quien garantiza la situación general es el competidor más débil — el económicamente fracasado la garantiza con la posesión de un pequeño huerto en las afueras de la ciudad, y el políticamente más débil, con la introducción de una papeleta de voto en la urna. Esto aclara el interés enormemente desproporcionado que el mundo entero siente por la construcción del más pequeño acorazado alemán — son los estimulantes que se necesitan. Y esto aclara además el importante error del sistema que consiste en haber arrebatado a este país *todas* las colonias; una pequeña concesión en los mares del Sur, en China o en Africa hubiera garantizado mucho mejor la situación. Y es muy probable que se subsane ese error haciendo a Alemania un regalo envenenado.

Con esto guarda relación también una de las posibilidades paradójicas que han sido producidas por nuestro tiempo — la posibilidad de que el desarme de Alemania ponga en peligro la posesión monopolista de los medios de poder. Este proceso es parecido a esos ataques a la cotización del oro o al sistema parlamentario que consisten en no participar en ellos; ya no se cree en esa forma especial de poder ni en su significado esencial — y se abandona la partida. De todos modos éste es un procedimiento que está al alcance únicamente de los poderes revolucionarios, y aun eso, sólo en instantes muy precisos. Una de las características de tales poderes es que disponen de tiempo y que éste juega a favor de ellos. Un cañoneo de Valmy, una paz de Brest-Litowsk son, por un lado, modos de definirse del poder histórico recién formado, pero, por otro, desvían de la energía revolucionaria potencial que, tras el velo de los tratados y de las derrotas, está comenzando a desplegar sus medios genuinos. La revolución no tiene una firma válida ni posee un pasado legítimo.

Abordamos ahora uno de los puntos nucleares de la monopolización de la técnica en tanto que aparece como un medio indisimulado de poder. El Estado nacional liberal es completamente incapaz de tal monopolización. En esa esfera es engañosa la posesión del arsenal técnico y lo es porque por su propia esencia la técnica no es un medio adjudicado a la nación ni está cortado a su medida. Antes por el contrario, la técnica es el modo y manera en que la figura del trabajador moviliza y revoluciona el mundo. Y así ocurre que, por un lado, la movilización de la nación pone en movimiento fuerzas diferentes y más numerosas que las que se pretendía movilizar, mientras que, por otro lado, la nación des-

armada es necesariamente arrinconada en esos espacios peligrosos e imprevisibles en los cuales se esconde, en un amontonamiento caótico, el armamento revolucionario. Pero hoy existe sólo un espacio realmente revolucionario: el definido por la figura del trabajador.

La situación que, como consecuencia de lo dicho, se produce en Alemania, cuyo caso nos sirve aquí únicamente de ejemplo, es la siguiente: los portadores del Estado nacional liberal reconocen el monopolio de los medios de poder instaurado por las potencias que salieron vencedoras en la guerra del catorce y lo reconocen además en un grado tal que hace que las concesiones de poder otorgadas a los alemanes —a saber, el ejército y la policía— aparezcan como órganos ejecutivos que actúan por encargo de esos monopolios extranjeros. En el caso de que una parte del pueblo o del país se negase a pagar los tributos o se armase, lo dicho se haría visible enseguida; y eso no sería muy asombroso, después de que hemos asistido al espectáculo de que la policía alemana condujese esposados al tribunal supremo de este país a los así llamados «criminales de guerra» alemanes. Ese espectáculo es la mejor enseñanza ilustrada del grado en que el Estado nacional liberal se ha convertido para nosotros en un país extranjero. Más aún, siempre lo ha sido. Ese espectáculo es la prueba de que los medios de ese Estado se han vuelto completamente insuficientes y de que nada cabe esperar ni de ellos ni tampoco de esa pequeña burguesía chovinista y nacional-liberalista que también en Alemania apareció después de la guerra.

Existen ahora cosas que poseen mayor fuerza explosiva que la dinamita. Lo que antes vimos que era tarea de la persona singular es hoy una de las tareas de la nación, a saber: no concebirse ya según un patrón individualista, sino como representante de la figura del trabajador. En otro lugar estudiaremos con detenimiento el modo como se efectúa ese paso, que significa la aniquilación del tegumento liberal (una aniquilación que en el fondo no es más que la aceleración de su propia autoaniquilación) y que significa además la transformación del territorio nacional en un espacio elemental. Tal espacio es el único en el que resulta posible una conciencia nueva del poder y de la libertad; en él se habla un lenguaje diferente del lenguaje del siglo XIX — un lenguaje que ya hoy se entiende en muchos puntos de la Tierra y que, cuando resuene en el espacio elemental, será concebido como un toque de corneta que llama a la sublevación.

En qué grado el monopolio hoy existente de los medios de poder posee o no posee legitimidad, eso es algo que se pondrá

de manifiesto únicamente frente a tal espacio. Se desvelará que al Estado liberal el arsenal técnico no le garantiza sino una seguridad incompleta; tal cosa quedó demostrada ya por el desenlace de la guerra del catorce. No existen armas en sí; la forma de cada arma la determinan tanto los sujetos que la portan como los objetos, los adversarios a que ella ha de herir. Una espada puede atravesar una armadura, pero hiende el aire sin dejar ninguna huella en él. El orden fridericiano era un medio insuperable contra la resistencia lineal, pero en los sansculotes encontró un adversario que renunciaba a las reglas del arte. Tales cosas ocurren a veces en la historia y son una señal de que ha comenzado una partida nueva en la cual se juega con otras cartas.

56

Hay que decir, por tanto, y ello por razones de principio, que la posesión de los medios técnicos presenta un transfondo traicionero en todos aquellos sitios donde su portador es un dominio que no se le adecua. En ningún punto del mundo existe hoy un dominio entendido en ese sentido, un dominio en el cual la pretensión monopolista se transformaría, por tanto, en un derecho real.

Sea cual sea el sitio en que se arme la gente — para un objetivo diferente lo hace, para un objetivo que no está sometido a los esfuerzos del intelecto planificador, sino que subordina a sí tales esfuerzos.

En la práctica la variabilidad de la técnica, que aquí aparece como variabilidad de los medios de poder, constituye una amenaza con respecto a la especificidad temporal de los medios.

Lo que pone límites al almacenamiento de energía conformada es esa variabilidad. Aún no dispone el espíritu de unos medios tales que en ellos encuentre su expresión indiscutible el carácter total de combate y con respecto a los cuales se establezca una relación entre técnica y tabú. Cuanto más se incrementa la especialización del material, tanto más se reducirá el lapso de tiempo en que podrá empleárselo con eficacia. En el paisaje bélico el carácter de taller del paisaje técnico se presenta como un cambio acelerado de los métodos tácticos. A la destrucción de los medios destructivos le es inmanente en este sector un *tempo* más rápido que el que posee su construcción. Semejante hecho otorga al afinamiento del armamento una nota especulativa que aumenta la responsabilidad y que se intensifica en la misma medida en que la experiencia práctica no se mueve.

Hoy nos encontramos en la segunda fase del empleo de los medios de poder de naturaleza técnica, después de que en la primera se produjese la aniquilación de los últimos restos de los guerreros estamentales. Esta segunda fase se señala por la concepción y la ejecución de grandes planes. No cabe comparar, claro está, tales planes con la construcción de las pirámides o de las catedrales; ellos llevan anejo un carácter de taller. Correlativamente estamos observando que los poderes realmente históricos se encuentran en un febril proceso armamentista que intenta supeditar a sí la suma de todos los fenómenos vitales y darles un rango bélico. Lo que sorprende, horroriza y suscita esperanzas es la sobria unidad del proceso, no obstante todas las diferencias sociales y nacionales de las unidades de vida.

El que esta segunda fase no encarne una situación definitiva (hasta el punto en que son posibles en la Tierra situaciones definitivas), pero sí sirva para prepararla, es algo que se debe a su carácter de taller. En el anhelo de paz que contrapuntea el estado de alarma que es propio de los monstruosos campamentos militares se esconde la exigencia de una felicidad que no puede hacerse efectiva. Un contrato social entre Estados no garantizará jamás una situación que quepa considerar como el símbolo de la Paz Perpetua; tal situación la garantiza únicamente un Estado de rango indiscutible e imperial en el cual se aúnen *imperium et libertas*.

Una clausura de los grandes procesos armamentistas que con su presión han ido rebajando cada vez más claramente los Estados nacionales de viejo estilo al rango de magnitudes de trabajo y asignándoles tareas que en el fondo se adecuan a un marco mayor que el marco de la nación — una clausura como ésa no será posible hasta que no hayan llegado a su término, hasta que no hayan quedado clausurados también los medios en los que se apoyan las armas. La perfección de los medios técnicos de poder consiste en una situación en que su terribilidad y su posibilidad de aniquilación total sean tales que resulte imposible sobrepujarlas.

Con justificada preocupación sigue el espíritu el surgimiento de unos medios merced a los cuales está empezando a apuntar la mencionada posibilidad. Ya en la guerra del catorce hubo zonas de aniquilación cuyo aspecto sólo puede describirse si se acude a la comparación con las catástrofes de la Naturaleza. En el breve lapso de tiempo que nos separa de esos espacios se ha incrementado varias veces la contundencia de las energías que están a nuestra disposición. Con ello aumenta la responsabilidad que se encierra ya en su pura posesión y en su pura administración. El pensamiento de que mediante contratos sociales es posible poner

trabas al desencadenamiento de tales energías, a su empleo en el combate a vida o muerte, es un pensamiento romántico, cuya premisa es que el ser humano es bueno — pero el ser humano no es bueno, sino que es bueno y malo a la vez. En todos los cálculos que aspiren a plantar cara a la realidad es preciso que vaya incluido lo siguiente: no hay ninguna cosa de la que el ser humano no sea capaz. No son preceptos morales, sino leyes, lo que determina la realidad. De ahí que la cuestión decisiva que ha de plantearse sea ésta: ¿Existe un punto tal que desde él pueda decidirse con autoridad si deben o no deben emplearse los medios? El hecho de que no exista semejante punto es una señal de que la guerra del catorce no ha creado un orden mundial. Y ese hecho está grabado con suficiente claridad en la conciencia de los pueblos.

Un afinamiento último y la constancia, ligada con él, de los medios de poder son cosas que en sí mismas carecen naturalmente de significación. Pues lo que otorga su significado a la técnica es que ella es el modo y manera en que la figura del trabajador moviliza el mundo. Esta circunstancia da, con todo, un rango simbólico a la técnica; y la constancia de sus medios es una señal de que la fase revolucionaria de la movilización ha llegado a su término, ha quedado clausurada. Los procesos de rearme y contrarreamiento de los pueblos son una medida revolucionaria que se toma dentro de un proceso armamentista más amplio; visto desde él, esa medida se presenta como algo unitario, aunque haya de hacer saltar por los aires la forma de sus portadores. La unidad y, con ella, el orden del mundo son la solución que está ya contenida en el modo de plantear los conflictos y esa unidad es demasiado profunda como para que pueda alcanzársela con medios baratos, con acuerdos y contrafos.

Hoy existe ya, sin embargo, una especie de visión de conjunto que permite saludar todos los grandes despliegues de fuerza, cualquiera que sea el punto del globo terráqueo donde aparezcan. Pues lo que en ellos se expresa es el afán de dar una representación activa a la nueva figura que desde hace ya mucho tiempo viene anunciándose en la pasividad, en el sufrimiento. Lo que importa no es que nosotros vivamos, lo que importa es que vuelva a hacerse posible en el mundo un modo de vivir en gran estilo y según criterios grandes. A ello contribuiremos si hacemos más rigurosas nuestras exigencias.

El dominio, es decir, la superación de los espacios anárquicos por un orden nuevo, es posible hoy tan sólo como una representación de la figura del trabajador que reclame una validez planetaria. Son muchas las vías de alcanzar esa representación que

están apuntando. Todas ellas se señalan por su carácter revolucionario.

Revolucionario es ese hombre nuevo que aparece como tipo; revolucionario es el aumento constante de los medios, que no puede ser absorbido por ninguno de los órdenes sociales y nacionales tradicionales sin que ello produzca contradicciones. Tales órdenes experimentan un cambio completo y descubren su sentido oculto en el preciso instante en que los supedita a sí un dominio real y efectivo, un dominio indiscutible. En ese instante se vuelven legítimos los medios revolucionarios.

57

Cabe decir en resumen que el error fundamental que esteriliza todas las consideraciones está en ver en la técnica un sistema causal encerrado en sí mismo. Tal error conduce a esas fantasías de infinitud en las que se traiciona la limitación del intelecto puro. Ocuparse de la técnica es una actividad que sólo merece la pena en aquellos sitios donde reconocemos en ella el símbolo de un poder perteneciente a un orden superior.

Son muchas las especies de técnica que ha habido; y en todos los sitios donde cabe hablar de un dominio observamos una penetración completa y un uso natural de los medios disponibles. El puente de lianas que una tribu negra tiende sobre un río en las selvas vírgenes es, en su espacio, de una perfección insuperable. Ningún instrumento, cualquiera que sea su índole, sustituye a la pinza del cangrejo, a la trompa del elefante, a la valva de la concha. También nuestros medios se adecuan a nosotros y eso ocurre no en un futuro lejano, sino en cada instante. Mientras el espíritu piense en la destrucción, los medios serán obedientes instrumentos de destrucción; y cuando el espíritu se decida a levantar grandes edificios, construirán. Pero es preciso que reparemos en que esto no es ni una cuestión de espíritu ni una cuestión de medios. Nos hallamos en un combate que no puede ser caprichosamente interrumpido, sino que posee unos objetivos bien localizados.

Imaginemos ahora esa situación de seguridad y constancia de la vida que teóricamente sería posible desde luego en todo momento y que todos los esfuerzos superficiales quisieran alcanzar ya hoy, pero que, sin embargo, no se nos ha dado ciertamente todavía. Al imaginarnos esa situación no pretendemos, claro está, aumentar el número de las utopías, que no escasean. Si lo hace-

mos es, antes bien, porque estamos necesitados de unas orientaciones rigurosas. Son grandes los sacrificios que, queramos o no, se nos exigen; y es necesario que sigamos aceptándolos. Entre nosotros ha cobrado vida una tendencia a despreciar «la razón y la ciencia»: eso es un falso retorno a la Naturaleza. Lo que importa no es despreciar el intelecto, lo que importa es someterlo. La técnica y la Naturaleza no son antitéticas — el sentirlas de ese modo es una señal de que la vida no está en orden. El ser humano que intenta disculpar su propia impotencia hablando de la falta de alma de sus medios se asemeja al ciempiés de la fábula, condenado a la inmovilidad porque se dedica a contar las patas que tiene.

La Tierra posee aún valles remotos y arrecifes multicolores en los que no resuenan ni los pitidos de las fábricas ni las sireñas de los barcos de vapor, en ella continúa habiendo carreteras secundarias que se hallan abiertas a los haraganes románticos. Aún quedan islas del espíritu y del gusto ceñidas por valoraciones comprobadas; aún quedan esos malecones y rompeolas de la fe a cuyo abrigo puede el ser humano «atracar en paz». Conocemos las aventuras y los goces delicados del corazón y conocemos también ese sonido de las campanas que promete felicidad. Estos son unos espacios cuyo valor, más aún, cuya posibilidad están confirmados por la experiencia. Pero nosotros nos encontramos en pleno experimento; hacemos cosas que no se justifican por ninguna experiencia. Hijos, nietos y biznietos como somos de unos ateos a quienes hasta la propia duda se les ha vuelto sospechosa, estamos atravesando a paso de marcha unos paisajes que amenazan a la vida con unas temperaturas más elevadas y profundas. Cuanto mayor es el cansancio de las personas singulares y de las masas, tanto más grande se vuelve la responsabilidad, la cual es cosa de pocos. No hay salidas, no existen caminos marginales ni vías de retroceso; antes por el contrario, es preciso incrementar el ímpetu y la velocidad en que nos encontramos inmersos. Y ahí es bueno vislumbrar que detrás de los excesos dinámicos de nuestro tiempo hay un centro inmóvil.

El tránsito de la democracia liberal al Estado de trabajo

68

Son muchos los indicios que nos permiten advertir que nos encontramos a las puertas de una edad en que podrá hablarse otra vez del dominio real y efectivo, del orden y la subordinación, del mando y la obediencia. Ninguno de esos indicios habla con más claridad que la disciplina a que la juventud está voluntariamente comenzando a someterse, que su desprecio de los goces, que su sentir bélico, que el sentimiento que en ella está despertándose para las valoraciones viriles e incondicionales.

Sea cual sea el campamento a que vayamos a visitar a esa juventud, en todas partes tendremos la impresión de una conspiración; esa impresión nos la suscita ya el mero hecho de la presencia y la agrupación de un tipo humano determinado. Por doquier se hacen patentes también, tanto en los programas como en el modo de vivir, el repudio de la tradición burguesa y la invocación del trabajador. Esa conspiración se dirige necesariamente contra el Estado y el modo de hacerlo no consiste en intentar delimitar frente a él la libertad, sino en tratar de infundir en él, que es el medio más importante y completo de la modificación, un concepto de libertad para el cual el dominio y el servicio son sinónimos.

No faltan tentativas de apoderarse de ese sentido nuevo (el cual es un signo de que en el fondo ninguna educación puede corromper al ser humano) y de supeditarlos a los viejos sistemas de la sociedad burguesa. La más importante de esas tentativas consiste en concebir toda fuerza nueva emergente como el socio de una negociación y en integrarla en un aparato que trabaja con negociaciones. El grado de resistencia que puede oponerse a esos esfuerzos es una acreditación de la capacitación para unos órdenes de índole diferente. Hay ciertos poderes de los que no puede aceptarse la legalidad sin convertirse en cómplice de ellos, de igual manera que no pueden aceptarse regalos de un estafador sin ha-

cerse su cómplice. Lo dicho rige también para la sociedad burguesa, que se ha erigido en beneficiaria del Estado. Demasiado conocido es el rostro de la democracia tardía, en el cual han dejado grabadas sus señales la traición y la impotencia. En esa situación han prosperado magníficamente todos los poderes de la putrefacción, todos los elementos decrepitos, extranjeros y hostiles; el secreto objetivo de tales poderes es la perpetuación a cualquier precio de esa situación.

De ahí que tenga mucha importancia el modo como se efectúe el relevo del dominio aparente del burgués por el dominio del trabajador y, con ello, la alternancia de dos imágenes completamente distintas del Estado. Cuanto más elemental sea la vía por la que acontezca esa alternancia, tanto más se efectuará en el campo donde está la auténtica fortaleza del trabajador. Cuanto más renuncie éste a utilizar en su lucha los conceptos, los órdenes, las reglas de juego y las constituciones inventados por el burgués, tanto más se hallará en condiciones de hacer efectiva su ley peculiar y tanto menos podrá aguardarse de él tolerancia. El primer presupuesto de una construcción orgánica del Estado es que queden consumidas por el fuego todas esas guaridas de las que en las horas de la máxima exigencia hace salir la traición, como del vientre del caballo de Troya, sus tropas auxiliares.

Sería un error el suponer que la lucha por el dominio ha entrado ya en sus últimos estadios. Antes por el contrario, lo que con toda seguridad cabe predecir es que, tras haber podido contemplar al burgués como el beneficiario de una así llamada «revolución», lo encontraremos de nuevo como el heraldo de una restauración tras de la cual se esconde el mismo afán de seguridad.

Detrás de esas marionetas que en las tribunas públicas, a punto ya de desmoronarse, están laminando la huera fraseología liberal hasta dejar reducido su espesor al de una hoja de papel, hay unos espíritus más sutiles y más experimentados; están preparando un cambio de decorado. Bajo unas formulaciones nuevas, sorprendentes, «revolucionarias», lo que encontraremos como objetivos de la política interior serán la monarquía legítima y la articulación «orgánica», y también encontraremos allí una connivencia con todos aquellos poderes cuya existencia asegura la continuación de la cristiandad o Europa y, con ello, también la continuación del mundo burgués. Es tal la situación de desesperación a que el burgués ha llegado que está dispuesto a aguantar, con tal de que siga garantizada su seguridad, todas aquellas cosas que hasta ahora habían venido siendo el inagotable objeto de su ironía.

Lo único que el éxito de esas tentativas de restauración conse-

guiría sería acelerar la marcha de la modificación. Crearía un adversario estable y caracterizaría a los portadores de la responsabilidad en un modo que sería muy diferente de las situaciones de anonimato de la democracia tardía, en las cuales se adjudica la potestad estatal a un oscuro concepto de pueblo. Y, en segundo lugar, haría que cobrasen conciencia de su unidad, de un modo muy palpable, todos esos campamentos en los que está viva una imagen nueva del Estado que intenta hallar su expresión, de un lado, en los programas de un nacionalismo revolucionario y, de otro, en los programas de un socialismo revolucionario.

Aquí habrán de desaparecer desde luego todas las cosas que sean incapaces de hacer frente a las influencias románticas o tradicionalistas y habrá de imponerse una actitud a la que no será posible convencer con meras palabras. Dentro de poco no habrá ya ninguna magnitud política que no intente actuar invocando el socialismo y el nacionalismo,* y es preciso ver que esa fraseología está al alcance de cualquiera que domine el uso de las veintiocho letras del alfabeto. Es éste un hecho que da que pensar; indica que aquí no se trata de principios que deberían «ser hechos efectivos», sino que detrás de esos esfuerzos se esconde ese carácter dinámico-nivelador que caracteriza el paisaje de transición.

La libertad que esos dos principios, el nacionalismo y el socialismo, son capaces de crear no es de naturaleza sustancial; es un presupuesto, una magnitud de la movilización, pero no es una meta. Esta circunstancia permite sospechar que de alguna manera está aquí interviniendo en el juego el concepto burgués de libertad y que se trata de unos esfuerzos en los que tanto el individuo como la masa siguen participando de una manera determinante.

La práctica muestra que eso es lo que realmente está acaeciendo. La atomización social en el interior y la delimitación nacional del cuerpo estatal hacia el exterior pertenecen al repertorio obvio y natural de todas las concepciones liberales del mundo; no hay ningún contrato social o estatal del siglo XIX, hasta llegar a la Constitución de Weimar o la Paz de Versalles, en que tales cosas no ocupen un lugar decisivo. Pertenecen al nivel básico desde el que se trabaja, como pertenece a él, por ejemplo, el hecho de que todo el mundo sepa leer y escribir; y no hay ningún orden, ya sea el de una restauración ya sea el de una revolución cualquiera, que no vaya a utilizarlas. Pero es preciso ver que esas cosas no son

* El burgués, que después de la guerra no quería de ninguna manera ser un nacionalista, ha adoptado entretanto con gran habilidad esa palabra, en el sentido del concepto burgués de libertad.

unas metas estatales, sino los presupuestos de la construcción estatal.

Dentro del mundo de trabajo esos principios son unas magnitudes de trabajo y de movilización cuyo efecto resulta tanto más aniquilador cuanto que la democracia liberal se ve aquí atacada con su propio método. Si en ese proceso está efectuándose algo más que el proceso de autoaniquilación de la democracia y algo más importante que eso, quedará demostrado por el hecho de que en esas palabras, nacionalismo y socialismo, se transparente un significado nuevo y diferente, en el cual se acuse el esfuerzo de un tipo humano llamado a dominar. Nos hallamos en un proceso que es el que da su dirección a los principios universales y en el que la «libertad de» se transmuta en «libertad para».

En este contexto el socialismo aparece como el presupuesto de una articulación autoritaria rigurosísima y el nacionalismo, como el presupuesto de unas tareas de rango imperial.

69

Ya ha quedado dicho antes que, por ser unos principios universales, tanto el socialismo como el nacionalismo poseen una naturaleza que es recuperativa y a la vez anticipadora. En los sitios donde el espíritu humano los tiene por realizados apunta la terminación, la clausura de una edad; pero también se pone de manifiesto enseguida que esa clausura contiene unas tareas nuevas, unos peligros nuevos, unas posibilidades nuevas de marcha hacia adelante. En todos los grandes acontecimientos de nuestro tiempo se ocultan tanto los puntos finales de unas evoluciones anteriores como los puntos iniciales de unos órdenes nuevos. Esto rige también para la guerra del catorce, la cual es el más completo y tajante de tales acontecimientos.

En la medida en que la guerra del catorce trazó la raya que puso fin al siglo XIX, fue una confirmación vigorosa de los principios que en ese siglo estuvieron actuando. La única forma de Estado que la guerra dejó tras de sí en todo el globo terráqueo fue la forma de la democracia nacional encubierta o indisimulada.

El resultado no podía ser otro y no podía serlo por la sencilla razón de que para el desenlace de la guerra resultó decisivo el grado en que pudieron movilizarse los medios de la democracia nacional, como son los parlamentos, la prensa liberal, la opinión pública, el ideal de la humanidad. Y así, Rusia no podía ganar la guerra en ninguna circunstancia, aunque se encontrase, vistas las

cosas desde la perspectiva de la política exterior, del lado de las potencias vencedoras. Igual que no lo estaban ni Austria-Hungría ni Turquía, tampoco Rusia estaba en la forma y en la disposición peculiares que tal confrontación requería. Había allí unas tensiones de otra índole, que ponían trabas a un giro unitario hacia el exterior. En cambio Francia tenía en buen estado de salud su conciencia democrática; tal vez lo que mejor ilustra eso es el hecho de que consiguiera dominar una sedición militar muy peligrosa y lo lograra aun en el instante de su máxima debilidad externa.

Dados esos presupuestos resulta del todo lógico que inmediatamente después de la confrontación bélica hubiese una serie de pueblos —y en especial de pueblos vencidos— que tratase de entrar en posesión de esa libertad de movimiento que es peculiar de la democracia nacional.

Tales tentativas hicieron por lo pronto que el resultado de la guerra se volviese más unívoco todavía; la forma que las mencionadas tentativas adoptaron fue la forma de la revolución, la cual estuvo favorecida por la extraordinaria debilidad en que las fatigas de la lucha habían dejado a los órdenes antiguos. Cabe considerar esas revoluciones como una prosecución de la guerra y cabe también interpretar la guerra como el comienzo visible de una gran revolución. El proceso que se efectúa en el choque entre los pueblos y el que se efectúa en el interior de los pueblos es el mismo, y uno y el mismo es el resultado que ese choque deja tras de sí en ambos casos. La guerra provoca revoluciones y las relaciones de fuerza modificadas por las revoluciones impelen a su vez hacia acciones bélicas.

Es cierto que el resultado de la confrontación entre Estados nacionales posee también un carácter universalmente válido, pero lo que a ese resultado le falta completamente son las características de la durabilidad. Que de lo que aquí se trata es de recuperar con retraso un determinado orden, de hacer efectivo un ideal que de suyo ya ha periclitado, eso es algo que se deriva ya del mero hecho de que ese orden carece de una seguridad estable y aun de la seguridad pasajera del equilibrio.

En todas partes se llega desde luego a la situación de la democracia nacional — pero tal situación se revela muy pronto, en los casos particulares, como una situación transitoria que puede quedar solventada en unas pocas semanas, como ocurrió en Rusia, por ejemplo. Pero incluso en aquellos sitios donde pareció que se había establecido de un modo más duradero, provocó modificaciones cuyo sentido amenazador está desvelándose con una claridad cada día mayor. Lo que aquí se pone de manifiesto es que en

la democracia nacional habita un puro carácter de movimiento que carece de figura y, por tanto, de orden. Y también en el comportamiento recíproco de los Estados sale a luz ese elemento anárquico-individualista que es peculiar de todas las formaciones del liberalismo. Lo que aquí falta completamente son magnitudes pertenecientes a un orden superior; y la ficción de una Sociedad de Naciones no es suficiente para tener sujetos a los individuos-Estados —y de individuos-Estados se trata aquí—, los cuales se disocian recíprocamente de un modo cada vez más fuerte. En el fondo esa Sociedad de Naciones no es sino un órgano de aquellas potencias a las que las formas de la democracia nacional han saciado, han saturado ya.

Llevaría demasiado lejos el hacer una descripción de la muchedumbre de materias de conflicto surgidas de la noche a la mañana por causa de la universalización de la forma de la democracia nacional. Tal vez nada aclara mejor la situación que el hecho de que las propias potencias vencedoras traten de atajar las consecuencias lógicas de aquélla recurriendo a unos principios completamente diferentes de aquellos a los que deben su victoria — que se vean forzadas, por tanto, a retirarse del verdadero terreno donde está su fortaleza histórica.

Así, por ejemplo, la universalización del principio de las nacionalidades ha procurado a Alemania no sólo la posibilidad de ejercer una creciente influencia sobre esas numerosas minorías germánicas que hoy continúan aprisionadas por las abrazaderas de unas estructuras estatales anticuadas, sino también la posibilidad de integrar a la Austria alemana en el Estado alemán, de conformidad con el derecho de los pueblos a autodeterminarse. Ahora es cuando se pone de relieve, en especial para Francia, que la partición de la antigua monarquía austriaca, consecuencia lógica de los principios fundamentales de la Paz de Versalles, fue un error funesto, y que esa partición está dando pretexto a que se movilicen unas fuerzas bastante indeseables. Correlativamente observamos un esfuerzo que marcha en dirección contraria a las tendencias de nuestro tiempo y al cual prestan su apoyo todas las potencias reaccionarias; ese esfuerzo tiende a restablecer un Estado danubiano artificial, lo que quiere decir que tiende a maniar una parte de la energía alemana. Es éste un modo significativo de pasar de la aplicación de los principios universales a una operación táctica condicionada por un caso particular.

Pero ese error funesto que hemos mencionado no es el único — son múltiples las señales que indican que el desenlace de la

guerra del 14 fue incapaz de dar al mundo un dominio real y efectivo. El hecho existencial de la duración de la resistencia alemana forzó al mundo a tomar una serie de medidas de doble filo. Así, la universalización extrema de los principios de la democracia nacional, el otorgamiento práctico de los derechos universales del hombre a cada uno de los que participaron en la gran cruzada de la humanidad contra la barbarie, hubo de llevar necesariamente a incluir en el disfrute de tales principios también a unas fuerzas en las que apenas se había pensado al comienzo. Una vez puestos en marcha, los movimientos no se limitaron al blanco que se les había fijado, sino que fueron desplegando una autonomía creciente.

Otra vez hemos de citar aquí el caso de Rusia, a la que su transformación en una democracia nacional debía movilizar de un modo más completo y atraer a un trabajo bélico más intenso, pero que muy pronto se quitó de encima a sus abogados para pasar a ocuparse de unas tareas diferentes y poco deseadas. Por cierto que siempre habrá que considerar como una de las hazañas más portentosas de la diplomacia burguesa el que consiguiera involucrar en el juego de sus propios intereses, completamente ajenos a los de Rusia, a ese Imperio que tenía a su disposición en el Extremo Oriente todo un continente para expandirse en él de manera fecunda y sin obstáculos.

La universalización de los principios de la democracia nacional familiariza también a los pueblos de color con unos medios nuevos y eficaces de emanciparse. Hoy está presentándose la factura de los empréstitos de guerra, consistentes en sangre y en fuerza de trabajo, que se tomaron de esos pueblos; y el modo de presentar tal factura consiste en reclamar los mismos principios que entonces se invocaron.

Es muy diferente enfrentarse a unos príncipes, a unas castas militares, a unos pueblos montañeses y a unas bandas de ladrones que se han sublevado, que enfrentarse a unos abogados, a unos parlamentarios, a unos periodistas, a unos premios Nobeles y a unas poblaciones que se han educado en las universidades europeas y en los que se ha despertado el sentido de la huera fraseología humanitaria y de la justicia abstracta. También produce muchos menos quebraderos de cabeza el andar intercambiando balas en los valles de las cordilleras del fondo de la India o en los desiertos de Egipto que el andar intercambiando frases educadas en esos congresos que tienen a su disposición un eco mundial gracias a todos los medios de la técnica moderna de la información.

Lo que hoy está ocurriendo en los pueblos de color da motivo a preocupaciones de las que se exoneró a Alemania; también éste fue un servicio que, sin pretenderlo, se le rindió al vencido. El movimiento de los pueblos de color ha asumido unas formas que son mucho más desagradables que las que lograría producir una serie de sublevaciones armadas. Retornan los métodos de la «penetración pacífica», pero ahora vuelven en dirección contraria; lo hacen, por ejemplo, en el modo de la *no-violence*. Las reivindicaciones de los dominados se apoyan en unos principios reconocidos y otorgados; no son unas reivindicaciones propias de caníbales o de gentes que queman a las viudas, sino unas demandas que al hombre de la calle de todas las grandes ciudades europeas le resultan completamente normales y comprensibles. De ahí que la pretensión de dominio se vea obligada a recurrir mucho menos a los buques de guerra y a los cañones que a la vía de la negociación. Ahora bien, eso significa la pérdida del dominio en un breve lapso de tiempo.

En este contexto hemos de decir también algo acerca de esas formaciones nuevas que han surgido propiamente gracias al principio abstracto del derecho de los pueblos a autodeterminarse y a las que les es peculiar, en consecuencia, una arrogancia característica que a menudo se asemeja a la que vemos en los menores de edad. De igual modo que cabría imaginar que, si se redescubriese el principio de la legitimidad, se adjudicaría un territorio propio a cada una de las potencias enfeudadas al *Reich*, también aquí han sido convertidas en portadoras de Estados unas poblaciones de las que hasta ahora teníamos noticia a lo sumo por los manuales de etnografía, pero no por la historia de los Estados. La consecuencia natural de esto es que en el espacio histórico han irrumpido unas corrientes puramente elementales. Esta balcanización de unos territorios extensos, basada en los así llamados «Tratados de Paz», no sólo ha incrementado significativamente, en comparación con la situación que había en 1914, el número de los puntos donde se originan las tempestades, sino que también los ha acercado hasta una proximidad amenazadora. La mencionada balcanización ha producido los métodos propios de un estilo de insurgencia; en ellos está apuntando que las magnitudes que han quedado liberadas son aquí, lo mismo que en América del Sur, unas magnitudes que, más bien que a la historia propiamente dicha, pertenecen a la historia natural.

Este cuadro se completa con el avance de un tipo humano pequeño-burgués también hasta aquellos puestos estatales en los cuales quien daba la norma hasta hace poco era una cierta sus-

tancia conservadora y, por tanto, una cierta superioridad sobre las corrientes del tiempo. En el mencionado tipo humano se refleja, en el temperamento individual, la mutabilidad vertiginosa y a menudo explosiva de la mentalidad de las masas. En él están muy claramente impresas las huellas de su formación, que estuvo bajo el signo no tanto de unas instituciones estatales cuanto de unas instituciones sociales, como son los partidos, la prensa liberal, el Parlamento. A esa procedencia es a la que sobre todo se debe una transferencia funesta de los métodos de la política interior a la política exterior, una tendencia a orientarse por concepciones del mundo y por sentimientos, en vez de hacerlo por los motivos propios de la razón de Estado. Lo que aquí falta es inmoralismo, lo que aquí falta es una distinción neta entre el fin y los medios — y así, nada hay que objetar a que en Alemania se haga una política pro-occidental, o se haga una política pro-oriental, pero sí a que no se esté en condiciones de hacerla sin que en ella se inmiscuyan estas o aquellas simpatías o antipatías. Los puntos cardinales forman parte de las magnitudes funcionales de la política, no de las magnitudes de principio; y una de las características de la libertad es su capacidad de contemplar imparcialmente la brújula.

La falta de distancia que es peculiar del mencionado tipo es algo que todavía proporcionará bastantes sorpresas. Tras la rutina de sus reglamentos se ocultan tanto una familiaridad desagradable como también la posibilidad de unas decisiones disparatadas. Con ese tipo humano hemos trabado conocimiento por vez primera cuando las masas estaban exhaustas y muy necesitadas de reposo; y nos quedaremos asombrados de la modificación que en él se producirá cuando esas mismas masas estén hambrientas y agresivas. Hoy se invoca mucho el buen entendimiento entre las partes, pero eso es algo que brota de una oscura conciencia de la confusión de las lenguas, de la anarquía que clausura una edad individualista. La necesidad que la gente siente de que con cualquier ocasión y después de cada fluctuación en la política interior vuelvan a firmarse los tratados es un indicio de que la política burguesa está en las últimas. Es una señal que indica que no son tratados de paz lo que se ha concluido, sino tratados de armisticio, y que el desenlace de la guerra del catorce no ha dejado tras de sí un orden mundial creíble e inatacable. Aquí se pone al descubierto que la decisión de la guerra no tuvo un carácter estratégico, sino táctico, y que táctico fue también el modo de explotar la decisión.

Tal es la situación en la que nos encontramos y con ella se corresponde el lenguaje que ha llegado a ser usual en los tratos

entre las democracias nacionales — un lenguaje cuyas reglas de juego es preciso conocer, aunque, en el fondo, nadie crea en ellas. Puede estudiarse tal lenguaje en esa mezcolanza de rutina, escepticismo y cinismo que define el tono de las conferencias acerca de las reparaciones de guerra y acerca del desarme.

Es la atmósfera de la ciénaga; sólo las explosiones pueden purificarla.

70

Ese giro peligroso e imprevisible hacia el exterior, que es una de las características del nacionalismo democrático, queda incrementado en sus efectos por el trabajo de nivelación que en la sociedad ha practicado el otro gran principio en que desemboca el liberalismo; es decir, el socialismo.

Al menos hasta hace poco tiempo el socialismo ha estado complaciéndose en invocar su carácter internacional; pero tal carácter no existe más que en la teoría, como lo mostró el comportamiento muy unitario y nada dogmático que las masas adoptaron cuando estalló la guerra del catorce. El curso ulterior de los acontecimientos enseña que no puede verse ese comportamiento como un caso de excepción; antes por el contrario, se repetirá cada vez que la opinión pública haya sido llevada a una situación análoga. Es, pues, evidente sin más que hay poderes, así las dinastías, la alta nobleza, el clero o también el capital, que pueden reclamar un carácter internacional con mucha más razón que esas masas de que el socialismo no puede prescindir.

Mucho se ufanaron nuestros abuelos de que se hubieran vuelto imposibles las «guerras de gabinete». Aún carecían de ojos para ver la otra cara que es peculiar de tales progresos. No cabe duda de que, comparadas con las «guerras populares», las guerras de gabinete se señalan por un ambiente de mayor responsabilidad y de menor odiosidad. La uniformidad de la estructura de las masas crea una uniformidad de los intereses y lo que esa uniformidad hace no es disminuir las posibilidades de un conflicto, sino incrementarlas. La guerra encuentra un mayor alimento cuando uno de sus presupuestos es la decisión popular. En ese sentido el socialismo aporta un trabajo de movilización con el que ninguna dictadura se atrevería siquiera a soñar; y ese trabajo de movilización resulta especialmente eficaz porque se efectúa con la aprobación de todos, con la invocación continua del concepto burgués de libertad. El grado en que las masas se brindan y pre-

para ser maniobradas es algo que necesariamente habrá de resultarle incomprensible a todo aquel que no adivine que lo que está detrás del automatismo nivelador de los principios universales es una legalidad de otra índole.

Contempladas las cosas desde el ángulo de visión de la pura maniobrabilidad, cabría imaginar acaso la siguiente utopía social:

La persona singular es un átomo que recibe su dirección de unas influencias inmediatas. Ya no hay articulaciones sustanciales que puedan reclamar para sí a la persona singular. Los residuos de esos vínculos se hallan reducidos a un carácter de asociación, de mentalidad o de contrato. La diversidad de los partidos es imaginaria. Tanto el material humano como los medios de todos los partidos son homogéneos por su propia esencia y uno y el mismo es el resultado a que necesariamente abocan todas las confrontaciones entre los partidos. Para lo que sirve la aparente diversidad de éstos es para posibilitarle a la persona singular una alternancia de las perspectivas y un sentimiento de aprobación. La aprobación resulta de la pura participación, es decir, del hecho, por ejemplo, de tomar parte en las votaciones, sea el que sea el partido que salga favorecido por el resultado. Las alternativas no son aquí decisiones; antes por el contrario, forman parte del modo de trabajar del sistema.

Están protegidas la propiedad y la fuerza de trabajo; de ahí que se encuentren restringidas en sus movimientos. Las moratorias, los subsidios, los aplazamientos de los pagos, las medidas de apoyo y de asistencia, por una parte, corresponden, por la otra, al control de las posesiones mobiliarias e inmobiliarias, a la limitación de la libre circulación de las personas y los bienes, a la supervisión del despido y de la contratación.

La actividad educativa está esquematizada. Lo que sale de las escuelas y de las universidades es un material que ha sido modelado de una manera muy uniforme. La prensa, los grandes medios de diversión y de información, el deporte y la técnica prosiguen ese modelado. Hay medios que transmiten a la misma hora uno y el mismo suceso a millones de ojos, a millones de oídos. También aquí puede correrse el riesgo de educar para la crítica por cuanto ésta es capaz de producir sin duda una diversidad de las opiniones, pero no una diversidad de las sustancias. Nada de lo que es mera opinión produce quebraderos de cabeza; y en un tiempo en que a todo el mundo le gusta calificarse de revolucionario, la libertad de producir modificaciones reales y efectivas se halla más restringida que nunca. Todos los movimientos revolucionarios hacen más unívoco el rostro de nuestro tiempo; y, en el

fondo, resulta bastante irrelevante cuál sea el partido que en un preciso momento está operando. En esta situación es completamente inimaginable ese grado de independencia que halla su expresión en las grandes quemadas de libros realizadas por los déspotas asiáticos. Ninguno de nuestros revolucionarios modernos elimina ninguna técnica ni ninguna ciencia; ni siquiera elimina el cine ni tampoco el más pequeño de los tornillos — y eso es algo que tiene sus buenas razones.

Ninguna de las órdenes decisivas de movilización viene de arriba abajo, sino que todas aparecen, de una manera mucho más eficaz, como un objetivo revolucionario. Las mujeres luchan por conquistar su participación en el proceso productivo y lo logran. La juventud demanda el servicio de trabajo y la disciplina militar. El aprendizaje del uso de las armas y la organización militar forman parte de las características de un estilo nuevo de conspiración del cual participan aun los pacifistas. El deporte, las excursiones, el entrenamiento militar, la formación en el estilo de las universidades populares, todas esas cosas son ramas de la enseñanza revolucionaria. La posesión de una moto, de una motocicleta, de una cámara fotográfica, de un planeador, colma los sueños de la generación que ahora está creciendo. El tiempo libre y el tiempo de trabajo son dos modalidades de quedar absorbida la gente por una y la misma actividad técnica. El extraño resultado a que llegan las revoluciones modernas es que se multiplica el número de las fábricas y que la gente se ufana de trabajar más, mejor y más barato. Los teóricos y literatos socialistas se han convertido en una especie particular, y, por cierto, igual de aburrida, de funcionarios, estadísticos e ingenieros estatales, y un socialista de 1900 notaría, con gran sorpresa suya, que la argumentación decisiva no opera ya con cifras de salarios, sino con cifras de producción. Hay países en los que puede fusilarse a la gente por sabotear las fábricas y en los que desde hace quince años vienen racionándose los artículos alimenticios igual que en una ciudad sitiada — y son países en los cuales el socialismo ha adquirido ya realidad de una manera muy unívoca.

La única observación que cabe hacer a las cosas que acabamos de decir, y cuyo número podría multiplicarse a placer, es que todavía en 1914 tenían un carácter utópico, pero hoy resultan corrientes a todos nuestros contemporáneos.

A todas las miradas que han penetrado en esa confusión surgida por causa del hundimiento de los órdenes antiguos ha de resultarles evidente que todos los presupuestos del dominio se dan en esta situación. Los principios niveladores del siglo

XIX han arado el terreno que aguarda con impaciencia a ser labrado.

71

Sólo en la situación de la democracia realizada se presenta con toda su virulencia la tendencia disolvente de los principios motores. Sólo en ella se pone de manifiesto lo mucho que el mundo burgués ha estado viviendo de los sentimientos reflejos, de los resentimientos, y lo mucho que dependía del gesto de la defensa. Los principios de ese mundo cambian su sentido cuando les es quitado el adversario. La disolución ha llegado a sus últimos límites cuando ya no se ve confrontada a los residuos de la autoridad, sino, en todas partes, a su propia imagen refleja.

El principio merced al cual pudo el nacionalismo acreditar su superioridad completa fue el principio de la legitimidad. Es ésa una superioridad que tiene su primera expresión en la superioridad que las masas populares exhibieron frente a los soldados suizos que defendían la Bastilla o las Tullerías y que se ha repetido en todos los campos de batalla de Europa. Todavía en la guerra del 14 estaban condenadas a un grado insuficiente de movilización todas las potencias en las que cupiese demostrar una relación, por lejana que fuera, con el legitimismo.

Esa especie de superioridad queda necesariamente abolida en el preciso instante en que la democracia nacional aparece como la forma única y universal de la organización de los pueblos. Este hecho va poniéndose de manifiesto con una claridad cada vez mayor a medida que se vuelven más terribles los esfuerzos en los cuales se agota la fuerza de los pueblos. Lo que de aquí resulta son unas represalias que hasta ahora eran desconocidas y a las que es sometido el vencido. Los efectos destructivos con que en la hora de su nacimiento se dirigió el nacionalismo contra los órdenes antiguos dirígense ahora contra la nación, y, en concreto, contra el conjunto integral de su existencia, y lo hacen de una manera tal que convierte a todas las personas singulares en responsables de su pertenencia nacional.

De un modo enteramente parecido se dirige el principio del socialismo, un principio que tiene múltiples irisaciones, contra una sociedad articulada en una manera determinada, y tanto da que la articulación sea de naturaleza estamental o que sea de naturaleza clasista. El así llamado «Estado de clases» mantiene con la articulación estamental una relación parecida a la que la monar-

quía constitucional mantiene con la monarquía absoluta. En todos los sitios donde el socialismo sigue poseyendo ese adversario es a él, al socialismo, al que le cae en suerte la ventaja revolucionaria, de la cual se sirve empleando los acreditados medios de la defensiva. El socialismo está tanto más vivo cuanto menos propenda su adversario a hacer concesiones. Así, es significativo que los escasos talentos de hombres de Estado que la socialdemocracia alemana ha producido hayan hecho su aparición precisamente en Prusia, el país del sistema electoral por clases. Aun en los sitios donde la confrontación ha asumido un cariz puramente económico, sin duda resultará evidente la frase que dice que donde prospera bien el socialismo es sobre todo en la vecindad de un capitalismo robusto. Se trata, en efecto, de dos ramas de uno y el mismo árbol.

También aquí cambia significativamente el cuadro cuando ha desaparecido de la superficie el adversario. En una sociedad completamente atomizada, la cual está sometida ya únicamente al principio de que la masa es igual a la suma de los individuos que la componen, el socialismo también invade necesariamente las posiciones que han quedado abandonadas por el adversario; con ello le toca en suerte, en vez del papel de abogado de los que sufren, el papel de su protector.

Entretanto hemos asistido a este espectáculo extraño: los representantes del socialismo que habían accedido a los puestos del Estado intentaban simultáneamente seguir empleando la fraseología social, para unir de ese modo las ventajas del funcionario del Estado a las ventajas del funcionario del partido. Pero eso significa intentar una cosa imposible — estar en el poder es una ventaja y estar oprimido es otra. Hay una posición en la cual es lícito decir qué cosas deberían ser y hay otra posición en la cual es lícito incluso ordenarlas. Para percatarse de que esta segunda posición es la menos agradable se requería la situación de la democracia realizada.

De igual manera que el nacionalismo victorioso se ve muy pronto rodeado de un círculo de demócratas nacionales que se oponen a él con su propia metódica, así el socialismo victorioso se encuentra dentro de una sociedad en la que todas las reivindicaciones serán presentadas con formulaciones sociales. La eficacia y la ventaja revolucionaria de los argumentos sociales pierden de ese modo su filo en poco tiempo.

Las masas o bien se vuelven romas y desconfiadas o bien caen en una desagradable especie de movilidad que se sustrae a las constituciones democráticas. Entre los partidos, especialmente entre los situados en los extremos, se produce un intercambio ace-

lerado de hombres. En países en los que subsisten, como es el caso de Alemania, unos vínculos que están muy ramificados y que aún siguen en parte arraigados, y en los que la gente posee un instinto seguro para el orden y la obediencia, y en los que además hay un bienestar extendido de manera regular, la atomización de la sociedad moviliza unas fuerzas cuya entrada en el espacio político no era previsible.

Se movilizan unas capas cuya procedencia y cuya composición son muy difíciles de determinar. La mezcolanza humana que se sirve a su manera de una libertad de reunión, de palabra y de prensa es una mezcolanza inteligente, amargada, explosiva. Aquí se fusionan de una manera extraña las diferencias entre la reacción y la revolución; emergen teorías en las cuales los conceptos «conservador» y «revolucionario» quedan fatalmente identificados. Los presidios se llenan de un tipo nuevo de hombres, se llenan de antiguos oficiales del ejército, de propietarios rurales arruinados por los impuestos, de universitarios en paro. Muy pronto domina esa gente también la metódica del argumento social, al que sabe sazonar y dar agudeza con esa especie cínica que proporciona la amargura. Sale a la superficie un lenguaje que opera con las expresiones «voluntad del pueblo», «libertad», «constitución», «legalidad», como con puñales envenenados.

La difuminación de las fronteras que estaban trazadas entre el orden y la anarquía halla su expresión además en lo siguiente: los conjuntos organizados que ya existían o que se forman de nuevo sacan ventaja de la disolución de los vínculos reales y efectivos por cuanto se ven en posesión de una independencia creciente. Las organizaciones no forman parte de los vínculos de naturaleza sustancial; al contrario, hemos tenido la experiencia de que, en conexión con la descomposición de los vínculos, las organizaciones brotan del suelo cual setas tras la lluvia. El talento organizativo es una característica de la movilidad espiritual, la cual divide la realidad con opiniones, mentalidades, concepciones del mundo, fines e intereses. Pero en aquellos sitios donde, como ocurre en el Estado auténtico, los poderes que son reales, y que son más que espirituales, se muestran provistos de una impronta y una dirección, allí encontramos el orden en un rango de índole diferente, el de la construcción orgánica.

En cambio las organizaciones que se han vuelto independientes exhiben un afán de ver el Estado como algo perteneciente al mismo orden que ellas, es decir: como una liga organizada para un objetivo. Correlativamente emergen no sólo ligas económicas, partidos y otras magnitudes que pretenden negociar con el Esta-

do de igual a igual, sino que también aparece la posibilidad de unas relaciones directas con el extranjero que escapan al control del Estado.

Esto es un indicio de la autoridad dividida, de la autoridad atomizada, un indicio no menor que el hecho de que vaya haciéndose peculiar también de los órganos mismos del Estado — como los altos tribunales, la policía, el ejército— una autonomía creciente. Se producen situaciones en las que la gente por un lado convierte en objeto de sofisticados debates de derecho público las promesas primordiales de la fiabilidad humana, como es la jura de la bandera, mientras que por otro lado está representándose aquella tragedia de nuestro tiempo, tal vez la más profunda de todas, que consiste en que el resto de la antigua jerarquía de los soldados y los funcionarios intenta mantener enhiesto el concepto tradicional del deber en el marco de un Estado que se ha vuelto imaginario y está repleto de claudicaciones.

Finalmente se privatizan también los derechos de soberanía más explícitos de todos. Al lado de la policía surgen unas milicias de barrio y unas organizaciones de autodefensa. Mientras la gente trata de canonizar, por el lado del espíritu cosmopolita, la traición a la patria, el lado sangriento de la vida produce una justicia oculta que trabaja con boicoteos, atentados y tribunales secretos como el de la santa Vehma. Las insignias de los partidos reemplazan a las insignias de la soberanía; las jornadas de elecciones, de referendos y de apertura del Parlamento se parecen a ejercicios de movilización para la guerra civil. Los partidos segregan unos ejércitos permanentes entre los cuales reina un estado de guerra latente de escaramuzas, y, correlativamente, la policía adopta unas armas y una táctica que cabe concebir como las características de una situación permanente de asedio. Los titulares de los periódicos son invadidos por una desenfrenada propaganda de la sangre de la cual no existen ejemplos en la historia alemana. Pero lo más significativo en este contexto es el hecho de que también para enfrentarse a las intervenciones de la política exterior estén haciendo su aparición unas milicias privadas, a medida que el Estado se demuestra incapaz de ofrecer resistencia — unas milicias que se encuentran en una situación tanto más desesperada cuanto que el propio Estado no sólo no las legaliza, sino que las declara fuera de la ley. De igual manera que, durante la Fronda, se luchaba en favor del rey luchando contra el rey, así aquí los cuerpos francos de las fronteras, las ligas de voluntarios y los saboteadores solitarios se han sacrificado en favor del Estado aun a pesar del Estado. Aquí es precisamente donde se ha mos-

trado que Alemania sigue disponiendo de un tipo humano con el que puede contarse y que es capaz de enfrentarse a la anarquía. La resurrección milagrosa de los viejos lansquenets en esas tropas que tras cuatro años de guerra partieron voluntariamente para una campaña en el Este, la defensa de Silesia, la medieval matanza de los separatistas a golpes de porras y de hachas, la protesta contra las sanciones realizada con explosivos y con sangre, así como otras acciones en las que se revela la infalibilidad y la buena puntería de un instinto secretísimo, todas esas cosas son signos que se legan como piedras de toque a una historiografía futura.

La subdivisión de la autoridad conduce también, finalmente, a que de los medios organizativos que son peculiares de este siglo se sirvan también unas fuerzas elementales y completamente irresponsables en el sentido histórico. En este contexto hemos vivido cosas que no se tenían ya por posibles en la vieja, ilustrada Europa — incendios de iglesias y monasterios, progromos y luchas raciales, asesinatos de rehenes, bandas de ladrones en las pobladas áreas industriales, guerras de partisanos, combates de contrabandistas por tierra y por mar. Tales fenómenos son valorados correctamente tan sólo cuando se ve la estrecha relación que hay entre ellos y la realización del concepto burgués de libertad. Tales acontecimientos representan el modo y manera como la utopía de la seguridad burguesa se lleva a sí misma al absurdo.

Un ejemplo intuitivo de esas cosas nos lo ofrecen los sorprendentes resultados que podemos observar, sobre todo en Norteamérica, como consecuencia de las medidas prohibicionistas. La tentativa de desterrar de la vida la embriaguez representa una medida de seguridad que en el primer momento resulta completamente evidente y que había sido reclamada tempranamente por la literatura utópico-social. Pero muy pronto se pone de manifiesto que una eliminación aun del más bajo de los reinos elementales es algo que contradice a las tareas del Estado. Son éstas unas fuerzas que habrá que domeñar, pero cuya existencia no es posible negar. Si, con todo, se la niega, entonces el resultado es una seguridad engañosa, un espacio jurídico teórico por cuyas mallas hacen pasar los bajos fondos sus formaciones organizativas. Todas las tentativas que se hagan para reducir la esfera del Estado a una esfera moral fracasarán necesariamente, por la sencilla razón de que el Estado no pertenece a las magnitudes morales. Las posiciones que dentro del mundo elemental son evacuadas por el Estado pasan a ser ocupadas inmediatamente por unas fuerzas de índole diferente. Así, en Alemania se han

dado a conocer casos de canibalismo precisamente en el lapso de tiempo en el cual se hallaba en su punto más alto la ofensiva moral contra la pena de muerte. El poder ejecutivo tiene unas dimensiones constantes; lo único que cambia son los poderes que lo reclaman para sí.

Tampoco se trata, dentro de las situaciones del socialismo tardío, de unas situaciones propiamente estatales, se trata, antes bien, de la disgregación del Estado por la sociedad burguesa, la cual se define por las categorías de lo racional y de lo moral. Dado que aquí no se trata de leyes primordiales, sino de leyes del espíritu abstracto, todos los dominios que tratan de apoyarse en esas categorías muestran ser unos dominios aparentes en cuyos ámbitos se revela pronto el carácter utópico de la seguridad burguesa.

Nadie experimenta eso mejor que aquellas capas que no pueden prescindir de la protección. Por ello su participación en la disgregación de los órdenes antiguos ha sido uno de los errores funestos cometidos por el judaísmo liberal.

72

La situación de gran peligro que va implicada en una movilidad sin límites y que se vuelve cada vez más amenazadora a medida que la seguridad burguesa se revela utópica exige imperiosamente unas medidas diferentes de las que pueden tomarse prestadas del repertorio de la democracia liberal.

Es evidente que lo primero que aquí se hace visible es la solución de la restauración; y así no faltan esfuerzos que tienden a restablecer el Estado estamental o la monarquía constitucional. Es preciso saber, empero, que hay vínculos cuya vulnerabilidad es tan grande que, una vez que han quedado rotos, resulta imposible restablecerlos. Es indiscutible la situación de atomización — un terreno malo para que en él puedan adquirir realidad los recuerdos de unas formaciones históricas que crecieron de manera natural. Aquí se requieren unas acciones de una brutalidad tal que sólo pueden ejecutarse «en nombre del pueblo», pero nunca en nombre del rey. La situación sólo podrán dominarla unas fuerzas que hayan atravesado la zona de la destrucción y a las que se les haya otorgado en ella una legitimación de especie nueva.

Las fuerzas de esa índole se señalan por el hecho de que aplican en un sentido nuevo los principios que encuentran ante sí — por el hecho de que saben utilizarlos como magnitudes de trabajo. Su inesperada aparición pone en evidencia el error de cálculo.

lo que hay en la construcción de la sociedad burguesa — un error de cálculo que a lo que abocó fue a que resultara imprevisible que el pueblo pudiera tomar alguna vez una decisión en contra de la democracia.

Tal decisión —favorecida por el fracaso de los instrumentos del dominio burgués aparente— significa la formulación democrática de un acto antidemocrático, significa la autodisolución de las nociones tradicionales acerca de la legalidad. Tanto si se reconoce ese acto como si no se lo reconoce y se intenta, por ejemplo, gobernar contra la mayoría en el sentido de la tradición democrática: uno y el mismo es el resultado a que se llega en los hechos. Ese resultado aparece como el relevo de la democracia liberal o democracia de sociedad por la democracia de trabajo o democracia de Estado.

En el hecho de esa transición queda resuelta aquella discordancia que consiste, como vimos, en que por un lado nuestro tiempo empuja en todos sus pormenores hacia el dominio, mientras que por otro lado hoy menos que nunca puede hablarse de dominio real y efectivo. El mencionado relevo, que en unos casos se efectúa con una gran brutalidad y en otros, en una serie de pasos casi imperceptibles, es más significativo que una restauración porque hoy toda restauración se preocupa de conectar de alguna manera con una tradición de sociedad, mientras que en el relevo es la auténtica tradición de Estado lo que se retoma.

Desde este ángulo de visión la democracia de trabajo se halla emparentada más estrechamente con el Estado absoluto que con la democracia liberal, de la que parece brotar. Pero la democracia de trabajo es distinta del Estado absoluto por cuanto ella tiene a su disposición unas fuerzas que han sido movilizadas, que han sido alumbradas, por la acción de los principios universales.

El Estado absoluto fue creciendo en medio de un mundo de formas muy desarrollado y el núcleo de ese mundo siguió viviendo en él en la forma de los privilegios. La democracia de trabajo choca con los arruinados órdenes de la masa y del individuo y lo que encuentra no son unos vínculos auténticos, sino una gran cantidad de organizaciones. Es grande la diferencia que hay entre las múltiples fuerzas que confluyen el día de la coronación para prestar juramento de fidelidad, por un lado, y, por otro, los colaboradores con que se encuentra un moderno jefe de Estado a la mañana siguiente del plebiscito decisivo o del golpe de Estado. En el primer caso se trata de un mundo que dentro de sus confines y de sus órdenes es estable; en el segundo caso, de un mundo dinámico en el que la autoridad ha de afirmarse con medios elemen-

tales. Pero también aquí se trata de una legalidad histórica y no de ese fugaz relevo de potestades, dentro de un puro espacio elemental, que se efectúa en las repúblicas suramericanas.

La mayor libertad de la potestad dispositiva y la creciente interferencia del poder legislativo y el poder ejecutivo no dejan libre ningún espacio dentro del cual sean posibles fórmulas como: *Cartel est Notre plaisir*. Lo que las coarta es, más bien, una tarea completamente determinada, a saber: la tarea de la construcción orgánica del Estado. Tal construcción no es arbitraria; ni una utopía es capaz de realizarla ni un personaje o un grupo de personajes es capaz de otorgarle unos contenidos que no se le adecuen. La construcción orgánica del Estado viene definida por una metafísica del mundo de trabajo y resulta decisivo el grado en que la figura del trabajador logre expresarse en las fuerzas responsables, es decir, el grado en que esas fuerzas mantengan una relación con el carácter total de trabajo. Estamos asistiendo de este modo al espectáculo de unas dictaduras que, por así decirlo, se imponen a sí mismos los pueblos para que pueda darse la orden de hacer lo necesario — unas dictaduras en cuya manifestación fenoménica se transparenta un riguroso y sobrio estilo de trabajo. En esos fenómenos se encarna la ofensiva del tipo contra las valoraciones propias de la masa y del individuo — una ofensiva que pronto se revela dirigida tanto contra los órganos ya en decadencia del concepto burgués de libertad cuanto contra los partidos, los parlamentos, la prensa liberal y la libre empresa.

En el tránsito de la democracia liberal a la democracia de trabajo se efectúa la ruptura por la cual se pasa del trabajo como modo de vida al trabajo como estilo de vida. Por muy variados que sean los matices adoptados por esa transición — uno y el mismo es el sentido que tras ellos se encuentra, a saber: el comienzo del dominio del trabajador.

En los hechos es lo mismo que el tipo se revele súbitamente en un jefe de partido, en un ministro del gobierno, en un general, o que un partido, una liga de antiguos combatientes, una comunidad nacional-revolucionaria o social-revolucionaria, un ejército, un cuerpo de funcionarios comiencen a constituirse bajo la legalidad diferente y nueva de la construcción orgánica. También es lo mismo que la «toma del poder» se efectúe en las barricadas o que se efectúe en la forma de una sobria asunción de los asuntos ordinarios. Finalmente carece de relevancia que en este proceso la aclamación de la masa acontezca bajo la idea de una victoria de concepciones del mundo colectivistas o que la aclamación del individuo vea ahí el triunfo de la personalidad, el triunfo del «hombre fuerte».

Un síntoma de la necesidad de ese proceso es, antes bien, que se efectúa con la aprobación incluso de quienes lo sufren.

73

Podríamos inclinarnos a considerar la democracia de trabajo como una situación excepcional — como una de esas medidas de orden decisivas para las cuales estaba prevista, en la Roma republicana, la institución especial y temporal de la dictadura.

Se trata efectivamente de una situación excepcional, pero en modo alguno de una situación que pueda desembocar otra vez de alguna manera en el liberalismo. El relevo de la democracia liberal es definitivo; cada paso que lleva más allá de las formas en que tal relevo acontece puede ser buscado únicamente en un reforzamiento del carácter de trabajo. Las modificaciones que en el campo de fuerzas de la democracia de trabajo se producen en los hombres y en las cosas son tan tajantes que necesariamente ha de parecer imposible un regreso a la línea de partida.

El aludido proceso de destrucción merece en sí mismo una atención mucho menor que el centro a partir del cual acontece la destrucción. Antes hemos visto que tanto los sistemas dinámicos de pensamiento como también los efectos devastadores de la técnica han de ser considerados como armas de que se sirve la figura del trabajador para practicar la nivelación, sin que ella misma se halle sometida a esa nivelación. Esta circunstancia se refleja también en la complejión de los hombres con que nos encontramos en la zona de la destrucción. Lo que aquí se pone de manifiesto es que situaciones como la guerra, el paro, el automatismo incipiente, situaciones que imprimen el sello de lo absurdo a la existencia del individuo que se presenta aislado o *en masse*, al mismo tiempo se le brindan al tipo como manantiales de fuerza para una acción más intensa.

Conviene señalar aquí que la situación de paro no se da con referencia al tipo; ello es así porque para él el trabajo no pertenece al carácter empírico, sino al carácter inteligible. En el instante en que el tipo sale del proceso de producción el carácter total de trabajo se presenta en su apariencia en una forma especial modificada; por ejemplo, en la forma del armamento. Un grupo de esos parados en los que el tipo tiene sus representantes y a los que podemos observar, por ejemplo, en un campamento en el bosque, o en la práctica de un deporte, o en una célula de acción política, se distingue completamente por ello de esa estampa que tiene su

expresión en las masas en huelga de viejo estilo. Lo que aquí resalta es un carácter militante; y la situación de paro, si se la ve correctamente, ha de ser valorada como la formación de un ejército de reserva. Lo que ahí hay es una forma diferente de riqueza, que el pensamiento burgués es incapaz en todo caso de alumbrar. Millones de hombres sin ocupación — ese puro hecho es poder, es capital elemental. Y al trabajador se lo reconoce también en que es el único que posee la llave de ese capital.

Lo que aquí merece atención no es, por tanto, la decadencia irremediable en que se encuentran los órdenes de la masa. Tampoco es ese hecho el que crea unos órdenes nuevos; lo que él brinda a lo sumo son las ocasiones para la aparición de esos órdenes.

El paso decisivo en el giro hacia la democracia de trabajo consiste, antes bien, en que aquí el tipo activo efectúa ya el giro hacia el Estado. Aquí topamos con partidos, movimientos e instituciones que están entrando en la construcción orgánica — en una forma nueva de la unidad que nosotros hemos calificado también de Orden, en el sentido monástico o caballeresco de la palabra, y cuya característica consiste en que posee una relación cultural con la figura del trabajador.

Un movimiento de antiguos combatientes, un partido social-revolucionario, un ejército, transfórmanse de esa manera en una nueva aristocracia que toma posesión de los medios espirituales y técnicos decisivos. Es evidente la diferencia que hay entre esas magnitudes y un partido de viejo estilo. En las primeras se trata de la cría y la selección, mientras que los afanes del partido se orientan a la formación de masa.

Significativo de la especificidad diferente, de la alteridad de la construcción orgánica es el hecho, que se reitera en todas partes, de que en un determinado instante «se cierran las listas» y se practican una y otra vez esas medidas de depuración que un partido, por su propia esencia, no es capaz de emprender. Esto conduce a una homogeneidad y a una fiabilidad tales de los efectivos que para ellas está capacitado, en la situación histórica en que nos encontramos, solamente el tipo, y ello es así porque es el único que tiene a su disposición unos vínculos que se adecuan a esa situación.

La pura presencia de tales vínculos, que garantizan el funcionamiento de la democracia de trabajo, constituye un hecho que no puede dejar de ejercer un influjo conformador también en el

conjunto de los efectivos humanos, y ello tanto más cuanto que no es la formación de una opinión o de una mayoría, sino la acción en sí misma la que efectúa la intervención decisiva.

También aquí podemos observar que ha sido la edad del liberalismo la que ha creado los presupuestos de tales acciones. El tipo se señala por ser él quien es capaz de aprovechar esos presupuestos en el sentido de una pura tecnicidad. Aquí hemos de recordar, de todas maneras, lo que dijimos antes al considerar la técnica, a saber: que solamente el tipo está llamado a semejante aprovechamiento, por ser el único que posee una relación metafísica, una relación «figural», con la técnica. Esto es lo que explica el hecho, que hoy puede observarse a menudo, de que una determinada medida se le malogre a la inteligencia burguesa, mientras que esa misma medida no representa la más mínima dificultad para el tipo.

Es, pues, completamente necesario liberarse de los prejuicios del maquiavelismo cuando afirmamos que el tipo contempla la opinión como un asunto técnico. El comportamiento que de ese conocimiento se deriva no compete en nuestro espacio a cualquier magnitud, sino que compete únicamente al tipo, al cual todos los instrumentos se le aparecerán necesariamente como instrumentos de trabajo, es decir: como utensilios propios de un sentimiento vital completamente determinado. De ahí que constituya una modificación no sólo en lo que respecta a la especie, sino también en lo que respecta al rango, el que el tipo transforme la opinión pública haciéndola pasar de ser un órgano del concepto burgués de libertad a ser una pura magnitud de trabajo. Esto es una manifestación especial del hecho, perteneciente a un orden superior, de que la técnica es el modo y manera como la figura del trabajador moviliza el mundo. También aquí el salto del comportamiento destructivo al comportamiento positivo hay que contemplarlo en el instante en que se hace visible el dominio.

Cabe mencionar aquí la transformación de los Parlamentos, que de ser órganos del concepto burgués de libertad e institutos de formación de la opinión pasan a ser magnitudes de trabajo; esa transformación equivale por su sentido a una transformación de órganos de sociedad en órganos de Estado. Cabe mencionar también el dominio que se efectúa en un espacio en el que ha adquirido un carácter muy unívoco no sólo el concepto de pueblo, sino también las alternativas que están en cuestión. Y cabe mencionar además la sustitución de la discusión social por la argumentación técnica, que corresponde a la sustitución de los funcionarios sociales por los funcionarios estatales.

De este contexto forma parte asimismo la desecación de esa ciénaga de la opinión pública en que se ha convertido la prensa liberal. También aquí hemos de ver que la tecnicidad es en sí misma mucho más digna de atención que el individuo que produce su opinión dentro de ella. La máquina que a través de sus turnos de trabajo va dando caza a esa opinión es muchísimo más limpia, y la precisión y la velocidad con que cualquier periódico de partido llega a sus lectores son mucho más significativas que todas las diferencias entre partidos que podamos excogitar. Esas cosas son poder, un poder ciertamente del que ningún uso sabe hacer el individuo burgués y del que, por falta de legitimación, se sirve como de un *perpetuum mobile* de la libertad de opinión.

Por fin comienza a verse que quienes aquí están entregados al trabajo son unos hombres muy iguales y que el proceso de las luchas de opinión ha de ser contemplado como un espectáculo representado por el individuo burgués, en el cual es él quien reparte los papeles. Todos esos sujetos son radicales, es decir, aburridos, y su modo común de alimentarse consiste, sin distinción ninguna, en amonedar los hechos y convertirlos en opiniones. Su estilo común ha de ser definido como un simplón grito de júbilo provocado por un punto de vista cualquiera, por una perspectiva cualquiera, que es peculiar únicamente de ellos — es decir, como el sentimiento de la vivencia única en su forma más barata.

Lo que en páginas anteriores se dijo del teatro cabe decirlo también de los periódicos; resulta cada vez más difícil separar los elementos de que se componen, separar el texto de los anuncios, separar la crítica de las noticias, separar la parte política del folletón. Todas las cosas son aquí individuales en grado sumo y en grado sumo están también todas ellas destinadas al consumo de la masa.

La independencia invocada por la prensa es en todas partes de una y la misma naturaleza, sea cual sea el sitio en que topeamos con esa invocación. Es una independencia que consiste en la independencia del individuo burgués con respecto al Estado. La frase que dice que la prensa es una nueva gran potencia es una frase que pertenece a las maneras de hablar del siglo XIX. Y en correspondencia con eso surgen aquellos grandes *affaires* en los que el periodista consigue llevar con éxito al Estado ante el tribunal de la razón y de la virtud, es decir, en este caso, ante el tribunal de la verdad y de la justicia. También aquí encontramos un hábil ataque que se disfraza de defensa; y el Estado liberal aparente sucumbe con una seguridad tanto mayor a ese ataque cuanto que éste se efectúa ante el tribunal de sus propios principios fundamentales.

No estaría completo el cuadro si al mismo tiempo no viésemos la relación que hay entre la libre opinión y los intereses. Son bien conocidas las relaciones existentes entre esa especie de independencia y el soborno; en sus consecuencias últimas tales relaciones pueden llevar hasta la subvención espiritual y material por parte de países extranjeros.

La ofensiva contra la independencia de la prensa es una forma especial de la ofensiva contra el individuo burgués. De ahí que quienes pueden llevar a cabo aquella ofensiva no son los partidos, sino unos hombres nuevos que han ido perdiendo el gusto por esa especie de independencia. Es preciso tener claro, sin embargo, que la censura es un medio insuficiente; más aún, ella es capaz de provocar un refinamiento y una creciente malignidad del estilo individualista. El tipo tiene a su disposición, sin embargo, unos medios más amplios que aquellos con que el Estado absoluto intentó defenderse cuando ya había pasado su tiempo. Lo que al tipo le favorece es, mucho más que el hecho de que él sea capaz de posesionarse de los grandes medios de información, el hecho de que el estilo con que se manifiesta la opinión individual esté comenzando a volverse aburrido y rancio. Si uno abre por cualquier página una colección cualquiera de periódicos del año 1830 se queda asombrado de la cantidad incomparablemente mayor de sustancia que había en la manifestación de la opiniones cotidianas; en aquellos artículos está vivo todavía algo del artesanado antiguo.

Hay en este contexto dos cosas instructivas. De un lado, la decadencia del editorial y de la crítica; de otro, el creciente interés por todas aquellas secciones, como, por ejemplo, la de deportes, en las que desempeñan un papel mucho menor las diferencias de opinión entre los individuos — y el creciente interés también por los reportajes fotográficos. Es un interés que se dirige ya al empleo de esos medios que son especialmente peculiares del tipo.

Hay la esperanza de que se emplee ese lenguaje preciso, unívoco, ese estilo matemático de hechos, que resulta adecuado al siglo XX. En este espacio el periodista aparece como el portador del carácter especial de trabajo, cuyas tareas son determinadas y delimitadas por el carácter total de trabajo y, por tanto, por el Estado, que es el representante de tal carácter. Los símbolos dentro de este espacio unívoco son de naturaleza objetiva y en él la opinión pública no es ya la opinión de una masa compuesta de individuos, sino el sentimiento vital de un mundo muy cerrado en sí mismo, muy homogéneo. Lo que aquí cautiva la atención no es

tanto el punto de vista del observador cuanto la cosa misma o el acontecimiento mismo; en correspondencia con eso, lo que se demanda de la información es que comunique el sentimiento de la presencialidad temporal y espacial inmediata.

Aquí la conciencia moral del periodista está referida a un máximo de exactitud descriptiva; esa conciencia ha de acreditarse por una precisión de estilo en la que encuentre su expresión el hecho de que detrás de la pretensión de producir un trabajo espiritual hay algo más que una mera forma de hablar. Como ya dijimos, el proceso decisivo consiste también aquí en que el tipo releva al individuo burgués. Así como era completamente indiferente que el individuo en cuanto ejemplar único adoptase unos gestos conservadores o unos gestos revolucionarios, así hay en la pura aparición del tipo, sea cual sea el área en que acontezca, una confirmación del mundo de trabajo.

Esa aparición coincide con una situación especial de los medios técnicos, que únicamente a él le resultan adecuados. Únicamente para el tipo posee el acto de servirse de esos medios el sentido de un acto de dominio. De igual modo que el periodista se transforma y de ser un individuo burgués pasa a ser un tipo, también la prensa se transforma y de ser un órgano de la libertad de opinión pasa a ser el órgano de un mundo unívoco y riguroso de trabajo.

Esto es algo que está apuntando ya en la manera modificada como hoy lee la gente los periódicos. El periódico no tiene ya un círculo de lectores en el viejo sentido; y de la modificación de su público puede decirse lo mismo que páginas atrás dijimos sobre el público del teatro y del cine. Tampoco es posible ya armonizar el acto de leer con el concepto de ocio; el acto de leer se presenta, antes bien, con los rasgos distintivos del carácter especial de trabajo. Esto es algo que se vuelve muy claro en aquellos sitios donde se tiene ocasión de observar al lector, es decir, sobre todo en los transportes públicos; el mero hecho de utilizar éstos es ya, por cierto, un acto de trabajo. En la mencionada observación comprobaremos una atmósfera despierta y a la vez instintiva; a ella se adecua un servicio informativo de una precisión y rapidez extremas. Lo que aquí quiere sentir la gente es la impresión de que el mundo está modificándose mientras ella lee; pero esa modificación es a la vez constante, en el sentido de la monótona alternancia de las señales multicolores a cuyo lado pasa volando. Son noticias dentro de un espacio en que el acontecer se señala por una presencialidad que afecta a cada uno de los átomos con la velocidad de una corriente eléctrica. Es evidente que aquí todo lo

individual tiene que ser sentido como absurdo, y eso cada vez más. También cabe suponer que la pluralidad de los órganos se fusiona, al menos en la medida en que esa pluralidad se basa en las diferencias entre las diversas partes o entre la ciudad y el campo.

Aquí hemos de hacer todavía, cuando menos, una alusión a lo siguiente: la receptividad espiritual del tipo pasivo, que es quien constituye la auténtica capa de lectores, está acercándose muy rápidamente a una complejión tal que ante ella fracasan sin remedio todas las actuaciones de la inteligencia liberal. Al tipo pasivo lo aburren extraordinariamente todos los planteamientos culturales, psicológicos y sociales de los problemas; tampoco percibe ya para nada el refinamiento de los medios esteticistas. El intelecto de ese tipo (un tipo que está comenzando a brotar unitariamente de todas las capas de la vieja sociedad y que a cada día que pasa sale a nuestro encuentro con mayor frecuencia) capta de una manera muy penetrante y fiable los pormenores técnicos más refinados, pero, en cambio, se muestra indiferente frente a todas las especies de entretenimiento que le hacen preciosa la vida al individuo. Es ésta una modificación del intelecto que corresponde al paisaje modificado dentro del cual lo único que todavía el ideal burgués de la cultura consigue provocar es una intensificación inaudita de los sufrimientos. De ahí que a veces casi nos sintamos inclinados a compadecernos de esas inteligencias a las que les resulta cada vez más penoso producir la vivencia única, cuando pensamos que semejante producción es percibida en este espacio, en el mejor de los casos, como una especie de sentimental solo de saxofón.

Todas estas circunstancias aparecen ya de un modo mucho más claro en lo que respecta a los medios típicos de información que han de ser considerados como los medios propios del siglo XX, a saber, la radio y el cine. No hay cosa más divertida que los intentos que realizan ciertos monigotes para someter a los criterios de un concepto liberalista de cultura unos medios tan unívocos, tan concretos, como los indicados, que están destinados a unas tareas completamente diferentes — esos monigotes, que se tienen por críticos de la cultura, no son otra cosa que los maquilladores de la civilización. Resulta evidente ya en una consideración superficial de esos medios que no pueden ser órganos de la libertad de opinión en el viejo sentido. Todo lo que en ellos es mera opinión se revela, por el contrario, inesencial en grado sumo. De ahí que esos medios sean inapropiados para desempeñar el papel de instrumentos de un partido, de igual modo que son incapaces de otorgar resonancia al individuo. El mero hecho de la voz artifi-

cial y de la fijación por el rayo de luz destruye ya el *medium* en que el individuo es capaz de operar. Aquí solamente puede operar el tipo, porque él es el único que posee una relación con la metafísica de esos medios. Si aquí se produce en medida creciente una valoración de la pura tecnicidad, de lo que en el fondo se trata es del grado en que se ha conseguido dominar ya un lenguaje de índole diferente. El juicio que dice que una película es «buena» o es «mala» no se basa ni en presupuestos morales ni en presupuestos relacionados con las concepciones del mundo o con las mentalidades. Antes bien, lo único que aquí se aprecia, y da igual que se trate de una historia de amor o de una película policiaca o de propaganda bolchevique, es el grado en que se ha conseguido dominar los medios típicos. Pero ese dominio es una legitimación revolucionaria — o sea: es una representación de la figura del trabajador por aquellos medios con los que esa figura moviliza el mundo.

Son éstos unos órganos que están empezando a crearse a sí mismos una voluntad de índole diferente. En este espacio los átomos no están dispuestos en aquella anarquía latente que es el presupuesto de la libertad de opinión y que a la postre ha conducido a unas situaciones en las que el efecto de esa opinión se anula a sí mismo porque la desconfianza universal se ha vuelto mayor que la receptividad. La gente se ha habituado a acoger ya cada noticia bajo el presupuesto del desmentido que la seguirá. Hemos alcanzado una inflación tal de la libertad de opinión que en ella la opinión está desvalorizada ya antes de que haya podido ser impresa. Así, pues, la disposición de los átomos adopta, antes bien, esa univocidad que domina en un campo de fuerzas electromagnético. El espacio es una unidad cerrada y existe un instinto muy agudo para las cosas que uno quiere saber y para aquellas otras que no quiere saber.

Por cierto que sería un error el suponer que aquí se trata sencillamente de un reforzamiento de la centralización, en el sentido, por ejemplo, en que el personaje absoluto solía convertirse en el centro de las cosas. En el espacio total no hay en este sentido un punto central, no hay una Residencia ni del príncipe ni de la opinión pública, de igual manera que en él ha dejado de tener importancia la diferencia entre la ciudad y el campo. Antes al contrario, en el espacio total todos los puntos poseen simultáneamente el significado potencial de puntos centrales. Tiene en sí algo de angustiante, y se parece a los silenciosos encendidos repentinos de las lámparas de señales, el hecho de que súbitamente un sector cualquiera de ese espacio —bien una provincia amenazada, o

bien un gran proceso judicial, o bien un acontecimiento deportivo, o una catástrofe natural, o la cabina de un avión que realiza un vuelo transoceánico— se convierta en el centro de la percepción y, con ello, de la acción, y en torno a él se forme un denso anillo de ojos y oídos artificiales. El proceso posee aquí algo muy objetivo, algo muy necesario, y sus movimientos se asemejan a los que son comprobados por el investigador con la ayuda de un telescopio o de un microscopio. De ahí que no sin razón recorriese el mundo entero un escalofrío de espanto cuando en el año 1932 se supo que la emisora de Manchuria había instalado un servicio directo de información en el propio campo de batalla. También cuando se contemplan esos noticiarios políticos que forman parte de las tareas informativas del cine se hace evidente el modo en que aquí está comenzando a desarrollarse una manera diferente de entenderse, una manera diferente de leer. La botadura de un barco, un accidente en una mina, una carrera de automóviles, una conferencia diplomática, una fiesta infantil, la ascensión y la caída de las granadas en un desolado rincón cualquiera de la Tierra, la alternancia de voces jubilosas, amables, excitadas, desesperadas — todas esas cosas son captadas y reflejadas por un *medium* de una precisión implacable, representan un corte que permite ver el conjunto de las relaciones humanas en un nivel modificado.

Es incuestionable que la opinión pública aparece aquí necesariamente como una magnitud completamente modificada. La opinión pública sanciona justo las áreas decisivas y lo hace en tal grado que no resultan ya visibles como objetos para la libre opinión. Las modificaciones que están produciéndose en el paisaje inducen a error y hacen olvidar que lo que aquí está a disposición de nuestra observación es solamente una ventana, un único pormenor.

Tampoco aquí cabe pasar por alto que, por un lado, el individuo sigue intentando servirse hoy de los medios en un sentido que no es adecuado a su esencia y que, por otro, la creciente perfección de los medios pone al descubierto esa esencia de un modo cada vez más claro. No se trata aquí de medios de diversión — e incluso en los sitios en que se da esa apariencia conviene tener en cuenta que la diversión, la organización de los grandes juegos, está comenzando a revelarse cada vez más claramente como una tarea pública y, por tanto, como una función del carácter total de trabajo.

El sentido del proceso decisivo hay que verlo como una transformación de instrumentos de sociedad en instrumentos de Estado, servidos por el tipo activo en cuanto portador del Estado. En

un espacio muy cerrado en sí mismo, muy controlable, en el que son crecientes la simultaneidad, la univocidad y la objetividad de la vivencia, la opinión pública aparece como una magnitud modificada, igual que aparecen modificados los hombres decisivos; éstos no poseen ya ninguna relación con la libertad de opinión, pues se señalan por su carácter de raza. Como hemos dicho antes, la actividad de esos hombres se destaca también necesariamente en el conjunto de los humanos.

Ya hoy puede vislumbrarse que aquí está produciéndose una suerte de impronta que la libertad de opinión nunca fue capaz de provocar, una impronta que se extiende hasta la expresión del rostro y hasta el sonido de la voz.